LEVITICO

Tercera Parte y final — Capítulos 16 al 27

Contenido

	Págs.
CAPÍTULO 16	*2*
CAPÍTULO 17	*21*
CAPÍTULO 18-20	*26*
CAPÍTULO 21	*30*
CAPÍTULO 22	*33*
CAPÍTULO 23	*36*
CAPÍTULO 24	*50*
CAPÍTULO 25	*54*
CAPÍTULO 26	*63*
CAPÍTULO 27	*66*

CAPÍTULO 16

Se observará que este capítulo remite al capítulo 10 al referirse a los dos hijos de Aarón que «se acercaron a Jehová y murieron». Aparece después del fracaso del sacerdocio, en el cual podemos ver un indicio del colapso de todo el sistema establecido en relación con el hombre según la carne. Ni siquiera el propio Aarón debía entrar "en todo momento en el santuario tras el velo... para no morir". Si entrar en la presencia inmediata de Dios significaba la muerte para el personaje más importante del sistema, era una prueba clara de que el hombre, según ese orden —el hombre en la carne—, no podía acercarse. Típicamente, todo el sistema del tabernáculo y sus sacrificios hablaba de Cristo y de su muerte, pero en realidad se estableció en conexión con hombres fallidos y mortales. Por lo tanto, hubo un colapso total por parte del hombre en el primer día de su servicio. En lugar de ser capaz de servir a Dios y acercarse a Él, el hombre en la carne es un completo fracaso está bajo el juicio de muerte.

El tabernáculo y sus ordenanzas indicaban que era el placer de Dios morar en medio de un pueblo redimido y que los hombres se acercaran a Él, pero también indicaban con la misma claridad que lo que Dios deseaba sólo podía lograrse en un orden espiritual de cosas. El Espíritu Santo muestra esto: que el camino al Lugar Santísimo aún no se ha manifestado mientras el primer tabernáculo esté en pie (Hebreos 9:8).

En este capítulo, no sólo se menciona la muerte de los hijos de Aarón, y que a este se le prohíbe entrar tras el velo en todo momento bajo pena de muerte, sino que los hijos de Israel en general, en relación con el santuario y la tienda de reunión, se ven marcados por la impureza, las iniquidades, las transgresiones y los pecados, de los cuales el santuario y la tienda de reunión deben ser purificados. Se debe hacer expiación por Aarón, por su casa y por toda la congregación. No se trata ahora, como en capítulos anteriores de este libro, de lo que se relaciona con el pecado, la transgresión o la contaminación de un israelita individual, ni siquiera de un pecado específico de toda la asamblea. La pregunta que se plantea es mucho más profunda y amplia. Se trata de la base sobre la cual la casa sacerdotal y toda la congregación pueden estar con Dios como teniendo Su morada entre ellos en santidad. Esta cuestión se planteaba y se resolvía típicamente "una vez al año" para Israel, pero su repetición continua año tras año servía para demostrar que la cuestión no estaba realmente resuelta. "Porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados" (Hebreos 10:4). Era un recordatorio anual de que esta cuestión necesitaba resolverse, y una insinuación profética de que se resolvería completa y eternamente mediante la ofrenda de Cristo. Lea Hebreos 9 y 10, y vea cómo el Espíritu de Dios contrasta las ofrendas repetidas del día anual de expiación con la manifestación de Cristo "una vez en la consumación de los siglos... para quitar el pecado por Su sacrificio". Él enfatiza que Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos, y que por la voluntad de Dios fuimos santificados

mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre. Pero Él, habiendo ofrecido un solo sacrificio por los pecados, se sentó perpetuamente a la diestra de Dios... Porque con una sola ofrenda hizo perfectos a los santificados para siempre. Él entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo hallado eterna redención.

Conviene notar la diferencia entre la muerte de Cristo, tal como se presenta en la Pascua, y la ofrenda por el pecado del día de la expiación. La Pascua es necesaria para nosotros si queremos escapar del juicio y tener un lugar en el reino de Dios; se "cumplirá en el reino de Dios" (Lucas 22:16), cuando los hombres serán liberados del juicio y serán llevados a la unidad bajo el dominio de Dios conocido en gracia y bendición justas. Pero la ofrenda por el pecado del día de la expiación trata la cuestión del pecado desde el punto de vista de cómo afecta a Dios en la morada de Su santidad. Se refiere al "santuario santo", a la "tienda de reunión" y al "altar". Tiene en mente a Dios morando en santidad y la idea del acercamiento del hombre a Él. Toda mancha moral debe ser eliminada para que haya idoneidad para Dios en el lugar donde Él mora en luz y santidad inmaculadas. La ofrenda por el pecado del día de la expiación llega a la raíz misma de la cuestión del pecado, ya que afecta la gloria de Dios y muestra cómo Dios se ha glorificado a Sí mismo en santidad con respecto al pecado, de modo que puede tener cerca de Él a sus criaturas, una vez pecadoras, sin una sola mancha que lo haga inapropiado para el lugar donde Él manifiesta todo Su resplandor.

La Pascua se cumplirá en el reino de Dios, pero la ofrenda por el pecado del día de la expiación —si bien su valor se conoce hoy y se conocerá en el mundo venidero— se relaciona con lo eterno. Es uno de los símbolos más grandes y trascendentales que nos presentan las Escrituras.

«Yo apareceré en la nube sobre el propiciatorio» (versículo 2). Los dos hijos de Aarón habían muerto, a Aarón se le prohibió entrar en todo momento tras el velo «para no morir», y el pueblo en su conjunto estaba marcado, como hemos dicho, por la impureza y las iniquidades. Pero Dios retendría su morada entre ellos y aparecería en la nube sobre el propiciatorio. ¿Sobre qué base podría esto? Sólo sobre la base de la ofrenda por el pecado y la sangre rociada sobre el propiciatorio.

El estado común a todos los hijos de Adán se encontraba también en Israel, sus privilegios peculiares al tener la ley y el santuario de Dios en medio de ellos sólo añadían la culpa de la transgresión positiva y sacaban a relucir su inmundicia de una manera de la que el gentil era inconsciente. De modo que cuando el pueblo de Israel observa verdadera y espiritualmente el día de la expiación, descubrirá que, en lugar de ser mejores que los gentiles, su culpa sólo se intensificó por el lugar de cercanía a Dios al que fueron llevados. En principio, esto es cierto para aquellos que son acercados externamente a Dios en la profesión cristiana hoy.

Entonces, ¿sobre qué base puede haber bendición? Sólo puede ser sobre la base de la misericordia y la expiación por parte de Dios, y por parte del hombre, la

aflicción del alma (el arrepentimiento) y el reconocimiento del hecho de que no puede hacer nada. «Afligiréis vuestras almas, y no haréis ningún trabajo» (v.29). Pero esta es una base de bendición que, si Dios así lo quiere, está disponible para todos los hombres. De modo que «el extranjero» está expresamente incluido (v.29), y ahora sabemos que «la justicia de Dios por la fe en Jesucristo» es «para todos y sobre todos los que creen; porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciatorio mediante la fe en su sangre» (Romanos 3:21-26).

Esto le da al propiciatorio, y a la sangre que se derrama sobre él en el día de la expiación, un alcance muy amplio, y nos justifica al considerar Levítico 16 a la luz del evangelio. Un alcance muy amplio de bendición ha llegado, como consecuencia del completo quiebre de todo lo conectado con el hombre en la carne, que ha sido especialmente establecido en Israel. La expiación por Aarón y su casa tiene una referencia típica especial para aquellos que tienen el Espíritu hoy, y constituyen la casa sacerdotal. La expiación hecha por toda la congregación tendría una relación con toda la profesión cristiana. Pero Romanos 3 da al propiciatorio y a la sangre sobre él un aspecto universal que muestra que en la mente de Dios el alcance de lo que fue tipificado en el día de la expiación no es menor que todos los hombres, o como dice Pablo en Colosenses 1:23, "toda la creación que está debajo del cielo". La justicia de Dios siendo dada a conocer en gracia a través de la expiación, en vista de la bendición de la asamblea hoy y de Israel en un día venidero, realmente da a conocer lo que Él es en Su naturaleza, y en la disposición de Su corazón hacia los hombres. Es el resplandor de lo que Dios es en Su naturaleza y en Su santa gloria. Finalmente, el universo moral — del cual el tabernáculo es figura— se reconciliará con el valor de lo que aquí se tipifica, y el mal quedará eternamente confinado a su propio lugar en el lago de fuego.

Aarón no entra al santuario para hacer expiación con sus vestiduras «para gloria y ornato» descritas en Éxodo 28. Ellos exponen lo que Cristo es como el Sacerdote viviente que siempre comparece ante el rostro de Dios por quienes creen en Él. Pero aquí no se trata de gloria ni ornato, sino de justicia y santidad. «Una vestidura santa de lino... pantalones de lino... un cinto de lino... la mitra de lino... estas son vestiduras santas». Hablan de la santidad personal de Cristo como Aquel que no conoció pecado. «El Santo de Dios», como lo confesó Pedro (Juan 6:69). Aquel de quien está escrito: «No dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que tu Santo vea corrupción» (Salmo 16:10). «Jesucristo, el justo... es la propiciación por nuestros pecados; pero no sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo» (1 Juan 2:1-2). Ningún otro podría abordar la cuestión del pecado y recibir la gloria de Dios al respecto para hacer expiación.

Hay una marcada distinción a lo largo de este capítulo entre lo que es para Aarón y su casa, y lo que es «para el pueblo». Uno proporciona la base de la bendición para la familia sacerdotal, típicamente la asamblea asociada con Cristo, el otro,

el fundamento de la bendición de Israel en el mundo venidero, pero cuyo valor también conocen los creyentes hoy, aunque no es la porción distintiva de los santos de la asamblea. De este modo, se hace claramente la distinción entre la compañía celestial, representada por Aarón y su casa, e Israel como llamado a heredar la bendición en la tierra. También hay una distinción entre Aarón y sus hijos (Éxodo 28) y Aarón y su casa. Su "casa" es un concepto más amplio; es más la idea de familia, y también acogería a las hijas. La expiación en este capítulo es por su "casa". Es la familia sacerdotal y sus privilegios lo que está en mente, más que el ejercicio de las funciones sacerdotales.

Para Aarón y su casa hay "un becerro para expiación y un carnero para holocausto". Para la asamblea de los hijos de Israel hay "dos machos cabríos para la ofrenda por el pecado y un carnero para el holocausto". Aarón primero debe presentar el novillo de la ofrenda por el pecado, que es para sí mismo, y luego debe tomar los dos machos cabríos para el pueblo. Los versículos 6-10 parecen ser una declaración general; los detalles siguen.

La ofrenda del novillo para la familia sacerdotal viene antes de la ofrenda de los machos cabríos para Israel. La bendición de Israel vendrá después de la bendición de la asamblea, y de hecho, su bendición dependerá de la nuestra. Supongo que Abraham tenía alguna idea de esto cuando "esperaba la ciudad que tiene cimientos, de la cual Dios es el artífice y constructor" (Hebreos 11:10). Entendió que el tiempo de bendición en la tierra dependería de la aparición de la ciudad celestial de Dios. "Dios, habiendo previsto algo mejor para nosotros, para que no fuesen perfeccionados sin nosotros" (Hebreos 11:40). Ya sea el lugar celestial y la porción de la asamblea, o la bendición terrenal conocida por el Israel milenario, todo está asegurado según la justicia y santidad divinas mediante la completa glorificación de Dios en cuanto a la cuestión del pecado y pecados.

La asamblea tiene precedencia sobre Israel, y con una ofrenda mayor. Ninguna familia redimida conocerá la grandeza de Cristo sacrificialmente en la misma medida que la asamblea la conoce. "Por sí mismo y por su casa" muestra cómo Cristo se identifica con la asamblea, y la asamblea con él. No es necesario que se les diga a los creyentes que no se necesitó ninguna expiación por Él en el sentido de tratar con algo personal. Pero Él se identificó con el pecado de los suyos en la cruz, y ha entrado en Dios sobre la base de su propia sangre. Es decir, Él no está allí simplemente por su título personal, sino por haber muerto. Él está con Dios en la misma base que nosotros podemos estar con Dios. Nuestro Aarón ama estar con Dios en una base donde puede identificarse con sus santos y sus santos con él. Véase Hebreos 9:11-12. El becerro de la ofrenda por el pecado de Aarón y su casa se presenta primero y se degüella. Esto precede a la entrada de Aarón tras el velo con el incensario y ambas manos llenas de incienso fragante. Dios nos presenta en tipo la muerte de Cristo antes de dirigir nuestra atención al incienso fragante. Es necesario que tengamos una gran comprensión de Cristo como

habiendo muerto como ofrenda por el pecado para liberarnos y contemplar la nube de incienso que cubre el propiciatorio.

Lo primero que se coloca "dentro del velo" es el incensario lleno de brasas encendidas del altar delante de Jehová, y Aarón con "ambas manos llenas de incienso aromático molido... Y pondrá el incienso sobre el fuego delante de Jehová, para que la nube del incienso cubra el propiciatorio". Afuera está el becerro degollado, que representa a Cristo en la muerte para la gloria de Dios como ofrenda por el pecado; pero "dentro del velo" están el incensario, las brasas encendidas y la nube de incienso que cubre el propiciatorio. Esto nos da una maravillosa idea de lo que tiene el primer lugar ante Dios en relación con la ofrenda por el pecado.

Las Escrituras nos llevan a conectar el pensamiento de la oración con el incienso. "Sea mi oración puesta delante de ti como incienso" (Salmo 141:2). "Toda la multitud del pueblo estaba fuera orando a la hora del incienso" (Lucas 1:10). Véase también Apocalipsis 8:3-4. Esto me lleva a concluir que la nube de incienso que cubre el propiciatorio representa la respuesta perfecta a la confianza de corazón que Cristo dio a Dios cuando fue probado al máximo grado posible por el fuego santo. Quizás no le damos a esto el lugar que le corresponde. Pensamos en su muerte como el mantenimiento de la gloria divina en las alturas en cuanto al pecado. Nunca podemos pensar demasiado en esto; será el tema de eterna admiración y alabanza. Pensamos en la preciosa sangre en su infinita eficacia y poder expiatorio. Nunca podemos pensar demasiado en ella. ¡Pero no olvidemos que el propiciatorio ha sido cubierto por la nube de incienso! Se ha encontrado a alguien en el lugar de la prueba suprema que ha expresado en ese lugar lo más fragante para Dios.

¡Cuán poco podemos entrar! ¡en, o hablar de, las penas y sufrimientos de nuestro Salvador y Señor! Serán para siempre una profundidad insondable. ¿Cómo podría la criatura saber lo que fue para el Santo ser hecho pecado? ¿O lo que fue para Aquel que siempre se deleitó en hacer la voluntad de Dios ser abandonado por Él? ¿O lo que fue para el Príncipe de la Vida gustar la muerte? ¿O lo que significó para el Señor Jesús sentir el indecible y múltiple dolor y angustia que eran inseparables de pasar por la hora del hombre y el poder de las tinieblas? La Suya fue la soledad de una pena que nadie podía compartir, y con la que nadie podía simpatizar porque nadie podía entender.

Pero ¿qué sacó a la luz hacia Dios? ¡La nube de incienso fragante! Y si entramos en lo que implicó esa hora, y lo que significó para Él, lo hemos aprendido de esa nube de incienso. Bajo la acción del fuego santo, la fragancia brotó. Los Salmos de dolor del Mesías sufriente nos la traen. Los afectos y la sensibilidad del Señor fueron sometidos a una prueba suprema, pero la prueba hizo aflorar una fragancia infinita. Necesitamos estar en el Lugar Santísimo para saber lo que significa ese incienso; sólo se puede contemplar con un espíritu de adoración.

En el Salmo 22, Él es el Abandonado, pero en la hora más oscura de todas, confía en Dios y dice: «Tú eres santo». Cuatro veces dice: «Dios mío»; una vez, apela a Jehová como «Mi fortaleza». «Tú eres el que me sacó del vientre materno; me hiciste confiar a los pechos de mi madre. A ti fui arrojado desde el vientre materno; Tú eres mi Dios desde el vientre de mi madre». ¡Tal fue la inefable perfección del santo Sufriente! Su confianza siempre había estado absolutamente en Dios, y seguía allí, aunque probada como nunca antes. Miró solo a Dios en medio de la angustia, la oscuridad y el abandono de la cruz. No tenía otra ayuda, otra confianza; se apoyó en su Dios, en Aquel que en santidad lo había abandonado y lo había depositado en el polvo de la muerte. El intenso calor del fuego del altar produjo este incienso. No estamos pensando, por el momento, en la expiación, sino en lo que los sufrimientos y dolores expiatorios produjeron: la santa perfección de Sus afectos y sensibilidades, y la confianza de su corazón en Dios. Esto, si lo entiendo correctamente, era la nube de incienso que cubría el propiciatorio.

Pasemos por un momento al Salmo 40, donde Él se pone en el lugar de todos esos sacrificios y oblaciones, holocaustos y ofrendas por el pecado que no habían satisfecho el deseo ni la demanda de Dios. Al venir al mundo para hacer el bien a Dios y dar a conocer su justicia, fidelidad, salvación, bondad amorosa y verdad, implica que innumerables males lo rodean. Él tiene que decir: «Mis iniquidades (o castigos) se han apoderado de mí... son más que los cabellos de mi cabeza». Las iniquidades o castigos que Él hizo suyos eran nuestros, pues bien sabemos que Él no tenía ninguno personalmente.

«Nuestros pecados, nuestras culpas,
en amor divino, confesados y llevados por Ti».

Al asumir todo esto, Él necesariamente tuvo que experimentar «el pozo de la destrucción» y «el lodo cenagoso». Pero ¿cuál fue la actitud de Su espíritu hacia Dios en todo esto? «Esperé pacientemente a Jehová». Él «puso en Jehová su confianza». El espíritu de obediencia estaba allí, porque su Dios había preparado oídos para él; su cuerpo estaba enteramente para la voluntad de Dios, incluso al ser consagrado a la muerte. La voluntad de Dios era su deleite, y en sus afectos. En medio de todo lo que implicaba la ofrenda por el pecado, la consideración de su corazón era para Dios; y para que los innumerables pensamientos de Dios hacia los hombres se hicieran realidad. La fragancia de todo eso ha cubierto el propiciatorio.

El Salmo 69 nos presenta a ese Bendito como hundido en «cieno profundo, donde no hay pie», y como teniendo que decir: «Los que me odian sin causa son más que los cabellos de mi cabeza». El oprobio ha quebrantado su corazón; está abrumado. «Busqué compasión, pero no la hubo; y consoladores, pero no los hallé. Sí, me dieron hiel por comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre». Pero ¿cuál es la actitud de su espíritu? Él espera en su Dios (versículo 3); Él restaura lo que no le quitó (versículo 4); es por amor a Dios que soporta el oprobio (versículo 7); el

celo de la casa de Dios lo devora (versículo 9). Y en medio de todo el oprobio, el dolor y el llanto, Él dice: «Pero en cuanto a mí, mi oración es para ti, Jehová, en un tiempo aceptable» (versículo 13). Él cuenta con que Jehová le responderá (versículo 10). Todo esto tiene su lugar en la nube de incienso. Cubre el propiciatorio. El hombre no ha respondido correctamente a Dios en inocencia, sin ley o bajo la ley. Pero este glorioso y santo, el Hijo de Dios, el Cristo de Dios, le ha respondido perfectamente en el lugar del pecado y la muerte.

No sólo se hace expiación, sino que Dios ha sido glorificado en las alturas por todo lo que se encontró en el espíritu del Santo que hizo expiación. En los sufrimientos y dolores de la expiación, y en todo lo que estaba relacionado con esa hora terrible en la que se hizo la expiación —la maldad del hombre y el poder de Satanás en toda su fuerza, así como el abandono de Dios— lo que salió de Él fue fragante para Dios. El propiciatorio está cubierto por la nube de incienso. Todo lo que Dios es, en lo que la gloria divina reclama con respecto al pecado, ha encontrado su respuesta perfecta en un Hombre. No es sólo que todo lo que necesitaba ser eliminado ha sido eliminado en la eficacia de la sangre que ha satisfecho cada reclamo de la santa gloria de Dios con respecto al pecado. Pero uno desearía pensar con cada vez mayor aprecio en lo que salió del espíritu, la sensibilidad y los afectos de ese Bendito cuando estaba en el lugar de hacer la expiación. La infinita fragancia de eso, creo que podemos decir con absoluta verdad, le dio a Dios más deleite que todo el pecado del hombre le había dado dolor. Fue la revelación completa de la perfección de Su amado Hijo en la Humanidad.

Uno puede entender, confío, en cierta medida cómo esa nube de incienso preservó a Aarón de la muerte. El hombre según la carne, incluso como se representa en el sumo sacerdote de Israel, está bajo la muerte. No puede vivir en la presencia de la gloria divina. Pero Aarón desaparece —¿no podríamos decir? — de la vista del propiciatorio cuando la nube de incienso lo cubre. El hombre según la carne no es tomado en cuenta en el Lugar Santísimo. Es reemplazado por Otro cuya perfección positiva brinda infinita satisfacción y deleite a los atributos y la naturaleza de Dios. Respondió perfectamente a Dios incluso cuando Su alma estaba siendo hecha una ofrenda por el pecado. Respondió perfectamente a todo lo que Dios es en misericordia y en santa gloria que no puede tolerar el pecado. Estoy seguro de que nos afectaría profundamente si meditáramos más en ese incienso. En este gran tipo viene antes de la sangre. La sangre es esencial para nosotros, y también para la gloria de Dios, pero a Dios le encanta que guardemos en nuestros corazones lo que le fue tan fragante para Él.

Luego, Aarón debía "tomar de la sangre del becerro y rociarla con su dedo sobre la parte frontal del propiciatorio, hacia el este; y delante del propiciatorio rociará de la sangre siete veces con su dedo" (versículo 14). Es un hecho sorprendente en estos tipos que solo la sangre de la ofrenda por el pecado se llevaba al santuario. La sangre del holocausto o de la ofrenda de paz no iba más allá del altar de bronce, lo que creo que sugeriría que el holocausto se refiere a la aceptación en favor en

la que nos encontramos en el mismo lugar donde estábamos bajo el juicio de Dios, y la ofrenda de paz es la base de la comunión a la que somos llamados aquí en la tierra. Pero la sangre de la ofrenda por el pecado entra al santuario "dentro del velo". No sale al altar de bronce. El altar en el versículo 18 es el altar de oro, el lugar del acercamiento e intercesión sacerdotal. Véase Éxodo 30:10. El altar en el versículo 25 es el altar de bronce donde se ofrece el holocausto y se quema la grasa de la ofrenda por el pecado. Esto representaría el lugar del acercamiento y la aceptación de Israel en un día venidero, al que no llegarán hasta que hayan visto partir al chivo expiatorio y realmente hayan celebrado su día de expiación. Aarón tiene que "salir" al altar de bronce cuando haya terminado todo lo que se hace dentro, y después de que el chivo expiatorio haya sido enviado lejos. Pero la bendición verdadera y distintiva del tiempo presente es lo que se asume dentro de la asamblea, como lo tipifican los hijos y la casa de Aarón. Es nuestro privilegio entrar con el verdadero Aarón, no solo para servir en el lugar santo, sino para estar con Él en el santuario, el Lugar Santísimo.

La sangre del becerro para la casa sacerdotal y la sangre del macho cabrío de la ofrenda por el pecado, que es para el pueblo, se colocan sobre y delante del propiciatorio. No habría bendición celestial ni terrenal si la vida derramada de Cristo como ofrenda por el pecado no hubiera glorificado a Dios en las alturas. La sangre está sobre el oro. De hecho, no podría haber propiciatorio sin la sangre sobre él, por lo que este capítulo es necesario para completar el tipo. Cristo es tanto el Arca como el Propiciatorio. Vino para introducir y establecer la voluntad de Dios; eso es el Arca. Pero en un universo contaminado por el pecado, la voluntad de Dios sólo podía venir para bendición mediante la misericordia soberana. De modo que el trono de Dios, al asumir el carácter de propiciatorio, indica que Él desea ser conocido y bendecir, a pesar de la mancha moral que ha entrado. Esto revela quién es Dios, quien actúa desde Sí mismo y para Sí mismo en un universo contaminado por el pecado. La forma de la frase en Romanos 3:25, «Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciatorio», indica que lo hizo por sí mismo. Proveyó para Su propia gloria, pero a modo de misericordia hacia la criatura caída.

Pero esto no podría ser sin la vindicación y manifestación de Su justicia al tratar judicialmente con aquello que le ofendía. Esto requiere la muerte de Cristo, el hecho más extraordinario del universo moral. Y ahora la sangre está en el propiciatorio. Dios puede ser favorable a todos los hombres. Puede justificar y perdonar a los pecadores; puede colocar ante Él a quienes pecaron en perfecta armonía con Él. Puede tener un pueblo ante Él con favor y bendición en la tierra, o puede tener una compañía de hijos celestiales en asociación con un Cristo glorificado y celestial. Cristo Jesús es el propiciatorio, y es un Hombre resucitado y glorificado en el cielo. Todo el valor de su muerte y derramamiento de sangre subsiste eternamente en Él mismo. Él es "establecido como propiciatorio, mediante la fe en su sangre".

Dios puede manifestarse ante los hombres como habiéndose liberado del pecado y la inmundicia del hombre por la muerte de Cristo. Se manifiesta como un Dios Salvador en todo el valor de Cristo y de su muerte por el pecado. La característica de este "día de salvación" es que todo lo que Dios es, tal como se revela en Cristo, está disponible para los hombres pecadores sobre la base de lo que se logró cuando Cristo sufrió y murió. En el lugar más sagrado del universo, el pecado del hombre no se ve. El propiciatorio y la sangre están allí.

La sangre rociada siete veces ante el propiciatorio da testimonio de que todo lo que está a la vista del propiciatorio —las cosas en la tierra y las cosas en los cielos— finalmente será reconciliado con la Deidad sobre la base de la paz que se logra mediante la sangre de la cruz (Colosenses 1:20). Las cosas en la tierra y las cosas en los cielos serán puestas en correspondencia con la naturaleza santa de Dios. Y en la actualidad, el mundo está provisionalmente en reconciliación (Romanos 11:15). Es decir, Dios considera al mundo desde la perspectiva de Cristo y de su muerte; Él es favorable a todos los hombres, pues la muerte de Cristo vino a favor de todos; y Cristo es «la propiciación por nuestros pecados, pero no sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo» (1 Juan 2:2). La Escritura no dice que Él cargó con los pecados de todos, sino que realizó una obra que glorificó a Dios en relación con los pecados, y está disponible, por haber realizado esa obra «por todo el mundo».

Dios aseguró su propia gloria mediante la muerte de Cristo para que todo lo que es de Él mismo permaneciera en presencia de la inmundicia del hombre. «Hará expiación por el santuario, para purificarlo de la inmundicia de los hijos de Israel, y de sus transgresiones en todos sus pecados; y lo mismo hará por la tienda de reunión que mora entre ellos en medio de sus inmundicias» (versículo 16). Es sobre la base de la expiación hecha por la ofrenda por el pecado que las cosas santas de Dios permanecen entre los hombres. El campamento de Israel representa a quienes, al menos en su profesión, son el pueblo de Dios. Pocos negarían que hay mucho en la esfera de la profesión cristiana que desagrada a Dios. Pero, por parte de Dios, sus cosas santas permanecen y están disponibles para los hombres. Dios puede estar cerca de los hombres con mano y corazón libres para bendecir. Los pecados de los hombres no impiden que Dios esté cerca de ellos para bendecir, pues Él ve a todos según su apreciación de la sangre en el propiciatorio. Todos pueden llegar, si así lo desean, al valor de la muerte de Cristo con Dios.

Entonces, el Espíritu de Dios mora aquí en los santos; el "verdadero tabernáculo" permanece con todos sus santos utensilios; "el testimonio de Cristo" sigue aquí. Y el hecho de que muchas personas conozcan estas cosas como realidades espirituales, y que sean características notables en los caminos actuales de Dios, y que tales cosas subsistan a pesar de toda la maldad que hay en el hombre y la iniquidad que hay en la profesión cristiana, es un gran y poderoso testimonio del valor de la muerte de Cristo ante Dios.

Hacer expiación por el altar (versículos 18-19) se refiere al lugar de acercamiento y servicio sacerdotal en su interior, pues es el altar de oro. Véase Éxodo 30:10. La sangre del becerro y del macho cabrío se pone sobre él, así como sobre y delante del propiciatorio. La bendición de la asamblea (representada por la casa de Aarón) y la bendición de Israel (representada por "el pueblo") están ambas ligadas al hecho de que Cristo ha entrado "en el cielo mismo, para presentarse ahora ante el rostro de Dios por nosotros". Él aparece allí en todo el valor de la sangre de la ofrenda por el pecado. Él está allí para la casa sacerdotal que son "participantes del llamamiento celestial", y cuando la asamblea sea trasladada en el rapto a su propio lugar celestial, Él estará allí para el remanente de Israel. De hecho, Israel tiene un memorial "delante de Jehová" en ese bendito Sacerdote durante todo el tiempo de Su presencia en el cielo. "Dios no ha desechado a su pueblo, al cual antes conoció", porque "los dones y el llamamiento de Dios no están sujetos a arrepentimiento". Cristo en el cielo es la promesa segura de que "todo Israel será salvo" y llegará a "su plenitud" para la riqueza del mundo y las naciones (véase Romanos 11). Israel no conoce esto, ¡lamentablemente!, porque "les ha acontecido ceguera en parte", pero los santos de la asamblea saben bien que la bendición de Israel, así como la suya propia, está ligada al lugar que Cristo ha tomado "ante del rostro de Dios".

Lo que tenemos aquí típicamente es lo que el Nuevo Testamento llama la purificación de las cosas celestiales (Hebreos 9:23-24). Es fundamental que entendamos esto, pues de ello depende toda la naturaleza de nuestra bendición y acercamiento a Dios, y también determina el lugar que ocupamos en relación con las cosas religiosas en la tierra. Supongo que todos los cristianos tienen la convicción de que si fueran al cielo, se encontrarían en un lugar donde no habría pecado, donde todas las condiciones serían propicias para Dios y, por lo tanto, donde no habría nubes ni sensación de distancia. Pero ¿cuántos cristianos han considerado que existe un sistema de cosas celestiales al que podemos acceder ahora, y en cuya bienaventuranza podemos acercarnos a Dios, un sistema tan divinamente purificado por la sangre de la ofrenda por el pecado que no hay rastro de pecado en él? Esto es lo que nos revela la epístola a los Hebreos. Allí aprendemos que Dios nos ha hablado en la Persona del Hijo, y quiere que nos acerquemos a Él a la luz de todo lo que ha dicho. En la ofrenda por el pecado, Él ha dispuesto la eliminación de todo lo que lo hubiera impedido. El Hijo ha "efectuado por sí mismo la purificación de los pecados" (Hebreos 1:3). Esto significa no sólo que son quitados del pecador, sino que son quitados de la presencia de Dios. Ya no están en Su presencia; para contaminar Su tabernáculo.

"Propiciación por los pecados del pueblo" (Hebreos 2:1 se referiría a la ofrenda por el pecado como aquello que satisface la gloria de Dios respecto a esos pecados, de tal manera que Cristo tiene una base justa sobre la cual puede "ser un misericordioso y fiel sumo sacerdote", y puede "ayudar a los que están siendo tentados". La cuestión de los pecados ha sido tratada de tal manera que no sigue obstaculizando el servicio del Sacerdote en favor de Su pueblo, que es visto en Hebreos 2:18 como todavía en el lugar de la tentación.

Habiendo Cristo "sido manifestado para la eliminación del pecado por su sacrificio" (Hebreos 9:26), las cosas celestiales son purificadas. Podemos llegar a la región de las cosas celestiales y encontrar que no hay rastro de pecado allí. Esto es simplemente una cuestión del valor y la eficacia de la sangre de la ofrenda por el pecado. Pero entonces esa sangre también ha provisto lo que purifica la conciencia de los creyentes "de obras muertas para adorar al Dios vivo" (Hebreos 9:14). Tenemos que tratar ahora con un sacrificio que no sólo purifica las cosas celestiales, sino que perfecciona a quienes se acercan. Tal es el valor de la ofrenda por el pecado que perfecciona en cuanto a la conciencia. "Los adoradores, una vez purificados, no teniendo ya conciencia de pecado". Sabemos que hemos pecado, pero Cristo "ofreció un solo sacrificio por los pecados", y "con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados" (Hebreos 10:12, 14). Es enteramente lo que se ha efectuado mediante la ofrenda por el pecado. No debemos confundirlo con la idea de algo obrado en nosotros; es sólo la obra maravillosa de Cristo; "y el Espíritu Santo también nos da testimonio de ello". El Espíritu Santo da testimonio de lo que se ha efectuado mediante la ofrenda por el pecado. En cuanto a la conciencia, somos purificados y perfeccionados; podemos acercarnos a Dios sobre la base y en el valor de la ofrenda por el pecado.

Sobre esta base tenemos "libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesús". ¿Hemos sopesado lo que esto significa? No dice que todos los creyentes entren, pero sí nos habla de nuestro privilegio y dice: «Acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe». Un corazón sincero es un corazón receptivo a Dios, que conoce su amor. En Hebreos 8:10, Dios antepone la mente al corazón, porque allí se trata de conocer a Dios, de comprender quién es Dios, tal como lo dio a conocer el Mediador. Ese es el aspecto del acercamiento de Dios a nosotros; debemos ser iluminados antes de poder amar. Pero en el capítulo 10, el tema antepuesto a la mente del Espíritu es nuestro acercamiento a Dios, así que en el versículo 16, Él antepone el corazón. Dios se asegura el afecto de su pueblo para que lo amen, amen al gran Sacerdote y deseen acercarse porque aman. Luego viene el entendimiento, y cuanto más entendimiento obtienen, más libres son para acercarse.

Nos acercamos como teniendo "un gran sacerdote sobre la casa de Dios". Es la atracción del Sacerdote, y la conciencia de tener Su apoyo, lo que nos atrae en el poder del afecto. Aquel que ha simpatizado conmigo y me ha socorrido en Su tierno amor y gracia en el camino aquí, Aquel a quien "he probado durante mucho tiempo en ayuda secreta", me atrae al lugar donde Él está con Dios "dentro del velo". ¡Cuán "grande" es ese Sacerdote celestial! ¡Grande en la gloria de Su Persona; grande en Su amor! ¡Qué atractivo es acercarse! Tenemos un Sacerdote que ha ido dentro del velo, y nos acercamos por Él a Dios. Si nos acercamos por Él, Su cercanía es la medida de la nuestra. Se ha introducido una mejor esperanza por la cual nos acercamos a Dios. Es esto lo que le da al acercamiento cristiano un carácter tan peculiar; nos acercamos en la bendición de lo que está tras el velo, la luz presente y la ganancia de un orden de cosas invisible y celestial.

La bendición de la compañía celestial en el interior trasciende la bendición de Israel. El becerro para la casa sacerdotal es mayor que el macho cabrío para Israel. Creo que el Espíritu magnifica a Cristo en Hebreos 1 y 2 para darnos una comprensión de Él en esa grandeza que se tipifica en el becerro. Fue sin ningún diseño o deseo de nuestra parte que estamos en el tiempo de lo celestial; no hemos tenido elección en el asunto. En la disposición soberana de Dios, Él nos ha traído a la existencia, y a la bendición, en el tiempo de lo celestial. ¡Qué favor infinito! Podemos acercarnos ahora en la luz y la conciencia por el Espíritu, de todo lo que se hará realidad cuando seamos trasladados en la condición de propósito.

¡Oh, amor supremo y resplandeciente!
Bondad para el corazón más débil,
que nos da ahora como luz celestial,
lo que pronto será nuestra parte.

El verdadero Aarón ha entrado en el poder de la sangre de la ofrenda por el pecado.

"Ha entrado tras el velo,
para nosotros ha ganado ese lugar;
en Él nos encontramos, una banda celestial,
donde Él mismo ha ido".

Podemos acercarnos, podemos ocupar nuestro lugar con Él y con el Dios bendito según lo que Cristo es, habiendo "por su propia sangre... entrado una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo hallado eterna redención" (Hebreos 9:12). La casa sacerdotal tiene el privilegio de acercarse y regocijarse en Dios en la bienaventuranza de todo lo que subsiste "tras el velo".

Nuestro llamamiento es a lo que está "dentro": un orden espiritual y celestial de privilegio y bendición. De hecho, para captar el carácter pleno del privilegio y la bendición cristianos, debemos incorporar la verdad de otras epístolas, además de la de Hebreos. Los tipos nos dan una "sombra", pero no "la imagen misma" de las cosas buenas que han llegado al cristianismo. 2 Corintios 5 se refiere claramente a la ofrenda por el pecado y sus resultados: "Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que fuéramos hechos justicia de Dios en él". Es sobre la base de la ofrenda por el pecado que los santos están "en Cristo", y "hay una nueva creación; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas; y todo proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Jesucristo". Esto es algo completamente externo y aparte de lo que somos según la carne. El Cristo en quien estamos es un Hombre resucitado y glorificado. Se nos presenta un orden de cosas completamente nuevo en el que todo es complaciente con Dios. Si miramos a nuestro alrededor en la vieja creación, vemos el sello del pecado y la muerte por todas partes. Pero en Cristo resucitado y glorificado en el cielo hay lo que Dios ciertamente puede pronunciar "Muy bueno". La "nueva creación" está fuera del alcance del pecado y la muerte; es todo el orden de las cosas que se

centra en un Hombre resucitado y glorificado en el cielo. Tal es el maravilloso resultado de la ofrenda por el pecado: los santos se convierten en la justicia de Dios en Él. Se ha señalado que esto involucra el estado glorificado.

Si nos dirigimos a Colosenses, aprendemos el placer de la plenitud de la Deidad: "por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz, así las que están en la tierra como las que están en los cielos. Y a vosotros, que en otro tiempo erais extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprensibles delante de él" (Colosenses 1:19-22). Esto, de nuevo, nos presenta la ofrenda por el pecado y sus resultados.

Luego, en la epístola a los Efesios, tenemos la plena luz de lo celestial. Leemos allí que "Ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo... Porque por medio de él los unos y los otros tenemos (judíos y gentiles) entrada por un mismo Espíritu al Padre" (Efesios 2:13, 18). "La sangre de Cristo" es la sangre de la ofrenda por el pecado que ha sido puesta en el propiciatorio y el altar de oro para que pudiéramos ser hechos cercanos "en Cristo Jesús". Esto nos da un estado y lugar completamente nuevos con Dios fuera de todo lo que estaba conectado con nosotros como viviendo en el mundo. Que estemos delante de Dios en Cristo Jesús, santos y sin mancha, e "hijos con Aquel que está arriba", es una gracia maravillosa en verdad. Sobre la base de la ofrenda por el pecado, Dios ha dado a los que creen un lugar celestial y una relación según Su propósito eterno en Cristo Jesús. Sí, somos "tomados en gracia en el Amado" (Efesios 1:6). Eso está en el Hombre glorificado, el Objeto del amor del Padre en el cielo, Aquel que dijo: "Voy a preparar un lugar para vosotros" (Juan 14:2). ¿Realmente hemos comprendido esto? ¿Que su ida al Padre ha hecho nuestro ese lugar celestial? Él viene a recibirnos realmente en el lugar donde Él está, pero es nuestro lugar ahora tanto como lo será cuando estemos realmente en esto.

En Efesios 2, los santos son vistos como "vivificados con Cristo (sois salvos por gracia), y nos resucitó juntamente con él, y nos hizo sentar juntos en los lugares celestiales en Cristo en Jesús, para mostrar en los siglos venideros las sobreabundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Porque sois salvos por gracia, mediante la fe; y esto no de vosotros; es don de Dios: no según el principio de obras, para que nadie se gloríe" (Efesios 2:5-9). ¿Hemos considerado lo que significa ser "salvados por gracia" según Efesios 2? Significa que tenemos un lugar completamente nuevo con Dios, y ese es el lugar de Cristo como Hombre glorificado en el cielo. ¿Cuántos de nosotros entendemos que el cielo es nuestro lugar actual? No sólo que estaremos allí cuando muramos, o cuando venga el Señor. Sino que la salvación de Dios por gracia lo ha convertido en nuestro lugar ahora, nos ha asegurado en este tiempo presente el lugar del Hombre resucitado y glorificado, la Cabeza ungida. ¿No es eso infinitamente

mejor y mayor que el mejor lugar, incluso el mejor lugar religioso, que pudiéramos tener en la tierra?

«Dios quiere que conozcamos el carácter del acercamiento a Sí mismo que está asegurado por el Becerro de la ofrenda por el pecado. Es una comprensión más amplia de Cristo que el macho cabrío expiatorio o el macho cabrío para Jehová. Estos serán conocidos por Israel, pero el Becerro es para la asamblea. Deberíamos anhelar tener el concepto más elevado posible de Cristo y de lo que Él ha asegurado para nosotros. Todo aquel que tiene el perdón de los pecados y el don del Espíritu pertenece a la asamblea, y Dios quisiera animar a cada uno a decir en su corazón: "Pertenezco a la compañía celestial". A veces existe entre los creyentes el sentir de que sería presunción tomar una posición tan elevada. Pero, ¿no nos ha dado ese lugar el gran amor de Dios? Si es así, Su agrado debe ser que lo conozcamos y lo disfrutemos. No tiene nada que ver con ninguna dignidad o mérito nuestro. Es una cuestión del amor de Dios, del valor de la ofrenda por el pecado y de lo precioso que es Cristo para Dios. Se podría añadir también: de las riquezas de Su misericordia para con nosotros».

La bendición de Israel, la compañía terrenal, se basa en Cristo como representado por los dos machos cabríos para la ofrenda por el pecado y el carnero para el holocausto. Un macho cabrío es para Jehová, para glorificarlo en las alturas, pues su sangre se lleva y se rocía sobre el propiciatorio y delante de él. El otro lleva "a una tierra apartada de los hombres" las iniquidades, transgresiones y pecados del pueblo. En uno tenemos lo que corresponde a la gloria de Dios y hace propiciación; en el otro vemos la sustitución: la carga misma de los pecados. Los pecados son quitados por completo, para nunca más volver. "Perdonaré su iniquidad, y no me acordaré más de su pecado" (Jeremías 31:34).

«Tenemos que pasar por los ejercicios del día de la expiación y aprender sus lecciones, e Israel tendrá que asumir esos ejercicios en un día venidero. No se trata solamente de que hayan quebrantado la ley y se hayan vuelto a la idolatría, sino que han perseguido y dado muerte a los profetas, y se han convertido en los entregadores y asesinos de su Mesías prometido. La culpa de sangre pesa sobre ellos de la manera más terrible. Zacarías describe aquello por lo que pasarán cuando se den cuenta de esto: "Mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito. En aquel día habrá gran llanto en Jerusalén... Y la tierra lamentará, cada linaje aparte; los descendientes de la casa de David por sí, y sus mujeres por sí; los descendientes de la casa de Natán por sí, y sus mujeres por sí; los descendientes de la casa de Leví por sí, y sus mujeres por sí; los descendientes de Simei por sí, y sus mujeres por sí; todos los otros linajes, cada uno por sí, y sus mujeres por sí" (Zacarías 12:10-14).

¡Qué día será aquel para ellos cuando consideren toda su historia a la luz del hecho de que han asesinado a su Mesías! Cualquier gloria que se haya encontrado entre ellos en los caminos de Dios —real, profética, sacerdotal o

levítica— tiene que ser reducida al polvo de la humillación y el duelo. "Afligiréis vuestras almas; es estatuto perpetuo" (Levítico 16:31). No hay exención de la obligación de esto, pero ¡gracias a Dios! "será para vosotros un día de reposo". Aprenderán entonces a confesar sus iniquidades "y todas sus transgresiones, y todos sus pecados" sobre la cabeza del Bendito a quien rechazaron y mataron, pero que en gracia vino a ser la ofrenda por el pecado.

"¡Obra oscura! Fue la tuya al afligirlo,
Aun así Su alma anhelaba el día
cuando Tú en la sangre de tu Víctima
lavarías nuestras profundas manchas!"

Ellos aprenderán que Él ha llevado toda su culpa. Exclamarán con asombro, con palabras preparadas de antemano por el Espíritu profético: "Ciertamente él llevó nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras transgresiones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros, como ovejas, nos hemos descarriado, cada cual se ha apartado por su camino; más Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros... Por la rebelión de mi pueblo fue herido... nunca hizo violencia, ni hubo engaño en su boca. Con todo, a Jehová le plació quebrantarlo; lo sujetó a sufrimiento. Cuando haya puesto su vida en ofrenda por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada... Él llevará las iniquidades de ellos... Derramó su alma hasta la muerte, y fue contado con los transgresores; y él llevó el pecado de muchos, e intercedió por los transgresores" (Isaías 53). Todo esto expresa de la manera más conmovedora lo que era verdad acerca de Cristo, como se tipificó en el día de la expiación por el macho cabrío que fue enviado. Y al entrar el pueblo en él y descansar en el valor de Cristo como la ofrenda por el pecado, encontrarán "un sábado de descanso". Y todo esto es cierto hoy para cualquier alma oprimida por la culpa que crea en Jesús.

Luego, en Levítico 16:24, Aarón, habiéndose quitado las vestiduras de lino y vuelto a poner las vestiduras sacerdotales normales, regresa al altar de bronce y ofrece su holocausto y el holocausto del pueblo. El holocausto parecería, por su uso general en las Escrituras, tener en mente una aceptación y un favor divino en el que el pueblo de Dios se encuentra como teniendo un lugar delante de Él en la tierra. El primer holocausto fue el de Noé (Génesis 8:20); aseguró el favor de Dios para la tierra. El segundo fue Isaac (Génesis 22), y sobre esta base, Abraham sería ricamente bendecido y su descendencia se multiplicaría. Tendría descendencia para bendición celestial, así como terrenal; "las estrellas del cielo" representaban a la primera, y "la arena que está a la orilla del mar" a la segunda. Y en su descendencia se bendecirían "todas las naciones de la tierra". Luego, en Éxodo 18, "Jetro, suegro de Moisés, tomó holocaustos y sacrificios para Dios".

Esto era típicamente el gentil tomando su lugar con Dios en el grato olor del holocausto, aprehendiendo a Cristo en su aceptabilidad personal y sacrificial para Dios como la base de la bendición.

Dios ha tenido un Hombre —su propio Hijo amado— en la tierra para hacer su voluntad y ser perfecto en su devoción a Él bajo cada prueba concebible, incluso como llevando el pecado. El dulce olor de eso ha subido de la tierra, y es una base de aceptación para los hombres vistos como en la tierra. Entramos en ella como personas justificadas por la fe, que ahora tienen acceso a través de Cristo al favor de Dios en el que estamos (Romanos 5:2). Los creyentes hoy están en el favor divino según la aceptabilidad de Cristo. Somos los hijos de Dios aquí abajo, los sujetos de Su cuidado y amor paternal, Su casa; y somos hijos en libertad en el mismo lugar donde una vez fuimos esclavos en esclavitud. Véase Gálatas 4:6-7; Romanos 8:15. Por lo tanto, debemos ser "imitadores de Dios, como hijos amados, y andar en amor, así como Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante" (Efesios 5:1-2). Esto no es lo que somos "dentro del velo", sino lo que Ocupamos, por el momento, un lugar en la tierra como en el favor divino. Estamos provisionalmente en el lugar donde Israel estuvo y estará, pero estamos allí en el favor divino, y como conociendo el amor de Dios y de Cristo. No aprendemos ese favor por las circunstancias o la providencia, sino al saber que estamos con Dios en la base de Cristo y su muerte en carácter de holocausto. Percibimos el amor de esa manera, y como lo conocemos, "andamos en amor".

El Israel milenario estará en la tierra en el favor de Dios sobre la base del holocausto. Sus circunstancias serán felices, porque no habrá "ni adversario ni evento malo"; tendrán "descanso por todas partes"; pero incluso entonces medirán el favor de Dios, no por el entorno feliz, sino por Cristo. Dirán cuando lleguen a Sion: "Mira, oh, Dios, nuestro escudo, y pon los ojos en el rostro de tu ungido" (Salmo 84:9). "En él se bendecirán los hombres; todas las naciones lo llamarán bienaventurado" (Salmo 72:17). Hoy en día, no vivimos en circunstancias milenarias. El pecado y el dolor nos rodean. Los sufrimientos marcan "este tiempo presente". Pero gozamos de favor por causa de Cristo y por el olor fragante del holocausto.

El becerro y el macho cabrío de la ofrenda por el pecado debían ser quemados fuera del campamento (Levítico 16:27). A esto se refiere Hebreos 13:11-12: "De aquellos animales cuya sangre es llevada como sacrificio por el pecado al Lugar Santísimo por el sumo sacerdote, los cuerpos son quemados fuera del campamento". Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta. La quema de los cuerpos de aquellas bestias habla del juicio consumador con el que se ha visitado el pecado. Aquel que no conoció pecado fue hecho pecado por nosotros, y llevó el juicio que correspondía al pecado. Dios nos enseñaría por medio de este santo tipo que había algo más involucrado en la expiación que el sufrimiento a manos de los hombres, algo adicional incluso a la pena de muerte. Está la acción del fuego.

Todo lo que Dios es contra el pecado, expresado en un juicio santo que lo consumiría por completo al ser presentado ante Él en sacrificio, se ve en este tipo solemne. Cristo, como ofrenda por el pecado, lo ha soportado plenamente. El juicio de Dios, en lo que respecta a los creyentes, se ha agotado completa y eternamente.

Romanos 8:3 es peculiarmente conmovedor. "Dios, habiendo enviado a su propio Hijo, en semejanza de carne de pecado, y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne". Fue "su propio Hijo" quien fue enviado al lugar de la condenación del pecado. La destrucción total del mundo y todos sus habitantes no habría sido un testimonio tan solemne e impresionante como ese. Porque fue el justo y santo quien fue abandonado, y quien llevó el juicio. Dios ha condenado el pecado en la carne de la manera más solemne y pública. Ahora el orden del hombre que lo deshonró —el hombre caracterizado por el pecado— ya no está delante de Él. Otro Hombre está delante de Dios, quien lo ha glorificado al llevar la condenación del pecado, y toda criatura bajo el cielo puede ser bendecida por medio de ese Hombre.

Pero el escritor de la epístola a los Hebreos conecta las trascendentales consecuencias presentes con la sangre que se lleva dentro del Lugar Santísimo y los cuerpos quemados fuera del campamento. Introduce el tema diciendo: «Tenemos un altar del cual no tienen derecho a comer quienes sirven al tabernáculo». Me parece que lo que está en la mente del Espíritu aquí es todo el sistema de la gracia celestial que es nuestra parte sobre la base de la ofrenda por el pecado. Él quiere que nuestros corazones sean confirmados con ella. Lo he conectado en mi mente con el "altar de leña" en Ezequiel 41:22, que se dice que es "la mesa que está delante de Jehová". El hecho de que sea de madera descarta la idea de que sea un altar de fuego, ya sea para sacrificios o para incienso. Es un altar de alimentos, una mesa para comer. Es lo único mencionado que parece estar dentro de la casa, y no hay indicios de que se preste algún servicio en ese altar, ni de que los sacerdotes coman de él. Ellos "ministran en las puertas del atrio interior y hacia la casa", pero no se dice que entren. Es cierto que hay puertas con hojas giratorias, lo que sugiere una entrada abundante, pero no hay nada que muestre que Israel, o el sacerdocio terrenal, "los hijos de Sadoc", entrarán allí. El hecho de que "la gloria de Jehová llenó la casa" descartaría más bien la idea de esto. Las puertas con hojas giratorias y el "altar de madera" en el interior podrían ser un testimonio para Israel de que había otra familia con el privilegio de entrada abundante a un lugar más cercano que el suyo, y que esa familia tendría un altar de alimentos conectado con lo que había dentro.

Pero sea esto así o no, tenemos claramente un altar de alimentos en Hebreos 13:10, del cual se dice: "no tienen derecho a comer quienes sirven al tabernáculo". Es una fuente de alimento para los corazones del pueblo de Dios que está relacionada con la sangre de la ofrenda por el pecado que se lleva al Lugar Santísimo y los cuerpos que se queman fuera del campamento. Dios quiere que nuestros corazones se nutran de lo que está conectado con eso. Y eso nos trae el

poder confirmador de todo lo que ahora se conocerá por medio de Cristo, habiendo sido la ofrenda por el pecado, y habiendo atravesado los cielos y entrado tras el velo como Precursor por nosotros. La verdad del llamamiento celestial, y todo lo que conlleva, sería el alimento de ese altar.

No hay pecados donde Jesús está —"tras el velo"—; Él ha "efectuado por sí mismo la purificación de los pecados". El hombre en la carne no está allí; ha sido sacrificado en la muerte de Cristo.

"La gloria suprema está allí,
la gloria que brilla a través de todo".

Pero hay una compañía santificada por la sangre de la ofrenda por el pecado, y que tiene el testimonio del Espíritu del valor de esa ofrenda, para quienes hay abundante entrada por gracia infinita.

"Es Jesús quien llena ese lugar santo
donde mora la gloria, y tu profundo amor
en su plenitud (conocido por gracia)
reposa donde Él mora, arriba en el cielo".

El altar del que tenemos derecho a comer es el altar cristiano, en contraste con el terrenal y judío. Es un altar que se relaciona con "el tabernáculo mejor y más perfecto, no hecho a mano (es decir, no de esta creación)". Está conectado con "las cosas celestiales mismas". Es "la mesa que está delante de Jehová"; o mejor dicho, como debemos decir ahora a la luz de la revelación plena, que está delante del Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. La epístola a los Hebreos no desarrolla todo lo que compone el sistema de las "cosas celestiales", pero sí prepara a quienes la leen para la epístola a los Efesios, que da la plena luz y la bienaventuranza de lo celestial.

Tenemos un altar de alimentos: ¿estamos comiendo de él? ¿Nos estamos nutriendo de la gracia que nos ha dado un lugar y una porción tras el velo con un Cristo celestial? Nuestro acercamiento a Dios será prácticamente según la medida en que nuestros corazones sean confirmados con esa gracia. Debemos considerar mucho lo que está delante del Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. ¿No es que Él "nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuéramos santos y sin mancha delante de él en amor; habiéndonos predestinado para filiación suya por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos ha tomado en gracia en el Amado, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de ofensas, según las riquezas de su gracia"? Toda la gracia de eso nos es ministrada para la confirmación de nuestros corazones. Tenemos acceso al Padre en la luz y la fuerza de ella.

Ahora bien, ¿puedes encontrar algo que corresponda a eso en los sistemas organizados de la cristiandad que le dan un lugar al hombre carnal? ¿Puedes, a la luz de tu lugar interior, permanecer en "el campamento"? Si la sangre de la ofrenda por el pecado ha entrado, ha asegurado para aquellos a quienes ha santificado un lugar y un privilegio que están completamente separados del hombre carnal y de todo lo que podría tener un lugar religioso en la tierra, incluso el judaísmo, divinamente sancionado durante tanto tiempo. ¿Acaso el judaísmo no era de Dios? De ninguna manera. Pero el hombre que tenía privilegios religiosos en la tierra en el judaísmo estaba bajo la muerte. ¡Ah! ¡El "Lugar de una calavera" cuenta su propia historia solemne! ¿Qué hay de una ciudad, por muy santa que sea como un centro religioso divinamente designado en la tierra, si todos en ella están bajo la muerte? ¿Qué hay de las ordenanzas, los servicios, las ceremonias y los sacramentos, si el «Lugar de la Calavera» es el lugar del hombre y el fin de su religión, así como de sus pecados? Si Jesús sufrió fuera de la puerta de la ciudad santa, ¿dónde se ubican sus «compañeros» en cuanto a todo lo que tiene estatus religioso en relación con el hombre según la carne?

Dios actuó con paciencia y tolerancia. Dio espacio para el arrepentimiento a la casa de Israel en los primeros capítulos de los Hechos, y hubo un período de transición que duró algunos años. Pero cuando se escribió la epístola a los Hebreos, hubo un llamado definido a «salir a él fuera del campamento, llevando su vituperio». El judaísmo, y todo lo relacionado con él, debía abandonarse, pues Jesús estaba fuera de él. Había sufrido fuera de la puerta, y su sangre había traspasado el velo. El sistema de cosas que reconocía al hombre según la carne ya no debía contener al pueblo de Dios, pues Jesús había muerto y soportado el juicio de ese hombre para expulsarlo sacrificialmente y establecer todo para el placer de Dios en sí mismo, resucitado y en el cielo, y apartar a un pueblo para estar en la luz y la bendición de ella; pero, como consecuencia necesaria, para estar "fuera del campamento, llevando su oprobio".

Podemos ver la aplicación de esto al "campamento" del judaísmo, pero es imposible olvidar que el mundo religioso actual se caracteriza en gran medida por el judaísmo. Reconoce al hombre según la carne; ha establecido y mantiene un orden de cosas en el que puede participar. No admitirá en ningún sentido práctico que todo lo que se le debe a ese hombre sea el "Lugar de una calavera" y el juicio consumador de Dios. De modo que quienes reconocen esto en sus almas y que tienen un lugar dentro en asociación con un Cristo celestial, necesariamente se encontrarán en un camino de separación. No podemos salir de la profesión cristiana, ya que el judío creyente fue llamado a abandonar el judaísmo por completo, de modo que la analogía entre sus circunstancias y las nuestras no es completa. Pero el camino al que fueron divinamente llamados proporciona instrucción en cuanto a la separación en la que Dios quiere que Su pueblo camine en medio de la corrupción y el alejamiento de la cristiandad. Debemos "apartarnos de la iniquidad", purificarnos de los vasos para deshonra al separarnos de ellos, y "seguir la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que invocan al Señor con un corazón puro" (2 Timoteo 2:19-22). Estamos llamados a

un camino aparte dentro de la profesión cristiana, como quienes tienen la luz del llamamiento celestial y ven que el hombre carnal no tiene cabida con Dios. Tal camino implica llevar el oprobio de Cristo.

CAPÍTULO 17

La primera parte de este capítulo se relaciona con la comunión del pueblo de Dios. Al considerar el capítulo 16, hemos visto el carácter bendito de nuestro acercamiento a Dios según el valor de la ofrenda por el pecado del día de la expiación y según Cristo como Aquel que ha traspasado el velo. Pero las ofrendas de paz se relacionan con la comunión en la que caminamos con otros en el lugar donde Cristo murió. Y la verdad de la comunión implica toda la cuestión de en qué consisten nuestros goces y dónde los encontramos. Dios ama demasiado a su pueblo como para soportar que tengan goces aparte de Él.

Al hermano mayor de Lucas 15 no le importaba la alegría y el regocijo que se vivían en la casa paterna; no participaba de los deleites de su padre; tenía una comunión propia. «Nunca me has dado un cabrito para que me divierta con mis amigos». Éramos «yo» y «mis amigos» sin su padre; él «no quería entrar» a participar en la comunión de la gracia infinita. Su comunión era en realidad idólatra, pues estaba tan separada de su padre como lo estaban las auto gratificaciones del hijo menor en el país lejano.

Es contra tales goces egoístas e idólatras que este capítulo nos advierte. Todo buey, oveja o cabra sacrificado debía ser llevado a Jehová, a la entrada de la tienda de reunión, y sacrificado como ofrenda de paz a Jehová. «Y ya no sacrificarán sus sacrificios a los demonios, tras los cuales se prostituyen». Cualquier disfrute que no pueda dedicarse a Dios y compartirse con su pueblo, como en relación con Él en el altar, puede ser sospechoso de abrir la puerta a la idolatría.

«Ni seáis idólatras, como algunos de ellos, según está escrito: Se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantó a jugar» (1 Corintios 10:7). Se complacían en la ausencia de Moisés y sin Dios. Hacerlo es olvidar que Cristo murió aquí y que está ausente, rechazado por el mundo. Al introducir el tema de la comunión, el apóstol dice: «Por tanto, amados míos, huid de la idolatría. Hablo como a personas inteligentes: ¿juzgáis lo que digo? La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?». Y en contraste con esto, dice: «Lo que las naciones sacrifican, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios. Ahora bien, no quiero que estéis en comunión con los demonios. No podéis beber la copa del Señor, y la copa de los demonios; no podéis participar de la mesa del Señor, y de la mesa de los demonios» (1 Corintios 10:14-22).

En un país que se declara cristiano no tenemos ídolos de madera ni de piedra, pero hay mil cosas que prácticamente le roban a Dios su lugar en los corazones

de su pueblo. Cosas que no tienen conexión con Su altar ni lugar en la comunión espiritual a la que Él ha llamado a Su pueblo. Todas las diversiones mundanas tienen este carácter, y mucho de lo relacionado con la religión mundana es en realidad idólatra, porque tiende a complacer y satisfacer a los hombres a distancia de Dios.

Que un hombre matara su buey, oveja o cabra sin llevarlo a la tienda de reunión simplemente significaba que iba a tener un banquete en el que Dios no tenía parte. «Ese hombre será cortado de entre su pueblo». Se había separado moralmente al procurar disfrutar sin Dios. No había carácter sacrificial en un animal sacrificado aparte del altar: no hablaba de Cristo en absoluto; sólo representaba un uso de lo que Dios había dado providencialmente para la auto gratificación. Esto es exactamente lo que hace el mundo, y es en principio idólatra. Dios ama a Su pueblo y quiere que toda su felicidad esté conectada con Él. Él quiere que cada uno de Su pueblo diga con sinceridad: "Dios mío, la fuente de todos mis goces".

Las ofrendas de paz relacionadas con el altar y la tienda de reunión pueden ser compartidas por todo el pueblo de Dios que está "limpio". Todo lo que verdaderamente pertenece a la comunión —todo lo que es de Cristo; y que nos llega a través de Su muerte, y el santo amor de Dios que se nos revela a través de la muerte— puede ser compartido por todos los que aman a Dios. Si tengo una fuente de gratificación que no es la porción común de todos los santos, bien podría preguntar: ¿Cuál es su carácter? Lo que podemos disfrutar en común está completamente fuera del mundo; es la comunión del cuerpo y la sangre de Cristo; y esto coloca nuestros gozos realmente en el lado de la resurrección de la muerte. Podemos disfrutar juntos alimentándonos de Cristo, con la feliz conciencia de que lo que disfrutamos es la porción común de todos los que aman a Dios, y que lo disfrutemos como cerca de Él y en comunión con su altar.

"La tienda de reunión" era el punto de encuentro de toda la congregación. Nos recordaba nuestras relaciones con todos los hermanos. Nos comprometemos a una santa sociedad, y todos debemos ser fieles a ella. ¿Me gustaría saber que todos los santos hacen lo que yo hago? Si no es así, ¿es correcto que lo haga? Si hago algo que no concuerda con la verdad de la comunión cristiana, represento erróneamente a todos los hermanos y no cumplo con lo que se debe al Señor. Cada socio debe ser un verdadero representante de todos los demás. Todo lo que hacemos contribuye al sostenimiento de la comunidad o la debilita. Un joven creyente que recién comenzaba un crucero de dos años en un gran barco, estaba recostado en su hamaca la primera noche que salía de Portsmouth, orando por los dos años durante los cuales tal vez apenas tendría comunión cristiana, y pensó: Aquí estás con todos estos hombres, y no sabes que hay un creyente entre ellos para informar lo que dices o haces, ¡y sin embargo, la forma en que te comportes durante estos dos años afectará el fortalecimiento o el debilitamiento de toda la compañía de los santos en la tierra! Es bueno recordar que cada socio en la comunión representa a todos los socios. A veces, un creyente puede pensar

que no tiene importancia, y no importa lo que haga, ni adónde vaya, ni cómo pase su tiempo. Pero cada creyente es uno de los socios en la comunión, y lo que hace es fiel a la comunión o es una tergiversación de ella. ¡El otro día escuché de un hermano que fue visto en un partido de fútbol! ¿Qué clase de testimonio fue ese?

En la posición del desierto es importante mantener lo que se debe al Señor y lo que es consistente con la comunión a la que estamos llamados. De modo que es un ejercicio continuo no tomar nada para el disfrute que no tengamos en comunión con Dios y con aquellos que lo aman. Pero "en la tierra", como nos dice Deuteronomio 12, "según todo el deseo de tu alma podrás matar y comer carne en todas tus ciudades, conforme a la bendición de Jehová tu Dios que Él te ha dado" (versículo 15). Tus "puertas" están ahora en territorio divino, y tu frontera ha sido ensanchada allí (versículo 20), y todo rastro de idolatría ha sido extirpado (versículos 2-3). Estás en "el reposo" y "la herencia" (versículo 9), amas a todos los santos y tienes "puertas" en las que puedes disfrutar lo que tu alma desea. Los holocaustos y las cosas santificadas todavía están conectados con el lugar donde Jehová pone su Nombre, pero lo que el alma desea se puede disfrutar en "todas tus puertas". Esto no es "en el campamento" o "fuera del campamento", sino almas establecidas, en tipo, en territorio divino. Son "puertas" maravillosas cuando consideras lo que se aprecia y nutre allí: el levita, el extranjero, el huérfano, la viuda. Véase Deuteronomio 14:29. Cuando tienes "puertas" como esas, puedes ser confiable. Son las "puertas" de un pueblo que está en los afectos de los hijos, y que disfruta de una herencia dada por Dios en un espíritu de gracia hacia aquellos que son dependientes. Tienen "entrañas de compasión", la primera característica de los elegidos de Dios en Colosenses 3. "El deseo de tu alma" en Deuteronomio 12 es típicamente el deseo del nuevo hombre, y las "puertas" sólo están abiertas para recibir la bendición de Jehová (versículo 15) y para administrar esa bendición con un espíritu de gracia a otros. Disfrutar de tal porción durante todo el año es una preparación maravillosa para subir al "lugar que Jehová tu Dios escoja... para poner allí su Nombre".

La diferencia entre Levítico 17 y Deuteronomio 12 resalta la diferencia entre los santos vistos como fieles a la comunión en el desierto y los vistos como que disfrutan de la herencia en la tierra. En una posición, se requiere una vigilancia constante contra la intrusión de lo idólatra. En el otro, lo que se tipifica es el disfrute en reposo y libertad del favor y la bondad divinos en territorio divino donde todo se recibe de Dios y se usa para Dios. Lo que se mataba en esas "puertas" no era para la auto gratificación, sino para el disfrute de lo que Dios había dado y para ministrar a otros en el espíritu de gracia. Allí era el disfrute de la herencia.

Levítico 17:10-14 renueva el mandamiento de no comer sangre, que se le había dado primero a Noé (Génesis 9:4) y se repitió en Levítico 3:17; Levítico 7:26, pero ahora se da la razón: "Yo os la he dado sobre el altar para hacer expiación por vuestras almas, porque la sangre hace expiación por la persona. Por tanto, he dicho a los hijos de Israel: Ninguna persona de vosotros comerá sangre". Las

lecciones de la sangre eran tan distintivas y vitales para todas sus relaciones con Dios, que Él no permitiría ningún uso de la sangre que pudiera debilitarlos. La sangre siempre debía estar conectada en sus pensamientos con la expiación.

A Dios le agradó que el hombre estuviese en una condición en la tierra en la que "el alma (o vida) de la carne está en la sangre". Si la sangre del hombre se derrama, se le quita la vida. En la sabiduría de Dios, esto también es cierto para los animales, para que pudieran ser adecuados para representar al hombre sacrificialmente, aunque no tienen un espíritu que se mantenga moralmente en relación con Dios, como lo tiene el hombre. El hombre estando en carne, teniendo su vida en la sangre, ha caído y está bajo la pena de muerte. Si el hombre ha de tener justicia con Dios, o vida, o bendición, debe ser sobre la base de la muerte de Otro. Las "túnicas de piel" (Génesis 3:21) fueron la primera lección en cuanto a esto, revelando el maravilloso pensamiento de Dios de que el hombre, el pecador caído y desnudo, podría ser revestido de una justicia divina a través de la muerte. Todo animal que se mata para beneficio del hombre habla de Cristo, pues es dado por Dios (Génesis 9:3) para sugerir al hombre que puede beneficiarse a través de la muerte.

Entonces, cada vida que fue tomada en sacrificio enfatizó la lección. La sangre fue dada sobre el altar para hacer expiación. Todo animal que se mata para alimento habla del hombre como sostenido a través de la muerte de Otro. Todo animal matado en sacrificio hablaba de la relación del hombre con Dios a través de la muerte de Otro. Ambos recuerdan al hombre que su propia vida en la carne está perdida, y que puede disfrutar del bien a través de una vida tomada sobre la cual no tenía el más mínimo derecho. Dios originó esa vida, y sólo Él tenía derechos con respecto a ella, y si en bondad y misericordia permite que la criatura cuya vida en la carne está perdida se beneficie por la vida de otra criatura que es tomada, Sus derechos deben ser reconocidos. Él se reserva la sangre. Es tan obligatorio para los cristianos abstenerse de comer sangre como lo fue para los hijos de Israel. Véase Hechos 15:29. Se trata de los derechos permanentes de Dios sobre sus criaturas sobre la tierra.

Pero esta afirmación de que «la vida de la carne está en la sangre» difícilmente puede considerarse sin que nuestros corazones recuerden el hecho maravilloso de que hubo Uno en esa condición cuya vida no fue perdida. El bendito Hijo de Dios participó de sangre y carne (véase Hebreos 2:14 y la nota en la Nueva Traducción). Llegó a esa condición absolutamente sin mancha de pecado; «no conoció pecado»; era el Santo de Dios. Pero participó de esa condición de carne y sangre en humanidad, condición en la que el primer hombre «... había sido creado y había caído, volviéndose pecaminoso y sujeto a la muerte. En esa condición de carne y sangre, el pecado se adhirió a nosotros; nuestras vidas estaban perdidas; estábamos bajo la pena de muerte. En esa condición de carne y sangre, el pecado no se adhirió a Él y, por lo tanto, su vida no estaba perdida; la muerte no tenía ningún derecho sobre Él en absoluto. Pero Él entró en esa condición donde "la vida de la carne en la sangre está" con miras al cumplimiento de la expiación.

Participó de sangre y carne para que su sangre pudiera ser derramada y para que terminara sacrificialmente la vida que había sido perdida por el justo juicio de Dios sobre el pecado. Su sangre fue dada sobre el altar para hacer expiación. La misma condición a la que, en nosotros, se adhirió el pecado, llegó a su fin en la muerte vicaria de Aquel que no tenía pecado. Él nunca retomó la vida en sangre y carne. Resucitó teniendo "carne y huesos...». (Lucas 24:39) pero habiendo derramado Su sangre para expiación. Él ha dejado la vida que estaba en la sangre, y vive eternamente ahora en vida de resurrección con un cuerpo espiritual y glorificado. El mismo Bendito Hombre, inmutable en todo lo que moralmente era, pero en una condición nueva y eterna a la que el pecado jamás puede adherirse, y en la que ya no muere más.

"Es la sangre la que hace expiación por el alma". Sabemos cómo los adversarios de nuestra fe se burlan de esta idea. La consideran ofensiva, y sólo apropiada para una época ignorante. Pero el hombre es pecador y está bajo la muerte. Sin duda, esta idea también es ofensiva. Si dejamos de lado la idea de la sangre expiatoria, ¡no nos hemos librado de todo lo ofensivo! Pero ¡gracias a Dios! el precioso hecho permanece: la sangre habla de lo que, en la gracia divina, se corresponde con los hechos reales e innegables de la situación. Va a la raíz misma de las tremendas preguntas que todos los hombres tienen que afrontar. Los hombres pueden ser, como dice Pedro, "voluntariamente" ignorantes. Ellos pueden cerrar resueltamente sus ojos al hecho de que el hombre está caído y bajo la muerte. Pueden soñar con esquemas de moralidad y filosofía, indiferentes al hecho de que son inútiles como remedio para la condición del hombre. Incluso pueden profesar aceptar las enseñanzas morales de la Biblia mientras rechazan su doctrina de expiación. Pero el hecho es que el hombre es pecador; su vida está perdida; no puede arreglarse a sí mismo. Es la voz de un Dios Salvador que dice: "La vida de la carne en la sangre está; y Yo os la he dado sobre el altar para hacer expiación por vuestras almas, porque es la sangre la que hace expiación por el alma". La vida del hombre en la carne está perdida; está bajo la pena de muerte. Cualesquiera que sean sus puntos de vista, no puede escapar de esto, por ofensivo que pueda ser el pensamiento. Pero el infinito amor ha considerado la situación, y un Ser sin pecado, una Persona Divina, ha venido y tomado carne y sangre para que una vida inagotable de valor infinito pudiera ser dada en forma de expiación, ¡qué revelación es esta de lo que es Dios!

La vida del hombre en la carne está en la sangre; si derramas su sangre, su vida se acaba. Pero el hombre en esa vida ha caído; él es un pecador bajo la muerte. ¿Se contenta el hombre con dejarla allí? Si es así, debe estar preparado para soportar las consecuencias. Pero si el hombre se contenta con dejarla así, Dios no. Él ha enviado a su bendito Hijo en santa humanidad para participar de la sangre y la carne para que su sangre pudiera ser dada para la expiación. Es de esta manera que conocemos el amor y la justicia de un Dios Salvador.

La sangre habla de vida derramada. El hombre siempre debe respetar eso; Nunca debe ser algo común para él, ni algo que pueda usar a su antojo. Toda

vida tomada para beneficio del hombre habla de Cristo y de la expiación. El principio del vegetarianismo es contrario a las Escrituras; su verdadera raíz es el odio del enemigo a la idea de que el hombre se beneficie mediante la muerte. Pero sólo la muerte puede hacer expiación o asegurar la bendición para los hombres pecadores.

CAPÍTULOS 18 – 20

Estos capítulos corresponden a lo que se habla en el Nuevo Testamento como el despojo del viejo hombre con sus obras y el revestirse del nuevo. Se contempla un orden anterior de cosas. "No haréis como hacían en la tierra de Egipto, en la cual morasteis; ni haréis como hacían en la tierra de Canaán, a la cual yo os conduzco, ni andaréis en sus costumbres". "Todas estas abominaciones hicieron los hombres de esta tierra que fueron antes de vosotros, y la tierra ha quedado inmunda" (capítulos 18:3, 27; 20:23). Todo lo relacionado con ese orden anterior debe ser rechazado absolutamente. Es positivamente malo y abominable, y la autoridad divina se aplica a él. Moisés es el que habla; Aarón no aparece.

Todos los rasgos del viejo hombre aparecen en estos capítulos: corrupción al satisfacer la lujuria, crueldad al dar descendencia a Moloc y falsedad. El viejo hombre, moralmente, sigue al diablo. Se corrompe según los deseos engañosos (Efesios 4:22). Debemos distinguir entre el viejo hombre y el hombre natural. Hay cosas en el hombre natural que son de Dios: afecto natural, bondad y, a menudo, una gran medida de verdad y rectitud en el trato con sus semejantes. Estas cosas sirven para mostrar que, en los hombres y mujeres naturales, es decir, inconversos, hay rasgos que son de Dios. Pablo habla de algunos que practican por naturaleza las cosas de la ley (Romanos 2:14). El joven rico que vino al Señor era un hombre natural, pero había rasgos en él que el Señor podía valorar y que despertaron Su amor. Es correcto reconocer incluso en las personas inconversas lo que es bueno y de Dios. Es digno de respeto, pues es una huella de la obra de Dios. Así como en un edificio en ruinas se pueden ver restos que muestran la obra del constructor.

Pero el viejo hombre está marcado por la corrupción, la crueldad y la falsedad. Muestra lo que es el hombre: corrompido por Satanás y corrompiéndose a sí mismo; no hay un sólo rasgo en el viejo hombre que sea de Dios. El corazón del hombre, como caído, es la fuente de toda corrupción y crueldad (Marcos 7:21). Puede haber cierta apariencia exterior, particularmente donde hay luz cristiana, pero en el interior hay "toda inmundicia" (Mateo 23:27). El viejo hombre no es un individuo, como tampoco lo es el nuevo hombre. Estos términos, "el viejo hombre" y "el nuevo hombre", se utilizan para designar dos órdenes de ser morales totalmente diferentes. Toda la masa de la humanidad caída lleva los rasgos del "viejo hombre", aunque estos rasgos se manifiestan con mayor

claridad en algunos que en otros. Los santos —"los santos y fieles hermanos en Cristo"— se han "despojado del viejo hombre con sus obras" y se han revestido del nuevo. El nuevo hombre, "según Dios, es creado en verdadera justicia y santidad" (Efesios 4:24), y se "renueva hasta el pleno conocimiento conforme a la imagen del que lo creó" (Colosenses 3:10). Esa imagen se ve en Cristo. De modo que el nuevo hombre es conforme a Dios, tal como se manifiesta en Cristo. "Yo soy Jehová vuestro Dios" exige una correspondencia moral entre Dios y su pueblo. Y es sorprendente que a los creyentes no se les diga que se despojen del viejo hombre y se vistan del nuevo. Se supone que todo el que ha aprendido de Cristo lo ha hecho.

El hombre nuevo es una creación divina. Lo que es el hombre viejo se puede ver por todos lados. ¡Está escrito con letras grandes en la historia del mundo y en las páginas de cada periódico! Pero ¡gracias a Dios!, hay un hombre nuevo, una creación divina más maravillosa que el universo material, un hombre creado "en verdadera justicia y santidad", y conforme a Dios, como se reflejó en Cristo. Un hombre que no sólo es "creado", sino "renovado", de modo que sus rasgos morales se conservan en distinción y frescura. Los rasgos del hombre nuevo no se deterioran ni decaen. No se acercan ni un pelo a los rasgos del hombre viejo de lo que estaban en los inicios del cristianismo.

El hombre nuevo no continúa con "las acciones de la tierra de Egipto" ni con "las acciones de la tierra de Canaán". Me parece que el elemento egipcio es prominente en Colosenses: «filosofía y vano engaño, según la enseñanza de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo» (Colosenses 2:8). Pero creo que el elemento cananeo aparecería en Efesios: «Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como las demás naciones, que andan en la vanidad de su mente, entenebrecidas en el entendimiento, ajenas de la vida de Dios por la ignorancia que hay en ellas, por la dureza de su corazón, quienes, desechando todo sentimiento, se han entregado a la lascivia, para cometer toda clase de impureza con codicia e insaciabilidad» (Efesios 4:17-19).

Cabe añadir que el nuevo hombre se manifiesta en la tierra. "El hombre nuevo" no podría tener ningún significado en el cielo, pues allí nunca ha habido un "hombre viejo". En el lugar donde aparece la corrupción diabólica en el hombre viejo, el hombre nuevo surge como una creación divina. Y, de hecho, muchas de las características del nuevo hombre no serán necesarias en el cielo. Por ejemplo, la compasión entrañable, la longanimidad, el soportarnos unos a otros y el perdonarnos unos a otros. Estas son para la tierra, no para el cielo.

Es a través de los afectos que Dios nos lleva a despojarnos del viejo hombre y revestirnos del nuevo. Él trae a Cristo a la vista de nuestras almas como el Ungido de su complacencia. Colosenses habla de recibir a Cristo; Efesios habla de aprender de Cristo. Los hermanos en Cristo "lo han oído y han sido instruidos en él conforme a la verdad que está en Jesús" (Efesios 4:21). Esto demuestra que los creyentes están bajo la influencia directa y personal de Cristo; y todos los que

realmente han experimentado esto se han despojado del viejo hombre y se han revestido del nuevo.

El capítulo 19 se destaca por sí solo como el único capítulo de este libro cuyo contenido está dirigido a "toda la asamblea de los hijos de Israel". Se trata del pueblo visto como formando un todo moral —podríamos decir, en figura, "un nuevo hombre"— observando en unidad todos los estatutos y ordenanzas de Dios. Dios tiene a su nuevo hombre aquí abajo, donde estaban el judío y el gentil. Él ha obrado con poder creativo para traer a la existencia a ese nuevo hombre, y se necesita "toda la asamblea" para darle expresión. Este capítulo es un resumen exhaustivo de lo que debe caracterizar a quienes reverencian el santuario de Dios. Hay algo más en él que la obediencia individual, pues cada uno debe preocuparse de que su prójimo también se mantenga recto. Uno debe estar tan ansioso por que su prójimo esté libre de cualquier mal como lo está por sí mismo (versículos 17-18). Pertenecemos a una asamblea santa, porque es la asamblea de Dios y Él es santo, y cada uno es responsable de mantener el carácter santo de Su asamblea.

Mucho de lo que está escrito aquí está casi transcrito en Colosenses y Efesios. «Cada uno reverenciará a su madre y a su padre». «No hurtarán». «No mentirán el uno al otro». «No te vengarás, ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo». Compárese con Efesios 6:2; Efesios 4:28, 25, 31, 32.

Si «toda la asamblea» ha de ser santa porque Dios es santo, cada madre y padre en esa asamblea se caracterizaría por la santidad, y la influencia que ejercieran en sus hogares sería divina y piadosa. Los hijos no serían provocados a la ira, sino criados en la disciplina y amonestación del Señor. Es muy apropiado que "reverenciemos" a quienes nos cuidaron en la infancia y la juventud, nos preservaron de las influencias corruptoras del mundo y buscaron nuestro bien en relación con Dios. Cuantos mayores nos hacemos, más "reverenciamos" a quienes, en lugar de nuestros padres, nos protegieron y ejercieron sobre nosotros la influencia y el control divinos. De hecho, cabe señalar que es "todo hombre" —no todo niño— quien debe reverenciar a su madre y a su padre. Los padres deben ser reverenciados mientras vivan. Muchos niños y niñas descarriados han anhelado liberarse del cuidado y control parental, pero la gracia de Dios traerá salvación a tales personas y les enseñará a valorar el inmenso privilegio de un hogar cristiano. Por otro lado, es un ejercicio constante para los padres creyentes mantener ante sus hijos aquello que verdaderamente merece reverencia. No dudo de que existe una influencia paternal en la asamblea, la cual Dios quiere que reverenciemos. Hay cariño maternal y amonestación paternal (1 Tesalonicenses 2:7, 11).

"Mis sábados guardaréis" se refiere al otro mandato positivo de la ley. El pueblo de Dios debe reconocer sus sábados. Jehová descansó el séptimo día, lo bendijo y lo santificó. Dijo, por así decirlo: "He santificado mis sábados, ahora ustedes deben santificarlos". Esto puso a prueba el estado de ánimo del pueblo en cuanto

a si valoraban la comunión con su Dios. ¿Les gusta pensar en cuán perfectamente Dios ha asegurado su descanso en Cristo?

El "sacrificio de paz" se refiere a la comunión de los santos, siendo tal que puede ser aceptada. No debe comerse después del segundo día. Los gozos espirituales deben sustentarse con una comunión directa y renovada con Dios. Hemos hablado del principio de la renovación en relación con el nuevo hombre, y la necesidad de la renovación se enfatiza en el ofrecimiento de paz. No basta con estar consciente de que uno no ha hecho nada malo. Debe haber una renovación con Dios y con su pueblo de aquello que es la fuente y manantial del gozo espiritual. Muchos viven del recuerdo de los gozos que han tenido, pero eso no es un terreno aceptable de comunión en el presente. A menudo, quizás, hablamos juntos de cosas cuando el corazón ya no tiene un sentido presente y profundo de lo que significan como cercanía a Dios. En un momento así se necesita la renovación. Debemos estar ejercitados en que el carácter de nuestra comunión sea tal que Dios pueda ser complaciente en ella en el momento. Todo santo que tiene el Espíritu ha conocido el gozo espiritual en Cristo. Muchos saben que fue real y viven en el Recuerdo de ello. Quienes nos dicen que hace años las cosas eran mejores y tenían más poder, confiesan que lo que atesoran como recuerdo es mayor para ellos que lo que disfrutan ahora. ¡Es hora de que traigan otra ofrenda de paz y se renueven por completo con Dios y con los hermanos! Uno siente mucho la necesidad de renovarse. Es fácil cantar hermosos himnos y pronunciar bellas palabras sin que los afectos se muevan vitalmente con lo que cantamos o decimos. Necesitamos renovar el gozo y la energía espirituales. Podemos saber que algo es verdad sin tener el gozo presente de ello con Dios o con nuestros hermanos. ¡Cuán agradecidos debemos estar de que exista la renovación!

Entonces, en la cosecha y la vendimia, cuando se recogen los ricos frutos de la bondad divina, debemos pensar en "el pobre y el extranjero" (versículos 9-10). Dios nunca quiere que olvidemos que hay "pobres" entre su pueblo: aquellos que no poseen campos ni viñedos. Si tenemos sustancia espiritual, considerémoslos y tratemos de poner algo de ella a su disposición. Hay decenas de miles en el Israel de Dios que son "pobres". No podemos obligarlos a venir a espigar, pero debemos pensar en ellos y tenerlos en nuestros corazones. Podemos ver, en cualquier caso, que hay espigas disponibles para ellos si tienen algún deseo. Tal consideración es "según Dios"; si Él la ve en nuestros corazones, ve los rasgos del nuevo hombre.

Entonces, también debemos pensar en el "extranjero" —alguien completamente fuera del pueblo de Dios. Booz llevó esto a la extranjera Rut. ¡Cuán agradecidos deberíamos estar de ver más Ruts en los campos de Booz! Allí hay espigas ricas, y quienes las recogen pueden tener no sólo las espigas, sino también a Booz mismo, ¡el Hombre poderoso en quien se encuentra toda la riqueza divina! ¡Así, los "pobres" se volverían verdaderamente ricos!

Los siguientes estatutos (versículos 11-18) resaltan de diversas maneras el carácter que Dios quiere imprimir en Su pueblo al presentarse ante ellos como conocido en la gracia. Luego, deben evitarse las mezclas (versículo 19). Satanás a menudo trabaja en esta línea, juntando dos cosas que deberían mantenerse separadas, y en realidad estropeando ambas. Se nos advierte que no nos dejemos llevar por "doctrinas diversas y extrañas". Creo que todas ellas se caracterizan por la mezcla: ¡parte ley, parte gracia, parte filosofía humana! ¡Con cuánta frecuencia hay dos tipos de semillas en lo que profesa ser predicación del evangelio! ¡Y como resultado, la gente aparece con ropas "tejidas de dos materiales"! ¡Un poco de Cristo y una buena dosis de egoísmo!

Diez veces en estos tres capítulos, Dios dice: «Yo soy Jehová vuestro Dios». Doce veces dice: «Yo soy Jehová». Él quería inculcar en su pueblo que su conducta y espíritu debían tomar su carácter. El nuevo hombre es «según Dios... creado en verdadera justicia y santidad». Él dice: «Seréis santos para mí, porque yo Jehová soy santo, y os he apartado de los pueblos para ser míos» (capítulo 20:26). Dios quería que su pueblo fuera completamente distinto de todos los demás pueblos. Moisés oró a Jehová para que fuera con su pueblo: «Así nos distinguiremos, yo y tu pueblo, de todos los pueblos que están sobre la tierra» (Éxodo 33:16). Si Dios va con su pueblo, debe ser para disciplinarlos y ponerlos en armonía con Él, para que sean para su placer.

CAPÍTULO 21

Este capítulo nos presenta la santidad propia de «los sacerdotes, hijos de Aarón». Cuanto más nos acercamos a Dios, más esencial es mantener la santidad. Un grado de separación que podría ser suficiente para la congregación no sería adecuado para los sacerdotes. Debe haber mayor cuidado con las influencias naturales, aunque no se excluyen por completo, salvo en el caso del «sacerdote mayor que sus hermanos». No debe descubrirse la cabeza, ni rasgarse las vestiduras, ni contaminarse ni siquiera por su padre o madre. Pero el sacerdote en general puede contaminarse por su «pariente más cercano».

Esto sugiere que en los sacerdotes los sentimientos naturales deben estar bajo control, y debe haber un ejercicio para determinar hasta qué punto se dejan afectar por ellos. Hay lo que es legítimo, pero el sacerdote debe considerar hasta qué punto lo natural tiene derecho ante Dios. "Serán santos para su Dios... porque presentan las ofrendas encendidas a Jehová, el pan de su Dios; por tanto, serán santos" (versículo 6).

La grasa del sacrificio de paz se llama "el pan de la ofrenda encendida a Jehová" (Levítico 3:11, 16). El sacerdote es quien ministra para la satisfacción de Dios al traer a Cristo ante Él, y por lo tanto, no es apropiado que se deje llevar por sentimientos naturales sin ejercitar lo que es apropiado. Siempre debe recordar que es sacerdote y que está llamado a ministrar a Dios aquello de lo cual Él puede

alimentarse y sus sentimientos naturales deben ser controlados en vista de eso. Cuando se trataba del servicio a Dios, el Señor le dijo a su madre: "¿Qué tengo que ver contigo, mujer? Aún no ha llegado mi hora" (Juan 2:4). Él no reconocía lo natural en su servicio. Su madre y sus hermanos eran aquellos que hacían la voluntad de Dios.

Entonces el sacerdote debía evitar que sus afectos se dirigieran a aquello que tuviera una mancha moral, aquello que estuviera marcado por la infidelidad o la impureza (versículo 7). Hay muchas cosas en la profesión cristiana que llevan la marca de la infidelidad. Debemos reconocer que no es apropiado que los sacerdotes se asocien con ellos. Se trata aquí de la dignidad moral de quienes ministran a Dios. Sería bueno que aquellos llamados de Dios se mirasen a sí mismos más a la luz del versículo 8. Todos los santos tienen el privilegio de asumir el sacerdocio, pero hasta qué punto lo hemos asumido espiritualmente es otra cuestión. Dios nos anima a hacerlo.

Hay una reflexión adicional en los versículos 10-15. Llegamos aquí al "sumo sacerdote que es mayor que sus hermanos". Este es un tipo de Cristo, el Ungido y Consagrado, que nunca abandona el santuario; que está apartado de toda influencia natural; pero que encuentra una compañera de carácter virgen en el remanente fiel de su pueblo, o, en la actualidad, en la asamblea.

Pero ya sea que pensemos en "el aceite de la unción" derramado sobre su cabeza, o en "las vestiduras" de su consagración, ¡cuán benditamente se identifican sus santos con él! Si él es "el sacerdote mayor que sus hermanos", esa misma designación muestra que tiene hermanos. Y sus hermanos participan de la unción; tienen un memorial en el pectoral, las hombreras y el borde del manto. Es imposible separar a los santos de Cristo en el cielo, ni a Él de ellos. El Santificador y los santificados son "todos de uno". Nuestros vínculos terrenales se rompen por la muerte de Cristo aquí, y los celestiales, son formados por la unción que nos vincula con Él donde Él está.

Ahora debemos ver que nos identificamos con el carácter "virgen", no con aquello que habla de infidelidad o de afectos que han tenido otro propósito. Nadie más que Cristo tuvo derecho a la asamblea. La obra del Espíritu es producir afectos santos en la asamblea, afectos que nunca tuvieron, ni podrían tener, otro propósito que Cristo. Debemos asegurarnos de que tales afectos se mantengan frescos y fervorosos. La serpiente haría todo lo posible por engañarnos con su astucia, para que nuestros "pensamientos se corrompieran de la simplicidad en cuanto a Cristo" (2 Corintios 11:3). Debemos ser presentados "como una virgen pura a Cristo".

La gente habla de "avivamientos" aquí y allá, pero en realidad estamos en el tiempo del mayor avivamiento que jamás haya habido. El Espíritu de Dios está avivando el carácter virginal y los afectos nupciales en la asamblea. Bajo la mirada y el corazón de Aquel que valora ese carácter y esos afectos. ¿Acaso pensarlo no nos mueve a desear y orar para que podamos recibir lo que el

Espíritu dice a las asambleas hoy? El carácter "virgen" contrasta con Tiatira, que se convierte en Babilonia, la gran ramera, que se corrompe con todo lo grande y magnífico del mundo. Y el afecto nupcial sería un contraste brillante y bendito con la indiferencia de Laodicea. Todos los santos están llamados a tener un carácter de "virgen casta". Toda influencia corruptora se expone en las Escrituras, y particularmente en las epístolas a las siete asambleas, para que nos apartemos de esas influencias con aversión y permitamos que nuestros corazones se abran "como la rosa al sol de oro" hacia Aquel que viene.

Entonces, ninguno de la descendencia de Aarón con un "defecto" debía "acercarse a presentar el pan de su Dios" (versículo 17). Nótese que aquí se trata de la "simiente" de Aarón, no de sus "hijos". Esto sólo se encuentra en esta sección del libro. La "simiente" parece referirse a aquellos nacidos de nuevo —de nueva generación moralmente— pero no necesariamente "perfectos en Cristo". Los "hijos" de Aarón hablarían de su dignidad como consagrados. Para usar el lenguaje del Nuevo Testamento, los "hijos" han recibido el ministerio de la reconciliación, pero la "simiente" puede que no. Hay muchos de la "simiente" divina en el mundo que no están conscientemente en el bien del evangelio; aún no están en la libertad y la dignidad espiritual de "hijos". No pueden acercarse a ofrecer como sacerdotes ni al velo ni al altar.

Ahora bien, para ellos es importante saber que Dios está anunciando en este mundo a una Persona en quien nunca hubo, ni podría haber, ningún "defecto". Hablando de Cristo, Pablo dice: "A quien anunciamos". Cristo es anunciado para que pueda ser recibido, y que las almas sepan que pueden estar con Dios enteramente sobre la base de otro Hombre en quien nunca hubo defecto alguno. Así que Pablo anunció a Cristo y se esforzó por presentar "a todo hombre perfecto en Cristo" (Colosenses 1:28). "La reconciliación" es algo que debe recibirse, porque está escrito: "Nuestro Señor Jesucristo, por quien ahora hemos recibido la reconciliación" (Romanos 5:11). Por la muerte de su Hijo podemos estar con Dios sobre la base de Aquel en quien nunca hubo mancha alguna.

Un "defecto" no es necesariamente culpa de una persona; podría ser el resultado de una mala enseñanza, que dejó a alguien sin la confirmación de la gracia. Un "defecto" no necesariamente lo vuelve impuro, pues "el pan de su Dios, del santísimo y de las cosas santísimas, comerá", y no podría hacerlo si estuviera impuro. Véase el capítulo 22:4-6. Es la gracia bendita la que permite comer a la descendencia de Aarón con un "defecto", pero debe mantener una buena conciencia y no tocar nada impuro. "El pan de su Dios" no se le niega a ninguna alma recta o ejercitada. Las cosas santas hablan de Cristo como el Objeto de complacencia y deleite para Dios. A medida que las almas se alimentan de eso, se forman interiormente en la apreciación del Hombre que es enteramente para el deleite de Dios. En cierto sentido, todo aquel que nace de nuevo puede apreciar a Cristo. El hombre en Romanos 7 dice: «Me deleito en la ley de Dios según el hombre interior». Si Cristo fuera presentado a tal persona, se deleitaría en Cristo. De hecho, así es como la «semilla» divina sale a la luz. Cristo es presentado en

las buenas nuevas, y ciertas personas se sienten atraídas; aprecian a Cristo tal como se les presenta. Pero luego es presentado para que las almas sepan que pueden estar con Dios en el pie de ese Hombre. Un alma divinamente ejercitada puede alimentarse de lo que Cristo fue como obediente hasta la muerte, y de lo que fue al haber ido a la muerte para que Dios y su pueblo pudieran tener un gozo común. Esa es la oblación y el ofrecimiento de paz: todo lo que Cristo fue aquí en carne para el placer de Dios, y lo que fue al ir a la muerte para ser la Sustancia de nuestra comunión y gozo. De hecho, el antitipo supera al tipo, pues creo que podemos decir que comer el pan de Dios espiritualmente eliminaría los defectos. J.B.S. solía decir que nuestro Sumo Sacerdote puede eliminar todos los defectos en los miembros de Su familia.

A veces, un "defecto" es el resultado de la propia falta de diligencia espiritual. Pedro habla de algunos que son "ciegos, cortos de vista", y lo explica por su falta de diligencia para asegurar su llamado y elección. Hebreos 12:13 habla de algunos como "cojos", pero sugiere que pueden ser "sanados". Probablemente el "cojo" podría ser un creyente judío de fe débil, con quien existía el peligro de que tropezara y retrocediera si no encontraba gracia que lo ayudara entre la compañía cristiana, y particularmente si no "hicieron caminos rectos" para sus pies.

En el cristianismo ningún "defecto" tiene por qué ser permanente; la obra normal de la gracia estaría encaminada a eliminar todo defecto. Ya no es necesario que los santos estén permanentemente incapacitados para el servicio santo. Hay muchos "enanos" hoy en día, pero podrían alcanzar la plenitud de su estatura si así lo desearan.

CAPÍTULO 22

Ningún descendiente de Aarón debe acercarse a las cosas santas ni comer de ellas estando impuro. Si ha habido contacto con algo impuro, el sol de ese día debe ponerse y la carne debe lavarse con agua antes de poder comer las cosas santas. Todo el día se ve afectado por lo sucedido, y el alma debe aprender, por su dolorosa privación de "las cosas santas", lo grave que es contraer impureza.

Entonces, a la descendencia de Aarón se le prohibió comer "un cadáver y lo desgarrado" (versículo 8). No estaba prohibido para el israelita común, pero incluso para él lo volvía impuro hasta la tarde y requería lavado (Levítico 17:15). "Un cadáver" significaría una fuente de alimento que no tenía carácter sacrificial; sugeriría algo en lo que Dios no se complace. Y "lo que está desgarrado" implicaría que dicho alimento se había hecho disponible mediante la violencia. Hay mucho que a veces tienta al pueblo de Dios, de lo cual tendrían que admitir que no había nada para Dios en ello, y parte de lo cual es fruto de la violencia cometida contra lo que se le debe. Tal alimento vuelve impuro a un israelita, pero está absolutamente prohibido para alguien de la descendencia sacerdotal.

En los versículos 10-16, las cosas santas están restringidas a la casa sacerdotal. La casa sacerdotal tiene sus propios privilegios. Todos en esa casa pueden comer: el esclavo, los nacidos en la casa, la hija en casa, pero ningún extraño. Ni el extraño, ni el peregrino, ni el jornalero pueden comer. Sólo quienes pertenecen a la familia por compra o por nacimiento pueden participar del alimento sacerdotal. Una cosa es residir con el sacerdote, y otra, ser parte de su familia. El peregrino y el jornalero representan a quienes están providencialmente cerca del sacerdote, pero no le pertenecen. ¡Es una gran cosa ser consciente de que uno pertenece por compra a una familia sacerdotal! Estos no son visitantes casuales ni extraños. Se supone que algunos no están a la altura del sacerdocio, pero que pueden considerarse comprados. El creyente más débil puede hacer eso; puede decir: «He sido comprado por precio».

Entonces, «el nacido en su casa... podrá comer de su alimento». Se supone que allí nacerán niños. Donde las condiciones sacerdotales se mantienen, ¡uno esperaría que nacieran niños! E incluso los jóvenes conversos tienen derecho a las "cosas santas". ¡Qué gran manifestación de gracia hay en esto! El que tiene un defecto, el comprado, el niño que nace, todos tienen derecho a comer de las "cosas santas" si están limpios.

"Ningún extraño comerá lo sagrado". El "extranjero" aquí es alguien que "no es de la descendencia de Aarón" (Números 16:40). No se siente cómodo en la casa sacerdotal; no pertenece a ella. Hay muchas escrituras que muestran la gracia que hay en el corazón de Dios para el "extranjero". No necesita seguir siendo un "extranjero"; puede convertirse en "un alma comprada". "Ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios" (Efesios 2:19). Pero ningún extraño, como tal, puede comer lo sagrado.

«La hija de un sacerdote casada con un extraño no podrá comer de la ofrenda elevada de las cosas santas». Ella ha estado en la casa sacerdotal y ha sabido lo que era disfrutar del alimento sacerdotal, pero ha entrado en una relación fuera de la familia sacerdotal.

Pierde su derecho a las cosas santas. Esto sería una consideración seria para cualquier hija sincera de la casa sacerdotal. Este principio se aplicaría hoy. Cualquier tipo de relación, matrimonial o de otro tipo, que nos vincule íntimamente con quienes no tienen carácter ni ejercicio sacerdotal, sin duda nos privará prácticamente de nuestra parte del alimento sacerdotal. Si hemos sabido lo que es alimentarnos de Cristo y deleitarnos en Él, ¡Cuidémonos de formar vínculos de amistad o compañerismo con quienes son «extraños» a la familia sacerdotal!

Pero aquí hay un indicio de restauración. El versículo 13 habla de ella enviudando, o divorciándose, y regresando a la casa de su padre, como en su juventud. ¡Cuántos se han alejado a través de las asociaciones que han formado, sólo para descubrir que pierden todo lo que buscaban! A través del dolor de la viudez, regresan a lo que nunca necesitaron haber dejado. ¡Incluso pueden ser

"divorciados", repudiados y desechados por las mismas personas que los alejaron! ¡Qué preciosa gracia pensar que tales personas pueden volver a "la casa de su padre, como en su juventud", y "puede comer del alimento de su padre"!

El "extranjero" aquí no es exactamente un incrédulo; es un israelita, pero no de la descendencia de Aarón. Debemos tener cuidado de que incluso las personas convertidas no nos alejen de los privilegios sacerdotales y el alimento. Debemos ser cuidadosos con el tipo de vínculos que formamos incluso con los creyentes. Como veíamos en los tipos del tabernáculo, ¡deben ser lazos de azul, broches de oro, broches de cobre, varillas de plata! Estas cosas indican la clase de vínculos que son seguros. Los vínculos espirituales celestiales y divinos nunca nos alejarán del privilegio y el alimento espiritual. Podemos servir a todos los creyentes según la oportunidad que tengamos, pero debemos cuidar nuestras asociaciones si deseamos conservar los privilegios que pertenecen a la familia sacerdotal.

Bernabé perdió mucho al permitir que su parcialidad natural por su sobrino fuera mayor en su estimación que su vínculo de asociación con Pablo. Es triste pensar en alguien que había sido un modelo de buenas obras y un consuelo para los apóstoles —pues lo apodaron "hijo de consolación"—, alguien que tenía un gran y verdadero aprecio por Pablo, permitiendo que su apego a su sobrino lo privara de tanto que podría haber sido su privilegio sacerdotal. No fue que ni el tío ni el sobrino dejaran de ser creyentes ni siervos del Señor, sino que ambos perdieron un privilegio inestimable. Ser asociados con Pablo era el mayor privilegio del momento, y lo perdieron, al menos por el momento. Esto muestra el peligro de los vínculos no espirituales incluso con los verdaderos creyentes.

La sección final de este capítulo es la última palabra del libro sobre las ofrendas, e insiste en que no debe haber mancha ni defecto en ellas, ya sea que se ofrezcan como holocausto o como ofrenda de paz para cumplir un voto. «Como ofrenda voluntaria», se podría ofrecer un becerro o una oveja «que tenga un miembro demasiado largo o corto». Esto representaría típicamente una falta de proporción en la comprensión de Cristo. Un rasgo de Cristo al que se le da tanta importancia que está desproporcionado con el resto en nuestra comprensión, u otro rasgo al que no se le da el debido lugar. Pero el oferente en este caso no piensa en mancha o defecto en Cristo. Simplemente no tiene las cosas en proporción inteligente y divinamente ajustada. Uno puede estar profundamente agradecido de que se acepte una ofrenda tan voluntaria, pues ¡cuántos de nosotros carecen de proporción en nuestra comprensión de Cristo! Dios la acepta, pues es Cristo quien es comprendido y ofrecido, pero al mismo tiempo nos insinúa que tal ofrenda no cumple con lo que Él busca en una persona verdaderamente espiritual. «Como voto no será aceptado». Donde hay esa devoción y energía espiritual de las cuales un «voto» sería la expresión, habría mucho ejercicio para tener las perfecciones de Cristo en su debida proporción ante el alma, para que podamos presentarlas a Dios con comprensión inteligente, de tal manera que sean aceptadas y le agraden.

CAPÍTULO 23

"Las fiestas solemnes de Jehová... mis fiestas solemnes" son las estaciones señaladas por Dios; dan a conocer lo que está en su mente. No son voluntarias (véase el versículo 38) ni obligatorias debido a pecados como las ofrendas por el pecado o la transgresión. Son cosas que el pueblo de Dios debe realizar en conjunto para su deleite. Esto les confiere un carácter muy precioso. Debían ser proclamadas como "santas convocaciones"; se refieren a lo que debe realizarse colectivamente como las estaciones señaladas por Dios. No se trata de pensar en lo que surge de nuestros ejercicios o deseos, sino en lo que Dios designa para su propio deleite.

Cada una de estas fiestas reunía a todo el pueblo, y si pensamos en lo que simbolizan, debemos ver que hablan de cosas que tendrían el efecto de unir moralmente a todo el pueblo de Dios. Nadie puede decir: «Mi Pascua es diferente a la tuya, o una gavilla mecida diferente, o una oblación diferente». Son puntos de encuentro fijos para el pueblo de Dios en relación con Él, para que se reúnan moralmente. Reunirse meramente de manera externa no sería una «santa convocación». Podría ser posible reunir a todos los creyentes de un pueblo en un sólo lugar, pero si todos tuvieran pensamientos y puntos de vista diferentes, no estarían juntos moralmente.

Lo que entiendo por «santa convocación» es que el pueblo de Dios es convocado en un sentido real y espiritual. Están unidos en la misma mente y en la misma opinión (1 Corintios 1:10). Todos estaban juntos exteriormente en Corinto, pero no lo estaban moralmente. La suya no era una "santa convocación", pero el apóstol se esforzó para que se convirtiera en una. Todos estamos aquí en esta sala, pero ¿hasta qué punto estamos realmente unidos en la misma mente y en la misma opinión? Dios provee en sus fiestas establecidas todo lo esencial para unificar a su pueblo. Si pasamos por estas fiestas y las guardamos con Dios, no tendremos un pensamiento divergente sobre nada. Una compañía de personas juntas sin un pensamiento divergente, y cada pensamiento en armonía con Dios, es una "santa convocación". Los pensamientos divergentes son el resultado de entretener cosas que están fuera de lo que Dios ha designado.

No puede haber duda de que habrá una "santa convocación" en el rapto. Si el grito de reunión del Señor sonara en este momento, toda la asamblea sería arrebatada sin un solo pensamiento divergente en todas las miríadas que la componen. La obra de Dios continúa ahora para lograrlo moralmente antes de que se realice por poder divino en el rapto. Él quiere que todo su pueblo sepa lo que significa participar en una "santa convocación" ahora.

Es ilustrativo ver que el "sábado de reposo" viene primero. No es exactamente una de las fiestas establecidas (véase versículo 38), pero viene como preparación para todas ellas. Habla de ese espíritu de reposo que Dios deseaba tener en las moradas de su pueblo. El sábado era "un pacto eterno. Será una señal entre mí

y los hijos de Israel para siempre" (Éxodo 31:16-17). La idea del descanso es esencial para el pacto; es muy dulce que así sea.

"El sábado para Jehová" es un cese completo de nuestras propias actividades, para que podamos contemplar en reposo lo que Dios ha hecho, y el carácter de Su descanso, y cómo Él quiere que su pueblo lo comparta. El "sábado de Jehová" es que Dios lo da y lo designa; el "sábado para Jehová" es que su pueblo lo considere en él. Las palabras "a Jehová" aparecen a menudo en este capítulo, y esto muestra cómo Su placer en las fiestas es un pensamiento primordial. Los elementos de inquietud introducidos entre el pueblo de Dios rompen el sábado de descanso. Tenemos que asegurarnos de que nada nos aparte de una actitud de reposo del alma hacia Dios; y esto no meramente en las reuniones, sino "en todas vuestras moradas". Las personas en un estado mental perturbado nunca podrían ser una "santa convocación". Si están trabajando y agobiados —y esto lo digo en mi corazón— vengan al Hijo del Padre, y Él les dará descanso. El sábado es Dios llamando a los hombres a la comunión con su propio descanso. Pero es molesto para el hombre, porque al hombre natural no le importa la comunión con Dios; prefiere sus propias obras al descanso de Dios en Cristo. Nuestras "moradas" son donde vivimos en un sentido espiritual; debe haber condiciones sabáticas allí, condiciones de descanso.

El concepto de "la asamblea de Israel" se introdujo por primera vez en relación con la Pascua (Éxodo 12:3). "La asamblea" es "la congregación vista como un todo moral, una persona corporativa ante Dios" (Nota a Éxodo 12:3 en la Nueva Traducción). Y si consideramos la Pascua, veremos que implica una unidad muy real y práctica. Un Cordero sin mancha llevó el juicio debido al hombre pecador, y su amor al hacerlo es ahora el alimento de los protegidos. Todo lo que yo era como hombre natural caído estaba bajo juicio, pero Cristo ha llevado el juicio en amor, y yo me alimento de Él ahora para vivir por Él. Ya no tengo ante mí al hombre según el orden de Adán, el hombre en la carne. Reconozco que ese hombre está bajo juicio, pero Cristo ha llevado el juicio para que yo pueda vivir por Él. ¿No es esto cierto para cada creyente sobre la faz de la tierra? ¿No tenemos todos, a la luz de Cristo siendo sacrificado y llevando el juicio que nos corresponde, la misma estimación divina de nosotros mismos, y los mismos pensamientos preciosos del valor de Cristo y de Su sacrificio? En cuanto a nosotros, sólo podemos decir que merecíamos la muerte y el juicio de Dios. En cuanto a Cristo, sabemos que Él ha sido sacrificado y ha llevado el juicio que nos corresponde, para que podamos vivir por Él. ¿No hay un acuerdo perfecto y universal en toda la asamblea de Dios en cuanto a estas realidades divinas? No estoy hablando, por el momento, del refugio y la seguridad que la Pascua asegura (pues ese no es el pensamiento en Levítico 23), sino de la unidad que establece en todo el Israel de Dios.

Luego, "la fiesta de los panes sin levadura para Jehová" sigue inmediatamente después de la Pascua. De hecho, en el Nuevo Testamento, las dos fiestas se identifican como "la fiesta de los panes sin levadura, que se llama la Pascua"

(Lucas 22:1). Moralmente van juntas y, por lo tanto, se colocan en la misma sección de este capítulo. Si todo lo que yo era como hombre en la carne fue juzgado en el sacrificio de Cristo, ¿cómo puedo tolerar la levadura de la autoimportancia o cualquiera de esos rasgos que Dios ha juzgado en la muerte de Cristo? El que verdaderamente se ha alimentado del Cordero asado al fuego tiene algo interiormente en su constitución moral que le da la capacidad de juzgar las cosas según Dios; él discierne que lo que es de la carne es "levadura"; tiene un carácter corruptor y arrogante.

"Siete días comeréis pan sin levadura". El pan sin levadura es Cristo. Vemos en Él una humanidad sin elementos corruptores ni arrogantes. La tentación demostró que Él era sin levadura. Adán se había apartado de las manos de Dios con desconfianza y desobediencia; había codiciado poseer lo que Dios no le había dado, se había dejado seducir por la perspectiva de ser como Dios, se había atrevido a arriesgarse al castigo pronunciado por la desobediencia. Pero Cristo confió en Dios; no actuaría por sí mismo ni recibiría del príncipe de este mundo; no abandonaría ni por un momento el lugar de obediencia y dependencia; no tentaría a Dios poniendo a prueba Su palabra. No había allí ningún elemento corruptor ni corruptible. No hubo inflación ni engreimiento, ni nada en lo más mínimo irreal. Su oración no fue "de labios fingidos"; su pensamiento no fue más allá de su palabra (Salmo 17:1, 3). Cuando le preguntaron: "¿Quién eres?", respondió: "En conjunto os digo lo mismo" (Juan 8:25). Podía hablar de sí mismo como "un hombre que os ha dicho la verdad" (Juan 8:40).

Podemos estudiar cada acto suyo y cada palabra, y no encontraremos nada más que "sinceridad y verdad". Ese es el "pan sin levadura"; y debe comerse "siete días", un período perfecto que abarca típicamente toda nuestra vida aquí.

Uno podría decir: "¡Yo nunca podría ser así!" Pero ¿puedes comerlo? ¿Te gusta ese tipo de pan? Si lo comes, te convertirás en pan sin levadura. La "vieja levadura" debe ser purificada para que la asamblea de Dios "sea una masa nueva, así como sois sin levadura" (1 Corintios 5:7). La "vieja levadura" sería algo traído de la vieja masa de masa, que corresponde a "nuestro viejo hombre". Todo lo que corrompe y tiende a hincharse, tiene que ser purificado. La "nueva masa" corresponde al "nuevo hombre, que según Dios es creado en verdadera justicia y santidad".

«En cierto sentido, los santos "son sin levadura", pues están en Cristo Jesús por la obra de Dios, y Cristo Jesús les ha sido hecho "sabiduría de Dios, justificación, santificación y redención" (1 Corintios 1:30). Dios no puede reconocer para su agrado ninguna vida en los creyentes sino la vida de Cristo. Entonces, ¿cómo podemos estar en comunión con Dios si en la práctica reconocemos la vida de "nuestro viejo hombre"? De hecho, la misma expresión "nuestro viejo hombre" implica que ya no seguimos adelante con ese hombre ahora. Como santos en Cristo, nos hemos despojado de él y nos hemos revestido del nuevo hombre. Y ahora tenemos que guardar la fiesta de los panes sin levadura durante todo el período de nuestra vida aquí. Esto no se hace mirando cuán imperfectamente lo

hacen los demás, sino buscando cada uno, con rectitud de corazón y con buena conciencia delante de Dios, mantener un carácter sin levadura en sí mismo. A medida que nos alimentamos de Cristo, somos nutridos y fortalecidos, y Él llega a ser nuestra vida en la práctica, de modo que podemos rechazar la vieja levadura, y la levadura de malicia y de maldad, y tener con nosotros "panes sin levadura, de sinceridad y de verdad". Todo el Israel de Dios ha de moverse en esa línea, y así es como se producen las condiciones de la asamblea y la unidad de la asamblea. Es rechazando cada uno lo que es de la carne y dando lugar a lo que es de Cristo. Esto nos uniría a todos moralmente, ¿no es así? Cada día que "celebremos la fiesta" de los panes sin levadura hay "una ofrenda encendida". Sabemos por Números 28 que consistía en "dos becerros de la vacada, un carnero y siete corderos de un año" para holocausto, además de otras ofrendas. Pero aquí no se especifica en detalle; simplemente está aquello que sube como olor grato. A medida que el pueblo de Dios rechaza la carne y da lugar a lo que es de Cristo, adquiere capacidad para ministrar para el deleite de Dios».

Una nueva sección del capítulo comienza en el versículo 9 y continúa hasta el versículo 22. Se notará que esto es "Cuando entréis en la tierra que Yo os doy, y seguéis su mies, traeréis al sacerdote una gavilla de las primicias de vuestra siega. Y él mecerá la gavilla delante de Jehová para ser aceptados por vosotros; el día siguiente del sábado la mecerá el sacerdote". Cristo resucitado se presenta en este tipo profundamente interesante como las primicias de la tierra de la promesa y el propósito divino. Los pensamientos de Dios en cuanto a la condición y la bienaventuranza en la que Él quería que Su pueblo estuviera delante de Él han llegado a buen término en Aquel que resucitó "el día siguiente del sábado". Esto habla de un nuevo comienzo, pero uno que se relaciona con lo que lo precedió.

Se hicieron promesas a los padres, y Dios actuó con Israel para cumplirlas, pero cada día de la historia de Israel sólo hacía más evidente que ninguna de esas promesas ni esos caminos podía concretarse en relación con lo que eran en la carne. Esa historia culminó en su rechazo del Prometido, Aquel en quien estaba encarnada toda «la verdad de Dios» (Romanos 15:8). Habían demostrado ser completamente infieles: quebrantaron la ley, desobedecieron el pacto, despreciaron las promesas, mataron a los profetas y, por último, lo más terrible de todo, traicionaron y asesinaron al Justo, de modo que en el que fue verdaderamente el sábado más grande y trascendental de su historia, Él yacía en la tumba de José. El hecho de que la gavilla mecida fuera una gavilla de cebada, porque la cosecha de cebada venía antes que la cosecha de trigo, podría tener alguna referencia al estado de Israel como infiel, porque la cebada sólo aparece en la ofrenda de celos de Números 5. Sugeriría que Cristo vino a abordar la cuestión de la infidelidad de los que han tenido un lugar en relación con Dios. El ejercicio de haber fracasado completamente como pueblo de Dios es un ejercicio más profundo que la convicción de un hombre que nunca ha profesado conocer a Dios. Israel tendrá este ejercicio, y muchos de nosotros hemos conocido la amargura de ello. Pero la gracia nos da derecho a saber que Cristo ha soportado el juicio debido a nuestra infidelidad. Israel aún será llevado a

reconocer que su infidelidad ha sido completamente expuesta, pero que su Mesías sufriente la ha asumido y ha soportado el juicio debido a ella, y que como el Resucitado, Él se ha convertido en su aceptación. Entonces disfrutará sin ningún elemento perturbador de la tierra que Jehová le ha dado, y comerá su pan. Israel comenzará de nuevo con Dios sobre la base de un Cristo resucitado, y recibirán "las misericordias seguras de David".

Pero la Gavilla de las Primicias es tanto para nosotros como para Israel. Cristo ha asumido todo lo que nos correspondía como una responsabilidad justa, ya sea como pecadores impíos o como cristianos profesantes, y ha satisfecho cada exigencia divina, y ha salido en resurrección para ser aceptado por nosotros. No hay duda de ningún título que pudiéramos tener en nosotros mismos ni de nada en lo que uno pueda diferir de otro. El plan de Dios de aceptación para todo su Israel —para cada creyente sobre la faz de la tierra— se expresa en un Hombre resucitado. ¡Qué poder unificador hay en la comprensión de esto! Hay una sola aceptación para todos nosotros, y es esa Persona gloriosa, viva de entre los muertos, en perfecta y eterna idoneidad para el mundo de resurrección en el que ha entrado. En este mundo puede haber mil diferencias entre nosotros, pero con Dios tenemos un Cristo resucitado —sólo Cristo y completamente— para aceptación.

Pero entonces, esto no es simplemente que Cristo sea nuestra justicia para que tengamos paz con Dios. Es una aceptación que nos da la libertad de comer el pan de la tierra que Dios nos ha dado. Él ha preparado cosas maravillosas para quienes lo aman, pero no son cosas que el ojo puede ver, ni el oído puede oír, ni que entran naturalmente en el corazón del hombre. Son cosas espirituales, fruto de «esa sabiduría oculta que Dios había predeterminado antes de los siglos para nuestra gloria». Dios nos ha dado una tierra maravillosa, cuya bienaventuranza está más allá de todo entendimiento natural, pero es revelada por su Espíritu y a la que acceden personas espirituales. La "Gavilla de las primicias" es Cristo en relación con esa tierra, y como aceptado por nosotros en vista de que disfrutemos del "pan" de esa tierra. Con suprema libertad de corazón, el pueblo de Dios, habiendo celebrado esta fiesta, puede entonces disfrutar de su porción invisible y eterna en Cristo. Un Hombre resucitado es las primicias. Esto nos muestra claramente que todos los frutos posteriores —si se nos permite el término— pertenecen a ese orden; pertenecen a una región espiritual que se encuentra más allá de la muerte; son «alimento que permanece para vida eterna» (Juan 6:27).

"Traeréis al sacerdote una gavilla por primicia de vuestra siega. Y el sacerdote mecerá la gavilla delante de Jehová, para que seáis aceptos". Dios quiere que todo su Israel reconozca a un Cristo resucitado como las Primicias de lo que hay en su corazón para ellos. Quiere que ellos, con inteligencia espiritual, mezan a ese bendito Ser delante de Él, sabiendo que Él es acepto por ellos, para que con libertad de corazón puedan disfrutar del pan del «Hogar eterno de la vida, donde no pueden entrar el pecado, ni la escasez, ni el dolor, ni la muerte».

Esto inicia un nuevo período con Dios; es "el día siguiente del día de reposo". Guarda relación con un período que se ha cerrado; confirmando todas las promesas, asegurando todo lo que los caminos anteriores de Dios tenían en vista, pero poniéndolo todo ahora sobre la base de la resurrección. De modo que todas las promesas de Dios son Sí y Amén en Cristo, el Resucitado, y al ser confirmadas en Él, se conocen como realidades presentes. Es un nuevo período marcado por el disfrute de realidades espirituales de las cuales Cristo resucitado es las Primicias.

Luego, en el mismo día, se ofrece un cordero como holocausto, con su oblación y su libación.

Junto con la bendita aprehensión de Cristo como las Primicias en resurrección, estas diversas ofrendas tienen su lugar. Su significado ya se ha presentado ante nosotros al considerar los primeros capítulos de este libro, salvo el de la libación, que aquí se menciona por primera vez en Levítico. Llama la atención que lo que habla de gozo —pues la libación es de vino— sea introducido en esta conexión. Y podemos recordar que el vino en la libación tiene la misma medida que el aceite en la oblación. Habla de "gozo en el Espíritu Santo" (Romanos 14:17). Dios tiene gran deleite en el gozo de su pueblo en Cristo; la libación debía ser derramada "en el santuario".

La siguiente fiesta es de especial interés, pues nos presenta lo que pertenece al período actual: la «nueva oblación» de Pentecostés. Esto claramente presenta a la asamblea como «primicias» para Dios. Esto tiene una conexión definida con la fiesta anterior, pues el día de traer y mecer la gavilla de las primicias es el punto de partida desde el cual se cuentan las "siete semanas" o "cincuenta días" hasta el día de presentar la "nueva oblación". La resurrección de Cristo es el punto de partida de un curso de ejercicio y educación divinos que da como resultado que los "dos panes mecidos" sean sacados de las "moradas" del pueblo de Dios. Entiendo que esto transmite que lo que está en la mente de Dios para efectuar, obtiene un lugar tal con su pueblo que pueden sacarlo de sus moradas, en una forma definida para Su placer. Pero este es el resultado de un ejercicio de "cincuenta días" que sigue a la aprehensión de Cristo resucitado como "Primicias". Sabemos lo que llenó esos "cincuenta días" históricamente. El Resucitado fue visto "durante cuarenta días" por aquellos "a quienes también se presentó vivo, después de haber padecido, con muchas pruebas". Les habló "de las cosas que conciernen al reino de Dios". Se "reunió con ellos" y "por el Espíritu Santo les encargó", educándolos con su propia acción a pensar en reunirse y en actuar por el Espíritu Santo. Los indujo a pensar en el Espíritu Santo como el poder que descendería sobre ellos para constituirlos en sus testigos hasta los confines de la tierra. Luego fue llevado arriba y lo vieron subir al cielo, y se les dijo que "vendría así de la manera en que lo han visto subir al cielo". Luego hubo otros diez días durante los cuales supieron que había subido al cielo, y se

caracterizaron por subir al aposento alto, lo cual era una indicación de que conocían su relación con Él como en el cielo. Los once estaban allí, las mujeres, María la madre de Jesús, y sus hermanos. El verdadero "Israel de Dios" estaba allí; y no era simplemente que se reunían allí, ellos permanecían allí, correspondía con las "moradas" de Levítico 23:17. La "oración continua" marcaba esa morada, una sujeción iluminada a las Sagradas Escrituras y un cuidado celoso del testimonio y el servicio que se les había encomendado. "Y cuando ya se acercaba el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. Y de repente vino un estruendo del cielo como de un viento violento e impetuoso, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados. Y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, conforme el Espíritu les daba que hablasen" (Hechos 2:1-4). Fue desde esa morada que Se trajeron los "dos panes mecidos".

En este tipo no encontramos la verdad de la asamblea como un solo cuerpo; esto, como sabemos, está simbolizado por "un solo pan" (1 Corintios 10:17). Los "dos panes mecidos" presentarían más bien a los santos en su testimonio aquí de Jesús como Señor y Cristo en el cielo. Se presentan para el agrado de Dios como "una nueva oblación". Ocupan el lugar de Jesús aquí ante la mirada de Dios, pues Él era la Oblación en toda su perfección en el poder del Espíritu. Pero ahora hay "una nueva oblación", no sin levadura como Él, sino "cocida con levadura" para dar a entender que está compuesta por aquellos en quienes anteriormente hubo una obra de pecado, pero en quienes esa obra ha cesado por la acción del fuego: el juicio propio en el poder del Espíritu. Jesús ya no está aquí personalmente, pero se mantiene aquí en testimonio en la "nueva oblación" para el placer de Dios. Los dos panes podrían referirse a la mutualidad y la simpatía que caracterizaban las relaciones de los santos entre sí, de las cuales Hechos 2:42-45; Hechos 4:32 dan tan bendito testimonio.

Los "dos panes mecidos" son "primicias para Jehová". Esto ayuda a definir el aspecto de la asamblea que se nos presenta en este tipo. No se trata de la asamblea en esas relaciones y privilegios celestiales que le son peculiares, sino de la asamblea vista como tomando el lugar de Israel en la tierra y manteniendo en testimonio aquí lo que se producirá para Dios en la gran reunión del mundo venidero. En el día de Pentecostés, el reino de Dios estaba aquí en el poder del Espíritu, y había un testimonio adecuado de Aquel que es hecho Señor y Cristo en el cielo. Un testimonio no sólo de palabra, sino también en la forma de vida y las relaciones mutuas de una compañía de hombres y mujeres en este mundo. La esencia de ese testimonio era la "flor de harina": la vida de Cristo en sus santos, que se manifestó mediante el juicio propio y mediante las influencias espirituales y la educación de esos maravillosos "cincuenta días", culminando con la llenura del Espíritu Santo. Tal resultado sólo puede provenir de "moradas" que tienen el carácter que se ve en Hechos 1 y 2. Los "dos panes mecidos" son el resultado de santos que moran en las benditas condiciones que se ven allí. Debemos conocer el poder de esas condiciones para ser fieles al carácter de la asamblea, tal como

se expresa en los panes mecidos. Entonces, los santos serán "primicias"; expresarán los rasgos de Cristo en el intervalo entre su "recepción" y su segunda venida.

Dios quiere que su pueblo llegue unido a la comprensión de lo que significa el día de Pentecostés y lo que implica el surgimiento de la "nueva oblación". Esto plantea la cuestión de dónde moramos y qué podemos producir como "primicias". Dios quiere que pensemos mucho en la asamblea como llenando en testimonio este intervalo presente durante la ausencia de Cristo en el cielo, y antes de que Él reanude sus caminos con Israel en la tierra. Si no la apreciamos en nuestras "moradas", no seremos capaces de producirla como habiendo tomado forma. Aquellos que son conocidos como personas de la "alta iglesia" entrenan a sus discípulos a pensar mucho en "la iglesia". Pero su "iglesia" es el árbol de mostaza o la harina leudada en lugar del "tesoro" o la "perla de gran valor" (Mateo 13). Es el cuerpo público profesante, en el que se supone que las personas nacen de nuevo por haber sido bautizadas y mantienen un vínculo vital con Cristo mediante los sacramentos. En ese sistema, todo depende de la validez de las llamadas "órdenes", de modo que exalta un sacerdocio humano a un lugar de suprema importancia. Y esto genera incertidumbre, pues no hay un "sacerdote" en la tierra que pueda probar la validez de sus "órdenes". El anglicano afirma tenerlas; el Papa no las reconoce; y con las más altas autoridades de la "iglesia" discutiendo al respecto, ¿quién puede estar seguro? En contraste con todo esto, consideremos a la asamblea como compuesta por todos aquellos que creen en el Señor Jesucristo, lo aman, y como habitados por el Espíritu, están en su vida, y son realmente "primicias" para Dios. ¡Procuremos cada vez más que esto se exprese en testimonio aquí! ¡Entonces seremos verdaderos clérigos! La tendencia entre algunos protestantes ha sido la de repeler las pretensiones de una iglesia corrupta, hasta el punto de que priorizan la bendición individual y no consideran lo suficiente lo colectivo y corporativo. ¡Seamos buenos clérigos en un sentido verdadero y espiritual! Dios quiere unir a su pueblo con respecto a la asamblea. Todo verdadero creyente aprecia el pensamiento de Cristo; entonces, apreciemos el pensamiento de la asamblea, porque es de Cristo. Pablo dice: «Hablo como a Cristo y como a la asamblea». La asamblea es de Cristo y para Cristo.

Luego, con el pan, se presentan «siete corderos sin defecto, de un año, un becerro y dos carneros; serán holocausto a Jehová con su ofrenda y sus libaciones».

Los santos, al tener el Espíritu, tienen una capacidad notable para comprender y apreciar a Cristo. Creo que ninguna compañía tendrá jamás tales comprensiones de Cristo como la asamblea. Dios se deleita en que tomemos Sus perfecciones y las presentemos como "olor grato". Hay una ofrenda por el pecado, y también ofrendas de paz. Dios quiere llevarnos a un acuerdo perfecto en la apreciación de Cristo, y darnos "un mismo sentir entre nosotros, según Cristo Jesús; para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo" (Romanos 15:5-6). La ofrenda de las naciones, como "agradable,

santificada por el Espíritu Santo" (Romanos 15:16), sería muy similar a los panes mecidos.

Las ofrendas de paz introducen la idea de la comunión. La enseñanza de los apóstoles lo hace todo de Cristo, y eso forma la comunión (Hechos 2:42). La comunión deriva su carácter del aprecio por Cristo y del rechazo de todo lo que sea incompatible con la vida de Cristo. Entonces podemos acercarnos unos a otros, y existen todos los elementos de una "santa convocación" en amor y libertad, nada "servil" en ella; los santos por amor se sirven unos a otros.

Esta sección del capítulo (v.22) termina con un hermoso toque de amable consideración por "los pobres" y "el extranjero". Muestra el espíritu de gracia que Dios desea que caracterice a su pueblo; es su propio carácter reproduciéndose en ellos. Siempre habrá quienes respondan a "los pobres" y "los extranjeros", y siempre debemos pensar en ellos cuando el pueblo de Dios esté cosechando la rica cosecha de sus bendiciones en Cristo.

Los versículos 23-25 son otra sección del capítulo, y esto, y lo que sigue, se refiere a lo que sucede "en el séptimo mes". El "séptimo mes" trae las cosas a su culminación espiritual; los tiempos establecidos o las temporadas señaladas terminan en ese mes. De hecho, se menciona definitivamente en Éxodo 23:16 como "el fin del año". De modo que hay una diferencia muy marcada entre las fiestas que hemos estado considerando y las que ahora nos presentan. La Pascua, la fiesta de los panes sin levadura, la gavilla mecida y los dos panes mecidos presentados cincuenta días después en Pentecostés, están todos relacionados con el comienzo del año. Pero el séptimo mes tiene en mente el fin del año. Un conjunto de tipos tiene que ver con el comienzo de los caminos de Dios, el otro conjunto con el fin de esos caminos. Ver esto claramente es esencial para la comprensión espiritual de lo que aquí se nos presenta. Todo tiene una referencia principal a Israel, pero no se limita a Israel, pues la Pascua, la fiesta de los panes sin levadura, Cristo resucitado como la gavilla mecida de las primicias, se ven todos en el Nuevo Testamento conectados con la asamblea. Y la "nueva oblación" de Pentecostés también lo es claramente, aunque no considera a la asamblea en sus propios privilegios peculiares, sino como "primicias" de la gran cosecha que Dios va a recoger de la tierra.

El "séptimo mes" nos lleva a contemplar el fin del año de Dios, el fin de sus caminos con su pueblo. Sus caminos deben alcanzar el "fin esperado", porque Sus pensamientos hacia su pueblo son "pensamientos de paz, y no de mal, para daros una esperanza en vuestro fin" (Jeremías 29:11). En cuanto a Israel, Dios no ha olvidado sus antiguas promesas, y sus dones y su llamamiento no están sujetos al arrepentimiento. Israel está hoy en la oscuridad de la incredulidad. Quebrantaron la ley, despreciaron las promesas, persiguieron y mataron a los profetas, traicionaron y asesinaron a su Mesías, y rechazaron el testimonio del Espíritu de que Él había resucitado y sido glorificado. Pero las promesas deben cumplirse, el fin de Dios debe alcanzarse; y se acerca el tiempo en que Israel entrará en su "séptimo mes", y llegará el primer día de ese mes como la luna

nueva al resplandor de Cristo. ¡Qué "conmemoración al son de trompetas" habrá en ese día! "Tocad la trompeta en la luna nueva, a la hora señalada, en el día de nuestra fiesta solemne" (Salmo 81:3), entonces se cumplirá. El Espíritu de Dios hará que resuene de nuevo en los oídos de Israel todo lo que está conectado con las promesas y el pacto de Dios, y todo lo que depende de su Mesías, rechazado por tanto tiempo, para su realización. ¡Qué despertar para Israel entonces, y para miríadas de gentiles, cuando las trompetas suenan que Cristo está en el cielo, pero que está a punto de regresar, y que el reino se establecerá casi de inmediato!

Pedro les dijo en el día de Pentecostés que lo que presenciaron entonces fue precisamente lo que el profeta Joel había dicho que sucedería en los últimos días. La luz de un Cristo resucitado y celestial brillaba para Israel entonces, y el remanente entró en él por la gracia electiva de Dios, y hubo un maravilloso "sonido de trompetas". Y dondequiera que los apóstoles fueron "al judío primeramente", tocaron las trompetas, pero el "sonido gozoso" cayó en oídos desatentos, salvo que hubo "un remanente según la elección de la gracia".

Pero "en el séptimo mes, el primero del mes", después de la traslación de la asamblea, Dios hará que la luz de un Cristo resucitado y celestial brille de nuevo sobre un remanente en Israel, y las trompetas sonarán para despertar a Israel, a Aquel que viene en gloria real a su ciudad y su tierra. Dios tendrá en mente el fin de sus caminos y obrará eficazmente para que ese fin se cumpla.

Ahora bien, si la aplicación principal de esto es para Israel, podemos ver que ha habido algo análogo en los caminos de Dios con la asamblea. Transcurrió un largo período desde Pentecostés durante el cual las cosas fueron de bien a mal, y de mal en peor. Hubo un largo camino de decadencia y alejamiento. Pero Dios nunca perdió de vista la porción y el destino celestiales de la asamblea, y creo que podemos decir con reverencia que era moralmente imposible para Dios dejar las cosas en el estado al que las había llevado la infidelidad del hombre. Él tenía su propio fin en mente: el regreso del Novio y la traslación de los santos resucitados y transformados. Era moralmente imposible, es decir, no le convenía a Dios, que Cristo viniera sin un pueblo preparado para el rapto. El "sonido de trompetas" despertará al remanente de Israel a la venida de su Mesías-Rey. En principio, el clamor de medianoche de Mateo 25:6 fue un "sonido de trompetas" para la asamblea.

Si la asamblea ya no estaba prácticamente en la luz de su gloriosa Cabeza, ni respondía a esa luz mediante un Espíritu que moraba en ella sin contristar, debía tener qué respuestas al "séptimo mes" de avivamiento y de luz y testimonio celestiales restaurados. No dudo de que el "séptimo mes" en este sentido comenzó en esos movimientos espirituales que precedieron a lo que los hombres llaman la Reforma, y la luz de Cristo y el sonido de las trompetas han ido en aumento desde entonces. Y particularmente durante los últimos cien años, Dios ha dado un maravilloso ministerio de avivamiento: una presentación más gloriosa de un Cristo resucitado, celestial y venidero que la que se ha conocido desde los días de

los apóstoles. ¡Qué maravilloso que Dios haya intervenido para dar a la asamblea, por así decirlo, un nuevo comienzo, en vista del fin que le espera! Para que los santos pudieran retomar el carácter que pertenecía al principio: "pan sin levadura" y la "nueva oblación". Y para que pudiéramos estar preparados para el momento en que "el Espíritu y la Esposa digan: ¡Ven!"

Luego, la siguiente sección del capítulo (versículos 26-32) nos da "el día de la expiación". Este es "el día diez de este séptimo mes". Podríamos haber pensado que el mes debería comenzar con esto, pero ese no es el orden divino. Es un pueblo despertado y revivido el que celebra la santa convocación del día de la expiación y aflige sus almas. No dudo de que será a la luz de Cristo en el cielo y a la gracia del Espíritu derramada sobre ellos que el remanente de Israel aprenderá la maravillosa realidad e importancia de la muerte de su Mesías.

El día de la expiación, como hemos visto al considerar el capítulo 16, ofrece una presentación única de la muerte de Cristo. Viene como un encuentro con la gloria de Dios después del fracaso total de aquello que se había mantenido en relación con Él. Supone el colapso de todo según la carne en un pueblo que tenía un lugar en relación con Dios. Responde al ejercicio despertado por una historia de alejamiento y corrupción, y la ruina del orden externo establecido por Dios. Tenemos que abordar las cosas ahora a la luz del alejamiento y el fracaso total del pueblo de Dios y del sacerdocio. Tal será el ejercicio de un Israel despertado e iluminado, y tal es el nuestro hoy. Cada uno debe "afligir" su alma, porque cada uno ha estado involucrado en el pecado común de una profesión arruinada. Ninguno de nosotros puede decir que no está involucrado en el pecado del alejamiento de la cristiandad de Dios. La mayoría de los cristianos fervientes admitirán que ha habido, y hay, un gran fracaso, pero el remedio que generalmente se propone es una mayor actividad. Se piensa que, si los cristianos fueran más fervientes y enérgicos, las cosas se arreglarían. Pero el caso es demasiado serio para ser abordado de esa manera. "No haréis ningún tipo de trabajo en ese mismo día; porque es día de expiación, para hacer expiación por vosotros delante de Jehová vuestro Dios". Tiene que ser abordado con el solemne reconocimiento de que todos de nuestro lado han fallado y han llegado a la ruina. Este es un ejercicio de humildad, pero conduce a una gran apreciación de la muerte de Cristo y del propiciatorio. Todo lo que es para Dios es fruto de la misericordia y tiene el valor de la muerte de Cristo. El remanente incluye todo lo que es para Dios, y los tales tienen que aprender que toda bendición es fruto de Dios actuando desde Sí mismo cuando el hombre ha perdido todo derecho a la bendición. Así fue al principio, Dios trajo la bendición no porque hubiera algo en el hombre que la mereciera, sino por lo que Él era, por el deleite que tenía en Cristo y por el valor de la muerte de Cristo. Ahora, al final de Sus caminos, Él trae la recuperación sobre el mismo principio.

No podemos dejar de impresionarnos por el hecho de que el Espíritu de Dios ha magnificado grandemente la muerte de Cristo en las comprensiones espirituales de los santos en estos últimos días. La verdadera trascendencia de esa muerte

sólo podía comprenderse a la luz de Cristo glorificado y dando lugar al Espíritu. Una de las mayores ganancias espirituales de los últimos tiempos es la comprensión ampliada y profundizada de esa preciosa muerte en sus variados aspectos, en sus maravillosos resultados para Dios y el hombre, en su bendita trascendencia al poner fin a la historia del hombre según la carne y dar plena expresión al santo amor de Dios, y también revelar todas las perfecciones de Cristo de la manera más completa, y revelar Su amor por los santos individualmente y por la asamblea. La forma en que se ha restaurado la Cena del Señor y el reavivado afecto de los santos en relación con ella es una característica muy notable de los caminos actuales de Dios, y ha servido en gran medida para magnificar la muerte del Señor ante los corazones de los suyos.

La sección final del capítulo (v.33) nos presenta "la fiesta de las Cabañas o Tabernáculos", que comenzó el "día quince de este séptimo mes" y duró siete días. En Éxodo se la conoce como "la fiesta de la cosecha", y aquí se dice: "cuando hayáis recogido el fruto de la tierra". Por lo tanto, anticipa el momento en que se cumplirán todas las promesas e Israel disfrutará de su plenitud. La luna estaría llena el día quince del mes, lo que sugiere que Israel había alcanzado su máximo esplendor bajo la luz del Sol de justicia. Entonces se establecerán en la tierra, pero sus generaciones deben saber que Jehová hizo que los hijos de Israel habitaran en cabañas cuando los sacó de la tierra de Egipto. Han alcanzado la consumación de los caminos de Dios, pero no deben olvidar la historia anterior de esos caminos. Jehová entonces recibirá alabanza de Israel, no sólo por la bienaventuranza milenaria que disfrutan, sino por todos esos caminos de gracia en el desierto por los cuales los guio, y en los cuales los cuidó en el pasado. En la presencia misma de esos caminos eran murmuradores y rebeldes, pero con el tiempo darán a Jehová la alabanza que le corresponde por Sus caminos, y por el fin al cual los han conducido. Los "árboles hermosos, las ramas de palmeras y las ramas de árboles frondosos, y los sauces del arroyo" hablan de la exuberancia de la tierra, y su sombra apacible, a la vez que les recuerdan un cuidado que fue igualmente maravilloso en condiciones desérticas. Esta es, por excelencia, la fiesta del gozo. «Os regocijaréis delante de Jehová vuestro Dios durante siete días».

Si la «fiesta de los Tabernáculos» nos lleva, en tipo, al fin de los caminos de Dios con Israel, nos queda preguntarnos si hay algo que se corresponda con ella como el fin de Sus caminos con la asamblea. No me cabe duda de que sí. La asamblea tiene su propia relación con el tiempo, prefigurado por «la fiesta de los Tabernáculos». Se le ha dado a conocer «el misterio de Su voluntad, según su beneplácito, que se propuso en Sí mismo para la administración del cumplimiento de los tiempos; para reunir todas las cosas en Cristo, las que están en los cielos y las que están en la tierra; en Él, en quien también obtuvimos una herencia, siendo marcados de antemano según el propósito de Aquel que obra todas las cosas según el designio de Su voluntad, para que seamos para alabanza de Su gloria los que hemos confiado de antemano en Cristo». Luego, dirigiéndose a los gentiles, añade: «En Él también vosotros habéis confiado, habiendo oído la

palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación; en quien también, habiendo creído, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia para la redención de la posesión adquirida, para alabanza de Su gloria» (Efesios 1:9-14).

«La fiesta de los Tabernáculos» es típicamente el aspecto del «cumplimiento de los tiempos» que se relaciona con «las cosas de la tierra». Para comprender el aspecto que se relaciona con «las cosas de los cielos», debemos leer la epístola a los Efesios. Vemos allí la parte de la asamblea en Cristo y la herencia que los santos del presente período tienen en Él. Y el Espíritu Santo de la promesa es las arras de nuestra herencia. Sellados con el Espíritu Santo, ahora disfrutamos de la herencia, pues Él es las arras. Él nos da de antemano parte de su valor y bendición; tenemos parte de su sustancia, de modo que ya es una posesión adquirida, aunque aún esperamos su realización.

En el gran amor de Dios con que nos amó (también nosotros, muertos en nuestros delitos), Él nos ha vivificado con Cristo... y juntamente con Él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús. El arrebatamiento se anticipa así en espíritu; los santos, vivificados, elevados y sentados, han alcanzado en espíritu el fin que el amor divino se propuso. Y esto para que "Dios pueda mostrar en los siglos venideros las sobreabundantes riquezas de su gracia en Su bondad hacia nosotros en Cristo Jesús". Nos sentamos bajo toda la belleza de un Cristo celestial en lo que podría llamarse "los tabernáculos eternos". Este es el fin de los caminos y la obra de Dios con sus santos, al que Él nos traería en espíritu incluso ahora. A medida que los santos alcanzan esto por la obra de Dios, están listos para el rapto, porque ya están en espíritu donde el rapto los pondrá realmente. Han alcanzado el fin de Dios espiritualmente; el rapto los llevará a Él en realidad. Están completamente listos, en concierto con el Espíritu, para decir: ¡Ven!

Luego hay una hermosa pista en el capítulo que tenemos ante nosotros de algo incluso más allá de la "fiesta de las cabañas". Esa fiesta dura siete días, pero al final hay un "octavo día". Creo que el gozo del milenio llevará a los santos en la tierra a desear y buscar lo que es eterno, y no tengo duda de que alcanzarán "el octavo día" en la tierra nueva, cuando el tabernáculo de Dios estará con los hombres, y Dios será todo en todos. De hecho, como sabemos por Números 29, habrá una medida de decadencia a lo largo de los siete días de la "fiesta de las cabañas". No una partida real, sino una medida de decadencia, de modo que no habrá la misma riqueza en los afectos hacia Dios al final que al principio. La luna llena del decimoquinto día —¡qué verdadera figura de Israel! — pronto comenzará a menguar. La condición de carne y sangre no fue el pensamiento eterno de Dios para el hombre, y creo que Él manifestará esto a la fe al permitir que parezca que el hombre en esa condición, incluso en circunstancias milenarias, no es capaz de mantener una respuesta plena o perfecta a Dios. Esto hará que el "octavo día" sea necesario para la fe, como seguramente lo es para Dios. El hecho de que sea "el octavo día" muestra que tiene una conexión con lo anterior, pero

añade una perfección que nunca se podría encontrar mientras los hombres continuaron en la condición de carne y hueso. Buscarán la nueva tierra con sus condiciones eternas y su reposo perdurable. Allí no habrá decadencia, porque Dios será todo en todos. Cada vaso será lleno de Dios, Dios conocido en su reposo eterno.

Nosotros también, por la gracia infinita, conocemos algo mayor que "el cumplimiento de los tiempos". Incluso la bienaventuranza del mundo venidero debe dar lugar al día eterno de Dios. Y nuestro día característico es "el primer día de la semana". Ese es el comienzo de lo que es completamente nuevo, espiritual y eterno. "En el último, el gran día de la fiesta, Jesús se puso de pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Pero esto dijo acerca del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él; porque aún no había venido el Espíritu, pues Jesús aún no había sido glorificado" (Juan 7:37-39). El Señor conectó así el "octavo día" con el don del Espíritu y con Él mismo glorificado. Esto introduce lo eterno.

"El gran día de la fiesta" es típico del día eterno de Dios. Es mediante estas maravillas, que abarcan todos los caminos de Dios fundados en la redención hasta su descanso eterno, que Dios uniría a su pueblo. Y esto, como hemos visto, no sólo en relación con sus pensamientos originales, sino —y esto especialmente en nuestros días— en relación con sus benditos movimientos de recuperación cuando todo lo que Él estableció originalmente se había desviado. El "séptimo mes" habla de la recuperación producida por la renovada irradiación de Cristo sobre su pueblo, por la proclamación de un testimonio especial y por los ejercicios del día de la expiación, que conducen a la posesión de lo que Dios le ha dado. Los santos como su herencia y la recolección de sus frutos.

La unidad del pueblo de Dios se logra de manera especial en un día de partida. No sólo Dios quiere que su pueblo esté en unidad en cuanto a la base original de la comunión, sino que debe estar en unidad en cuanto a las condiciones peculiares de un día de avivamiento y recuperación. Desde los días de Josué hasta Nehemías no se celebró la "fiesta de las cabañas". En un día de recuperación, fue retomada por el remanente que regresó. Sabemos cómo se repitió esta historia en la asamblea. El verdadero fin de los caminos de Dios se mantuvo ante los santos en aquellos días victoriosos de conflicto espiritual cuando los apóstoles fueron guiados en triunfo en Cristo. Eso correspondió a los días de Josué. Pero durante muchos siglos, el "fin" del año de Dios fue poco considerado. Pero ahora que ese fin se ha acercado Él está trayendo a su pueblo de regreso del cautiverio babilónico para edificar la casa y el muro, y para celebrar la fiesta de los tabernáculos. ¡Qué voz tiene ésta para los que tienen "oídos para oír"!

CAPÍTULO 24

La enseñanza de este capítulo se refiere a un tiempo de oscuridad general, pues es "de la tarde a la mañana" que Aarón debe preparar la lámpara; y en el injuriador vemos una figura de apostasía. Todo el capítulo es una sola sección, pues, como hemos comentado antes, cada sección de este libro se introduce con las palabras: "Jehová habló a Moisés". En presencia de la oscuridad circundante, se debe mantener la luz espiritual, y en presencia de condiciones que culminarán en una apostasía abierta, se debe mantener en fe y amor la realidad de cómo Dios retendrá a su pueblo ante Él para su complacencia. Estos son ejercicios peculiarmente apropiados en el tiempo presente. Porque todavía es la noche del rechazo de Cristo, y la apostasía es inminente en la profesión cristiana.

Es ejercicio de todos los santos traer "aceite de oliva puro machacado" para la luz, para encender la lámpara continuamente. El resplandor de la luz depende de cada uno, cada uno de nosotros contribuye a la luz o, en mayor o menor medida, la obstaculiza y la oscurece. Ni siquiera un apóstol podría traer un ministerio espiritual entre un pueblo carnal. Pablo les dijo claramente a los corintios que no podía hablarles «como a espirituales, sino como a carnales; como a niños en Cristo. Os he dado a beber leche, no alimento, porque aún no habéis podido, ni podéis todavía; porque aún sois carnales» (1 Corintios 3:1-3). Entre un pueblo carnal, el ministerio, incluso del don más grande, se ve restringido y limitado, y a menos que haya un poder espiritual extraordinario en los instrumentos del ministerio, lo que se ministra pronto cae al nivel del pueblo.

El ministerio de Cristo sigue aquí en el poder del Espíritu, pero se mantiene en instrumentos humanos y mediante los ejercicios espirituales de los santos en general. Todos somos responsables de traer aceite para la luz. Esto supone que hemos comprado aceite para nosotros mismos (Mateo 25:9), y lo tenemos en nuestros vasos —que tenemos un suministro del Espíritu, y somos capaces de orar en el Espíritu Santo. Los santos, como poseedores del Espíritu, están provistos de lo único que mantendrá la luz. El hecho de que tengamos el Espíritu debe generar un ejercicio peculiar e intenso; esto se sugiere en el aceite "batido". Es cuando damos lugar al Espíritu que nosotros mismos podemos traer aceite para la luz. Debemos estar interesados en el testimonio, y preocupados con oración por los siervos y el ministerio, sin suponer que depende de los dones suministrar el aceite. Los tres mil convertidos en el día de Pentecostés "perseveraron en la enseñanza y la comunión de los apóstoles, en el partimiento del pan y en las oraciones". Sin duda, sus oraciones serían en gran medida del mismo carácter que la oración en Hechos 4:29, que tuvo su respuesta en el versículo 31. Cuando Pablo pide las oraciones de los santos efesios "para que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio... para que sea osado en él como debo hablar", ¡los está llamando a contribuir al mantenimiento de la luz!

Durante toda la noche del rechazo y la ausencia de Cristo, Él debe ser mantenido como luz entre los santos en un ministerio que está completamente en el poder del Espíritu. Todos debemos preocuparnos de que la pureza y el brillo de la luz no disminuyan. Es sorprendente cómo se enfatiza la pureza en estos versículos: "aceite de oliva puro machacado para el alumbrado", "el candelero puro", "la mesa pura", "incienso puro". En tiempos de oscuridad y desapego que se transforman en apostasía, se necesita un celo santo para que todo lo relacionado con la luz y la mesa se mantenga puro, sin impurezas humanas. Esto es "fuera del velo".

Traer aceite batido para la luz sugiere un ejercicio espiritual que todos los santos deben realizar, pero es instructivo ver que Aarón debía preparar la lámpara continuamente desde la tarde hasta la mañana. El servicio sacerdotal de Cristo en relación con el mantenimiento de la luz es indispensable. Cada instrumento del ministerio debe demostrar que sólo su gracia basta, que su poder se perfecciona en la debilidad, y que sólo cuando su poder habita sobre uno, puede haber un derramamiento de luz "pura" y espiritual (2ª Corintios 12:9). "El Señor estuvo conmigo y me dio poder, para que por medio de mí se cumpliera la predicación, y todos los de las naciones oyeran" (2ª Timoteo 4:17). Es dulce saber que la preparación sacerdotal de las lámparas y su arreglo ante Dios serán llevadas a cabo por la hábil mano de Cristo hasta la "mañana". En realidad, todo es de Él mismo y por la gracia de Dios. Si se producen condiciones espirituales en los santos que les permitan contribuir con "aceite para la luz", es fruto de la gracia divina; y entonces las actividades vivas de Cristo aseguran el resplandor continuo de ese precioso ministerio que es la luz del lugar santo.

Aprendemos de Éxodo 30:7 que siempre que Aarón preparaba las lámparas, quemaba "fragante" "incienso continuo delante de Jehová" sobre el altar de oro, "un incienso continuo delante de Jehová por vuestras generaciones". El mantenimiento de la luz se asocia con lo que habla de la intercesión de Cristo, una intercesión en la que el "santo sacerdocio" puede participar con Él. La luz espiritual no se puede mantener sin oración.

En los primeros días de la asamblea, la luz no se atenuó. Había condiciones espirituales y de oración entre los santos, y los apóstoles y otros dones ministraban a Cristo en pureza y en el poder del Espíritu Santo. Y creo que Dios está trabajando ahora para producir afectos fieles y devotos en Su pueblo, para que las condiciones espirituales puedan contribuir a un resplandor pleno de la luz. Él quiere que la luz no se atenúe al final, tal como lo fue al principio. Las palabras "delante de Jehová" aparecen cuatro veces en los versículos 1 al 8. Se trata de lo que se conserva en realidad y del poder espiritual como delante de Dios para Su placer. ¿No es un gran deleite para Dios que haya un resplandor espiritual de la preciosidad, belleza y gloria de Cristo entre sus santos en el lugar santo, mientras todo alrededor es oscuridad? ¿Y mientras el aire mismo de la cristiandad está lleno del espíritu de la apostasía venidera? Si las cosas se

aseguran primero ante Dios para Su complacencia, no cabe duda de que serán eficaces como testimonio aquí.

Entonces, las "doce panes" de "flor de harina de trigo" hablan de los santos como teniendo a Cristo como su vida. No podemos ser demasiado ingenuos al reconocer que Dios ha traído todo para su propio deleite en Cristo, y que nada más puede llegar a su vista con complacencia. Una vez estuvo todo aquí en "un solo pan", pero ahora está en "doce". Dios va a hacer que lo que estaba en Cristo se manifieste en toda la compañía de su pueblo. Sería bueno que cada joven convertido tuviera la idea desde el principio: "Dios me ha acogido para que Cristo sea mi vida y me haga como Cristo". Tal pensamiento tendría un profundo efecto en toda su trayectoria posterior.

"Cristo... que es nuestra vida", es una declaración maravillosa. Entiendo que significa que lo que el mundo es para los inconversos, Cristo se ha convertido para la comunidad cristiana. Se ha convertido en nuestra vida. A un anciano le preguntaron: "Si pudiera demostrar que no existe tal persona como el Señor Jesucristo, ¿qué efecto tendría en ti?". Su respuesta fue: "¡Me desmoronaría!". Todo verdadero amante de Cristo diría: "Si me quitas a Cristo, me has quitado todo lo que es vida". El placer de Dios en el momento presente se encuentra en aquellos para quienes Cristo se ha convertido en vida. Cristo es apreciado en sus corazones como el Hombre del agrado de Dios, y por lo tanto, no pueden seguir ahora con lo que no es según Cristo. Es su ejercicio continuo dar lugar a Cristo y rechazar lo que no es Cristo. De esa manera se evidencia la "flor de harina de trigo". Es notable que se hable de las doce tortas o panes como "una ofrenda". por fuego para Jehová" (versículos 7, 9), pues no eran quemados como olor grato, sino comidos por los sacerdotes. Al ser horneados, habían sido sometidos a la acción del fuego, y quizás esto indica que hay pruebas que resultan en que lo que es de Cristo tome una forma definida en los santos para el agrado de Dios. Se presentan ante Él como el fruto de los ejercicios por los que han pasado, que implican pruebas severas, pero que resultan en su valor como una ofrenda.

Los "dos panes mecidos" de Pentecostés tipifican a los santos que se encuentran aquí en testimonio: las "primicias" para Dios de esa gran cosecha que Él recogerá de la tierra. Pero los "doce panes" de la proposición dan la idea de lo que está delante de Dios como "un pan del recuerdo". Traen ante Dios el recuerdo de lo que Cristo fue bajo su mirada para su deleite, e indican que Dios lo tiene ante sí en vista de la administración pública. Ese carácter de cosas pronto tendrá supremacía universal, y el mundo venidero estará bajo su administración. "Cuando Cristo, que es nuestra vida, sea manifestado, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria" (Colosenses 3:4). ¡Piense en estar en el secreto de esto mientras todo es oscuridad alrededor y están presentes los elementos de la apostasía actual!

Las «dos décimas partes» en cada pastel sugerirían uniformidad. No vemos aquí una figura de los santos que difieran en soberanía divina, con «distinciones de dones», como en 1ª Corintios 12 o Romanos 12, sino como siendo todos iguales

moralmente porque Cristo es la vida de todos. Lo que encontramos en Colosenses hasta el capítulo 3:17 son cosas en las que los santos se caracterizan por la uniformidad. Es la gracia de Cristo en rasgos que son iguales en todos. Todos podemos ser iguales en «entrañas de compasión, bondad, humildad, mansedumbre, longanimidad", y en "el amor, que es el vínculo de la perfección". Todo eso es "flor de harina de trigo". Los santos son vistos así en uniformidad espiritual, como tomando la constitución y el carácter de Cristo. ¡Qué deleite para el corazón de Dios!

Las "dos filas", seis en cada una me sugiere la idea de mutualidad. En Colosenses, las palabras "unos a otros" se repiten una y otra vez. "No os mintáis los unos a los otros"; "soportándoos y perdonándoos unos a otros"; "enseñándoos y amonestándonos unos a otros con toda sabiduría". Esto no es compañerismo, que es nuestro vínculo común en una situación hostil, sino mutualidad: la forma en que actuamos unos con otros en el círculo cristiano.

"Incienso puro en cada fila" se referiría, creo, al Espíritu de Cristo que se manifiesta en la forma en que oramos unos por otros y por todos los santos. Pablo sentía una profunda preocupación por los colosenses, los de Laodicea y todos los que no habían visto su rostro en carne y hueso (Colosenses 2:1). Y esperaba que los santos "perseveraran en la oración, velando en ella con acción de gracias; orando al mismo tiempo por nosotros también". Les recuerda, además, que Epafras "siempre luchaba ardientemente por vosotros en oraciones, para que estéis firmes, perfectos y completos en todo lo que Dios quiere" (Colosenses 4:2, 12). Los santos están, pues, ante Dios en la fragancia de un espíritu de dependencia y confianza en el que se busca de Dios todo lo que será para su agrado. Esto sugiere que los santos no pueden estar sobre la mesa pura como pan de recuerdo sin la fragancia de un espíritu de intercesión que confía en Dios y lo extrae todo de Dios. No creo que ni una sola gracia de Cristo aparezca en los santos ante la mirada de Dios, ni se mantenga, aparte de la oración (para otras observaciones sobre el candelero y el pan de la proposición, se remite al lector a "Un bosquejo del Éxodo", capítulo 25).

Él que "blasfemó el Nombre" (versículos 10-23) representa aquello entre el pueblo de Dios que es realmente apostasía. Es el producto de una mezcla de lo que es de Dios con lo que es del mundo; porque él era "hijo de una mujer israelita, pero además hijo de un egipcio". Cuando se encuentra tal mezcla, conduce a la contienda y, finalmente, a la blasfemia. Cuando se llega a ese punto públicamente en lo que ha sido la profesión cristiana, esta caerá bajo el juicio implacable de Dios.

CAPÍTULO 25

Los capítulos 25 y 26 exponen las condiciones bajo las cuales "la tierra que Yo os daré" podía ser poseída y disfrutada. Dios quería que su pueblo recordara siempre que la tierra era suya. No debían ser propietarios independientes de la propiedad. Debían considerarla como el don de su amor soberano y mantenerla en relación con el Dador; era su herencia (Éxodo 15:17), y eran "para él un pueblo de herencia" (Deuteronomio 4:20). Su título era de gracia absoluta, pero los derechos en la gracia del Dador siempre estaban reservados. Esto puso de manifiesto el estado de sus corazones. Sin una actitud correcta de corazón hacia Aquel que había conferido la herencia, no podía haber una verdadera apreciación de la herencia ni una posesión correcta de ella. Podrían estar realmente en Canaán gracias al ordenamiento providencial de Dios y su paciencia, pero si la tierra no se mantenía en relación con el Dador, moralmente dejaba de ser la herencia.

Por parte de Jehová, todo lo que Él reclamaba eran derechos de gracia. El Pentateuco no contiene una expresión más conmovedora de los derechos de Dios en gracia que la expuesta en este capítulo. El año sabático y el año del jubileo, con sus provisiones de libertad y completa restauración, muestran el carácter del Dador de la tierra y el espíritu del cual Él quisiera que estuvieran imbuidos todos sus herederos. Y ponen de manifiesto, típicamente, el desenlace de sus caminos con su pueblo. El "sábado de reposo" habla de aquello en lo que aún queda por entrar, y el "año del jubileo" de esa completa restauración en gracia bajo las condiciones del nuevo pacto, mediante la cual Israel volverá a todo lo que perdió a causa de su pecado e incredulidad; y, en verdad, mediante la cual entrará por primera vez verdaderamente en el reposo de Dios. Porque, como sabemos, Josué no los introdujo realmente en el reposo de la herencia (Hebreos 4:8), aunque entraron de manera externa en la tierra de Canaán. El verdadero cumplimiento de las promesas y los propósitos de Dios en cuanto a la herencia de Israel y su entrada en su reposo aguarda un día aún futuro.

Mientras tanto, el amor de Dios ha dado a los participantes del llamamiento celestial una herencia maravillosa en Cristo. Pero sólo puede disfrutarse con Él en la medida en que la poseamos con un sentido del amor que la ha dado, y con referencia a Su voluntad en el uso que hacemos de ella. Somos probados en cuanto a cómo tomamos las bendiciones espirituales que Dios nos ha dado, y si realmente las poseemos en relación con Él y con todo lo que está delante de Él para su agrado. Lo que Dios nos ha dado en Cristo es la expresión y el testimonio de Su amor, y al poseerlo así deseamos tomar la gran ganancia de ello en relación con Su agrado. De lo contrario, la abundancia de la bendición puede tornarse en consideración propia, y perderse el gozo de ella con Dios. Podemos ocuparnos en lo que "la tierra" es para nosotros, y no poseerla en relación con el amor y el agrado de Dios. Hay una advertencia en cuanto a esto en el hecho de que el año

sabático probablemente dejó de guardarse alrededor del tiempo de Salomón, según deducimos al contar 490 años hacia atrás desde 2 Crónicas 36:21.

El "sábado de descanso" en el séptimo año fue un testimonio maravilloso de lo que había en el corazón de Dios. El amor dio la tierra, y el amor quería que se mantuviera en relación con lo que estaba delante de Dios. Su pensamiento era traer descanso. Dios fue el gran Obrero en Génesis 1, pero trabajó con miras al descanso en el séptimo día, y cuando ese día llegó, lo bendijo y lo santificó "porque en él reposó de toda la obra que Dios había creado al hacerlo" (Génesis 2:3). Dios siempre tiene en mente su propio descanso y se complace en que su pueblo participe de él. El pecado lo ha convertido en Obrero por casi seis mil años, pero Él acaricia la idea del descanso para Sí mismo y para Su pueblo. Dios quiere ponernos bajo la influencia de Su amor para que simpaticemos con aquello en lo que Él se deleita.

No tengo duda de que Dios usa el trabajo y la carga de las cosas aquí, e incluso el trabajo y la fatiga en los intereses y el servicio del Señor, para desarrollar deseos que estén en armonía con los Suyos. Los jóvenes son enérgicos y piensan en el trabajo, pero cuanto mayores nos hacemos, más acariciamos la idea del descanso. ¡Lean los himnos de J.N.D. y vean con qué frecuencia surge la idea del descanso! Sus deseos se formaron en armonía con los de Dios.

El sábado semanal decía continuamente al pueblo que Dios se deleitaba en el descanso y en tener a Su pueblo en descanso delante de Él. Y el año sabático decía lo mismo de una manera más amplia e impresionante. "Un día de reposo para la tierra, un día de reposo para Jehová... un año de reposo será para la tierra". Podemos estar seguros de que Dios no reiteraría la idea del sábado con tanta frecuencia si no tuviera un gran lugar en Su mente. Él ha acariciado a lo largo de la idea de ese tiempo bendito cuando "descansará en Su amor" (Sofonías 3:17). Siempre decía, por así decirlo: "Mi gran pensamiento es que compartan mi descanso y disfruten de mi amor en ese descanso". Un año de descanso sin trabajo produciría abundante alimento (versículos 6-7); en lugar de perder por guardar el año sabático, sólo demostrarían aún más la riqueza de la tierra. Fue un año entero sin trabajo: sin sembrar el campo, sin podar la viña, sin cosechar ni siquiera lo que brotó de la semilla esparcida, sin recoger uvas ni siquiera de las vides sin cultivar. ¡No queda más que disfrutar en obediencia reposada aquello que el amor nos ha dado libremente!

El gran placer de Dios es que tengamos descanso y disfrutemos de lo que Él nos ha dado en Su gran amor. Él quiere que estemos cerca de Él para que sepamos lo que Él valora y estemos en la luz y la ganancia de Su descanso en Cristo. El pueblo estuvo en cautiverio durante setenta años porque la tierra no había "disfrutado de sus sábados" (2 Crónicas 36:21); y si no guardamos nuestros sábados, tarde o temprano caeremos bajo el poder de lo que es humano. Entrar en el descanso de Dios es un placer mayor para Él que cualquier labor nuestra; se presenta en las Escrituras como una completa bienaventuranza. Israel entrará en él en condiciones milenarias; es esperado en espíritu por aquellos que

creen (Hebreos 4:3), quienes entran en lo que caracterizará al mundo venidero, cuando el descanso de Dios será presentado públicamente. El año sabático es un presagio típico de ese período.

Supongo que el año sabático y el "año de la liberación" de Deuteronomio 15 probablemente coincidieron. En el año de la liberación, cada acreedor condonó su deuda. Un pueblo cuyas muchas transgresiones han sido perdonadas, y sus pecados borrados y olvidados, no debería tener dificultad en "liberarse" incluso de lo que podría ser una deuda justa. Debemos ser "misericordiosos, perdonándonos unos a otros, como Dios también los perdonó a ustedes en Cristo" (Efesios 4:32). A veces la gente dice: "¡Pero yo quiero justicia!". Bueno, la justicia en la actualidad consiste en actuar con los demás según el mismo principio que Dios ha actuado con nosotros. Vemos esto en Mateo 18:21-35. En cuanto a lo que nos corresponda personalmente, no guardemos rencor los unos contra los otros. Hagamos una "remisión", "relajemos" nuestra mano. "No lo demandará de su prójimo ni de su hermano, porque se ha proclamado una remisión a Jehová" (Deuteronomio 15:2). ¡Es una "remisión a Jehová"! Es una pequeña oportunidad para mostrarle al bendito Dios que apreciamos su maravillosa gracia perdonadora y que estamos en el espíritu de ella hacia nuestro prójimo y hermano.

Luego, después de "siete sábados de años, siete veces siete años... harás sonar la trompeta con fuerza en el séptimo mes, a los diez días del mes; en el día de la expiación haréis sonar la trompeta por toda vuestra tierra" (versículos 8-9). El "año del jubileo" habla de libertad y de la restauración en pura gracia y misericordia soberana, basada en la expiación, de todo lo que Israel ha perdido. Se refiere a ese día de restauración cuando "se tocará la gran trompeta; y vendrán los que perecían en la tierra de Asiria, y los desterrados en la tierra de Egipto, y adorarán a Jehová en el monte santo, en Jerusalén" (Isaías 27:13).

"Y cada uno volverá a su posesión, y cada uno volverá a su familia" (versículo 10). Esto supone que la posesión se ha perdido, que el pueblo de su lado ha perdido su herencia. Pero Dios dice, por así decirlo: «Tendré la última palabra; no renunciaré a los pensamientos de mi amor; cada hombre volverá a su posesión». ¡Qué consuelo saber que Dios tendrá la última palabra con relación a Israel! Después de toda su incredulidad, infidelidad y rebelión, Él, en Su soberana misericordia, hará sonar la trompeta del jubileo, y volverán a su posesión. Recibirán su herencia sobre la base de la expiación y de Cristo. No supongo que ninguno de ellos pueda probar su título genealógico. Tendrán que obtener su título de Cristo, quien como Sacerdote celestial tiene el Urim y Tumim (Nehemías 7:64-65). El título y la genealogía de Israel se conservan en el pectoral de ese glorioso Sacerdote que nunca los ha olvidado, aunque en la actualidad no piensan en Él.

Y si Dios tendrá la última palabra con relación a Israel, podemos estar seguros de que tendrá la última palabra con relación a los santos de la asamblea y a cada otra familia de los redimidos. Cuánto se le dio a ¡La asamblea! Fue establecida

en toda la bienaventuranza del amor de Dios, conocido por el Espíritu Santo. Fue enriquecida con las inescrutables riquezas de Cristo, la gloriosa Cabeza en el cielo. Fue bendecida con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo.

Ha entrado una larga historia de fracasos, pero no han cambiado los pensamientos de Dios ni los propósitos de Su amor, y finalmente Él traerá a sus santos a todo lo que Él se ha propuesto para ellos en Cristo. En el rapto, los colocará a todos en la posesión eterna y el disfrute de lo que Su amor les ha dado en Cristo. Muy pronto sonará una trompeta que "en un instante, en un abrir y cerrar de ojos", introducirá a los santos en "la gloria de los hijos de Dios". Los muertos resucitarán incorruptibles, los vivos serán transformados, y ambos serán arrebatados juntos en cuerpos espirituales y glorificados para encontrarse con el Señor en el aire y estar siempre con Él. 1ª Corintios 15:51-52 y 1ª Tesalonicenses 4:15-18. Es deleitoso pensar que los santos serán introducidos por el poder divino en una condición incorruptible en todo lo que el amor divino se ha propuesto para ellos. La plena posesión y disfrute de su herencia celestial incorruptible, inmaculada e imperecedera será entonces suya, para nunca ser enajenada.

"La ansiosa mirada de la criatura espera la revelación de los hijos de Dios... la criatura misma también será liberada de la esclavitud de la corrupción a la libertad de la gloria de los hijos de Dios" (Romanos 8:19-21). Los hijos de Dios serán revelados en compañía del Primogénito, y la criatura será liberada de la esclavitud y llevada a la libertad de la gloria de los hijos de Dios. ¡Qué jubileo será ese! ¡Qué última palabra triunfante de parte de Dios después de toda la infidelidad de los hombres! La asamblea glorificada en su porción celestial, Israel reinstalado en la tierra de su posesión, y toda la creación liberada de la esclavitud, ¡y establecida en el valor de la reconciliación! Y todo esto fue traído puramente por la misericordia y gracia divinas sobre la base de la expiación, y por un poder que da efecto a todos los propósitos de Dios.

En el jubileo no se plantea ninguna pregunta sobre cómo un hombre cayó en esclavitud y perdió su posesión. El pasado, con toda su dolorosa historia de fracasos, es borrado; el día de la expiación lo compensa todo; y las acciones del pueblo en ese día justifican a Dios y lo preparan para la bendición que es completamente de Dios. Así será con Israel: así será con los santos del período actual. Perdieron la tierra de su posesión por infidelidad. ¡Y cuántos santos de la asamblea prácticamente no están en posesión ni disfrutando de sus bendiciones en los lugares celestiales! De hecho, se puede decir que La iglesia, en su conjunto, ha vendido su posesión celestial por cosas terrenales. Pero el grito de asamblea del Señor que desciende, con voz de arcángel y la trompeta de Dios, colocará a los santos celestiales en posesión completa y eterna de su herencia; mientras que poco después sonará la trompeta del jubileo para la restitución de Israel. Pero este capítulo nos sugiere también la posibilidad de regresar a nuestra posesión incluso antes del jubileo, como veremos enseguida.

Aquí entra una sección que tiene una relevancia muy práctica. La compra y la venta debían realizarse según la cercanía o lejanía del jubileo (versículos 14-16). Nuestra estimación del valor de las cosas mostrará con bastante precisión si consideramos el jubileo como cercano o lejano. Hay "sufrimientos de este presente tiempo", pero "no son dignos de ser comparados con la gloria venidera que se nos ha de revelar" (Romanos 8:18). El jubileo no estaba lejos del corazón de Pablo cuando habló de su aflicción como "momentánea y leve"; el "eterno peso de gloria" estaba cerca: las cosas que no se ven (2ª Corintios 4:17-18). ¡Él estimó a la ligera la aflicción porque la gloria estaba cerca! Y en cuanto a las ventajas terrenales (la adquisición de riqueza, posición, nombre), ¿qué serían todas ellas para nosotros si estuviéramos esperando momentáneamente oír el grito de nuestro Señor? ¡Ay! Me temo que a menudo decimos en nuestros corazones, si no con nuestros labios: "Mi Señor tarda en venir". El Señor dijo: "Vengo pronto". ¿No sabía que pasarían casi dos mil años? Sí, lo sabía, pero dijo "pronto" porque iba a estar cerca de su corazón todo el tiempo, y Él quería que estuviera cerca del nuestro.

Durante gran parte del siglo pasado, se habló mucho de la venida del Señor; ocupó la atención de los santos en gran medida; y la novedad de la enseñanza despertó un interés más o menos profundo en miles. Ahora la frescura que acompaña a una verdad recién recuperada ha pasado; ya no necesitamos panfletos ni discursos que nos iluminen en cuanto a la verdad de la venida del Señor; es una enseñanza aceptada por nosotros. Pero ahora existe el peligro de aceptar y aferrarnos a la verdad sin que nos afecte mucho en la práctica. ¿Cómo afecta nuestra perspectiva práctica? ¿Estamos estimando el valor de las cosas aquí en relación con el jubileo? Ya sean sufrimientos o ventajas, ¿los estamos considerando con seriedad en vista de la proximidad del rapto y de «los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde el principio de los tiempos»? (Hechos 3:21).

Sí. A menudo se ha señalado que existe una analogía entre las siete semanas que terminan en Pentecostés (Levítico 23:15) y los siete años seguidos por el año del Jubileo. Pentecostés sacó a la luz lo que son las "primicias", en el poder del Espíritu Santo enviado del cielo, del gran resultado para Dios en el mundo venidero. Pero el año del Jubileo es típico de la restauración completa de Israel— "libertad en la tierra para todos sus habitantes"— cuando su plenitud será la riqueza del mundo de una manera que superará con creces lo que han sido su caída y pérdida (Romanos 11:12-15). Pentecostés fue el quincuagésimo día, y fue "la mañana después del séptimo sábado". Fue el comienzo de un nuevo período, cuando todas las promesas de Dios se conocieron como sustanciadas en un Cristo resucitado y glorificado, y el Espíritu Santo estaba aquí para ser el poder del testimonio de Él. El jubileo es el año cincuenta, y traerá el cumplimiento de todas las promesas por los "tiempos de refrigerio" que vienen de la presencia del Señor. Responde a "el cumplimiento de los tiempos" en Efesios 1:10. "El año agradable del Señor" fue predicado por el Hijo de Dios (Lucas 4:19), y se dio a conocer aquí

espiritualmente en el testimonio del Espíritu Santo que descendió en Pentecostés, pero se introducirá realmente cuando el Señor regrese.

Creo que el día cincuenta en cada caso indica que se introduce un nuevo elemento conectado con los caminos de Dios en la tierra, pero no formando exactamente parte de esos caminos. La presencia de un Cristo glorificado en el cielo se mencionó claramente en el Antiguo Testamento (Salmo 68:18; Salmo 110:1), y un hecho tan maravilloso trajo un nuevo carácter de bendición y testimonio. El Espíritu Santo descendió para hacer efectiva en los hombres la influencia de lo que fue establecido en un Hombre glorificado en el cielo, y así fueron producidas las «primicias» de Pentecostés. El Mesías glorificado en el cielo fue un nuevo punto de partida para toda bendición. Todas las promesas fueron confirmadas y establecidas, no al cumplirse en los caminos de Dios en la tierra, sino al ser sustanciadas en la Persona de Cristo como un Hombre resucitado y glorificado en el cielo.

Y el jubileo es "el quincuagésimo año". Creo que indica que la consumación de los caminos divinos en la tierra se producirá como resultado de acciones divinas adicionales a esos caminos. Los hijos de Dios, los coherederos con Cristo, han sido llamados durante este maravilloso intervalo entre el descenso del Espíritu en Pentecostés y el llamado de los santos celestiales en el rapto. Una compañía ha sido llamada y asegurada para un lugar en el cielo según los consejos eternos de amor: una compañía de muchos hermanos predestinados para ser conformados a la imagen del Hijo glorificado de Dios, para que Él sea el Primogénito entre ellos. Esto está fuera de las semanas de la tierra; está por encima y más allá de los períodos sabáticos, que siempre se refieren, creo, a las obras y caminos de Dios en la tierra, y su consumación en la introducción de Su descanso en la bienaventuranza milenial. Pero esa consumación estará conectada con el resplandor de la gloria de un Cristo celestial, y con la revelación de los hijos de Dios que han sido llamados a tener un lugar en el cielo con Él. Esto le dará un carácter peculiar a la libertad a la que será llevada «la criatura» —es decir, todo lo relacionado con esta creación que ahora gime bajo la esclavitud de la corrupción. Es «la libertad de la gloria de los hijos de Dios». De modo que no sólo existe la perfección intensificada de los «siete sábados de años, siete veces siete años; de modo que los días de los siete sábados de años serán para ti cuarenta y nueve años». Eso sugeriría la conclusión en perfecto reposo de los caminos de Dios con el hombre en la tierra. Pero hay un «quincuagésimo año», lo que sugiere que la tierra también participará de la maravillosa ganancia que vendrá a la creación mediante el resplandor de esa compañía de hijos que son el fruto del propósito eterno del amor de Dios, y que tienen su lugar en la gloria celestial fuera de los caminos de Dios con la tierra. Para que la creación liberada no sólo tenga el cumplimiento de todas las promesas del Antiguo Testamento, que introducen condiciones sabáticas donde antes había vanidad, esclavitud, gemidos y dolores de parto. Sino que disfrutarán de esas condiciones a la luz de

"la revelación de los hijos de Dios". El resplandor de las familias celestiales dará una gloria adicional a la escena y caracterizará la libertad que la impregna. Creo que esto lo sugiere el hecho de que el jubileo es "el quincuagésimo año".

El Antiguo Testamento contiene indicios del bendito hecho de que Dios pretendía poner la tierra bajo la influencia de lo que Él estableció en el cielo. Daniel 7:22 habla de la venida del Anciano de días y del juicio que se dará "a los santos de los lugares más altos", claramente los santos celestiales. Y el Nuevo Testamento nos dice que "los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre" (Mateo 13:43). Y que "en la manifestación del Señor Jesús desde el cielo... Él vendrá para ser glorificado en sus santos y admirado en todos los que han creído" (2ª Tesalonicenses 1:10). El lugar que los santos celestiales ocupan en el reino es, por lo tanto, un rasgo fundamental del mismo. Su llamamiento y su lugar celestial son algo adicional a los caminos de Dios con la tierra, pero no están desconectados de ellos, ya que es la revelación de los hijos celestiales la que dará carácter a la restauración y la libertad del jubileo terrenal. Mi impresión es que esto se insinúa en el "quincuagésimo año". Asegurará no sólo la bendición de Israel, sino la emancipación de toda la creación. Significará la destrucción de todo lo que ha entrado por el pecado y el poder de Satanás.

Jehová dice: "Y la tierra no se venderá a perpetuidad, porque la tierra es mía". Es Su tierra. El pueblo puede rechazar "las aguas de Siloé que fluyen suavemente" (Siloé significa "enviar"; probablemente se refiere a la palabra profética de promesa con respecto a Cristo); y pueden regocijarse en "Rezín y en el hijo de Remalías" —reyes de Siria e Israel— y en el juicio divino el asirio puede venir e inundar la tierra, pero sigue siendo "tu tierra, oh, Emmanuel" (Isaías 8:5-8). Los turcos la han tenido durante siglos, los británicos la tienen ahora[1], pero sigue siendo la tierra de Emmanuel. Él no disfrutará de Su tierra hasta que Su pueblo la disfrute. Creo que esta debe ser la fuerza de "ustedes son extranjeros y peregrinos para conmigo" (Levítico 25:23). Cuando Emmanuel entró, Él no tenía posesión en la tierra que era Suya; Él era el verdadero Extranjero y Peregrino, Él no tenía dónde recostar Su cabeza. Él vino para estar con un remanente desheredado, y para tenerlos con Él. Él era Emmanuel, Dios con nosotros. Él estaba con los arrepentidos, con los pobres de espíritu, los dolientes, los mansos, los hambrientos y sedientos de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los pacificadores, los perseguidos por causa de la justicia. En vista de la redención de la posesión adquirida, es importante ver la clase de herederos que pueden tomarla. Es un pueblo de esta clase los que son los hijos que Dios le ha dado. "Emmanuel" habla de la gracia en la que Él estaba con ellos, pero el "conmigo" (Levítico 25:23) habla de su gran y peculiar privilegio, a pesar de haber perdido la posesión de la tierra, de estar con Él y compartir su extranjería.

[1] Este libro se escribió durante la primera mitad del siglo XX, en donde después de una administración militar, Gran Bretaña recibió un mandato de la Sociedad de Naciones para administrar el territorio, el cual venció en Mayo de 1948, declarándose la independencia del Estado de Israel.

¿No nos conmueve pensar que Aquel que tiene todo derecho aquí —Aquel que puede decir: «La tierra es mía» y que, al reclamarla, se atribuye el derecho de disponer de ella a su antojo— es un forastero y peregrino? Él no posee sus derechos aquí, así que el lugar de los coherederos es ser «forasteros y peregrinos» con Él. Pedro se dirige al pueblo de Dios en este carácter (1ª Pedro 1:1; 2:11). Siempre ha sido el lugar de la fe aquí, y siempre lo será hasta que Emmanuel asuma sus derechos en el verdadero año del jubileo. Hemos sido «sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia» —y esta es celestial—, pero en cuanto a nuestro lugar en la tierra, somos «extranjeros y peregrinos».

El versículo 25 muestra que si alguien que ha vendido su posesión tiene un pariente rico, que puede redimirlo y puede regresar a él la posesión antes del jubileo. Esto es muy interesante, porque establece lo que está disponible en el tiempo presente. Israel se empobreció y vendió su posesión. Un Pariente bendito entró con el derecho de redención; pero Israel, salvo un pequeño remanente, rechazó al Pariente-redentor y perdió su oportunidad de oro. Tendrá que esperar ahora hasta el jubileo para regresar a su posesión. Pero mientras tanto, el remanente que recibió al Mesías obtuvo una mejor herencia, una celestial, en asociación con Él. Y llegará el día en que el remanente, por haber perdido todo derecho a las promesas, y por lo tanto tipificado por Rut la moabita, se arrojará sobre la gracia de Cristo como el verdadero Booz, el "poderoso hombre de riqueza", y aprenderá qué Redentor es Él.

Muchos cristianos hoy prácticamente han vendido sus posesiones. Se han empobrecido espiritualmente y han puesto su mente en "las cosas de la tierra". Vendieron sus posesiones a muy bajo precio, pues renunciaron a lo espiritual y lo celestial por un pedacito del mundo o de la tierra. ¡Quizás "hubiera hambre en la tierra"! Por alguna razón en el gobierno de Dios hubo escasez de alimento espiritual, y el creyente fue a peregrinar "a los campos de Moab", sólo para ser disciplinado allí y descubrir que todo se convierte en amargura. Pero entonces llega un informe misericordioso de "cómo Jehová había visitado a su pueblo para darles pan", y se despierta el deseo de regresar. ¿Hay alguna manera de ser restaurado a su posesión ahora, o debe esperar ese grito de asamblea que será, en cierta manera, nuestro jubileo? ¡Gracias a Dios! todavía hay un Booz por cada Noemí y Rut que regresan: ¡un Pariente que puede redimir lo que se ha perdido o vendido! Nuestro Pariente nos ama, y reside en Su capacidad el asegurarnos ahora un retorno a la plena posesión y disfrute de nuestra posesión espiritual y dada por Dios. Él es el "poderoso hombre de riquezas" en Belén (la casa del pan) antes de ser Rey en Sion. "En él está la fuerza" para restituir a un empobrecido en posesión de una herencia que ha sido vendida. Esto no habla del don original del amor divino, sino de la peculiar fuerza de ese amor al conceder recuperación y restauración cuando se ha apartado de ese don. Si hay un deseo de regresar por parte de alguien que es consciente de haberse alejado, la gracia lo animaría a regresar y acostarse a los pies del verdadero Booz. Ponte absolutamente en Sus manos. Él extenderá su ala sobre ti y te asegurará todo, aunque seas consciente

de que no tienes derecho a nada. El único derecho que tienes es el que da la gracia. La gracia del jubileo se puede conocer de antemano en el Pariente-Redentor. No nos quedamos "hoy sin uno que tenga el derecho de redención". ¡Él puede restituir incluso a quien ha vendido su posesión! ¡Qué preciosa gracia! El libro de Rut nos presenta a Cristo en este bendito carácter.

Todo el carácter de los caminos del Señor con los santos de la asamblea en el momento actual es uno de recuperación y restauración del privilegio perdido. Los santos pronto serán trasladados, pero mientras tanto se está produciendo un gran avivamiento espiritual. La presencia del Espíritu Santo, prácticamente ignorada durante tanto tiempo, está siendo reconocida por muchos. Los afectos de los santos se están avivando para que se aferren a la Cabeza, se amen unos a otros y busquen la posesión y el disfrute de lo espiritual y celestial. De esta manera, regresan a su posesión anticipando el momento en que estarán realmente con Cristo en los lugares celestiales.

Si uno vendía una "casa de habitación en una ciudad amurallada", había un período limitado durante el cual el vendedor tenía derecho a redención; si no ejercía ese derecho, lo perdía para siempre. Era una advertencia para el judío de que había algo que podía perder para siempre, algo que ni siquiera el jubileo le restituiría. "Los campos del campo" hablaría, creo, de bendición terrenal; pero la "ciudad amurallada" habla de lo que está cercado. Habla de una comunidad con sus propios privilegios exclusivos. Una "ciudad amurallada" tiene un carácter distintivo y una vida colectiva propia, con una separación definida de todo lo que la rodea. Tipifica el lugar que ocupa la asamblea aquí. Dios le dio al judío la oportunidad de tener una casa en esa "ciudad amurallada", pero vendió su vivienda y no la redimió dentro del "año completo". El libro de los Hechos nos muestra, creo, el "año completo" durante el cual la vivienda pudo haber sido redimida, y luego pasó a manos del gentil.

¿Hemos "comprado" una morada en esa "ciudad amurallada"? Tener una morada en esa ciudad cuesta algo, pero vale más que todo lo que cuesta. Se nos pone a prueba para ver si preferimos las cosas terrenales —"los campos de la tierra"— o una morada en la "ciudad amurallada". En la asamblea, vista como la "ciudad amurallada", todo está hecho de Cristo; nada más tiene importancia ni lugar; sus muros excluyen todo lo que proviene del hombre según la carne. La sabiduría humana, su justicia, su religión y cada parte de su gloria quedan fuera de sus muros. Esa ciudad se mantiene en santa separación del mundo y de todo lo que es terrenal en un sentido religioso.

Es bueno ver que «los levitas tendrán un derecho perpetuo de redención» (versículo 32). Los levitas tenían ciudades, pero no tenían herencia entre los hijos de Israel (Números 18:23); tipifican «la asamblea de los primogénitos que están inscritos en el cielo» (Hebreos 12:23). La porción de un pueblo celestial nunca puede ser enajenada; es «una posesión perpetua». «El campo de los ejidos de sus ciudades no se venderá». Dios nos asegurará tanta misericordia terrenal como

necesitemos mientras estemos aquí, pero el lugar que ocupamos aquí es el de un pueblo cuya herencia es celestial.

Luego tenemos la idea de un hermano empobrecido y "caído en decadencia" (versículo 35), o incluso "vendido a ti" (versículo 39), o vendido a un extraño rico (versículo 47). Todo el capítulo contempla en diferentes formas un estado reducido y empobrecido, un estado en el que se ha perdido la riqueza original de la herencia. Pero está lleno del espíritu de gracia. El hermano pobre debe ser cuidado, el vendido no debe ser tratado como un siervo, y si es vendido a un extraño rico, todavía tiene "derecho de redención" y plena libertad en el año del jubileo. Jehová dice: "Son mis siervos". Es como decir: «Debes ser considerado con ellos porque son míos». ¡Qué gracia tan conmovedora! ¿Acaso no nos enseña a ser considerados con los que pertenecen a Dios, por muy pobres y decaídos que estén? Quizás tengamos la tendencia a no preocuparnos lo suficiente por quienes no progresan espiritualmente. Creemos que es su culpa haber «caído en la decadencia», y puede que sea cierto; pero ¿pertenecen a Dios? Si es así, debemos cuidarlos. Es un deber de Dios que sean objeto de un interés considerado y bondadoso.

Este capítulo magnifica la gracia que trata maravillosamente con quienes, por su parte, han perdido sus posesiones. Todo el capítulo está teñido por la gracia del jubileo. Dios tendrá la última palabra. Pase lo que pase por nuestra parte, su gracia infalible se impondrá, y cada uno volverá a su posesión. Cuando suene la trompeta del jubileo, el poder del soberano amor divino colocará a los herederos en posesión y disfrute de la herencia. Se sabrá entonces que «de Él, por Él y para Él son todas las cosas: a Él sea la gloria por los siglos. Amén».

CAPÍTULO 26

El capítulo 25 es un maravilloso despliegue de la gracia que restaura al pueblo elegido de Dios todo lo que ha perdido o entregado indignamente. Dios tuvo la primera palabra con ellos, y tendrá la última. Pero el capítulo 26 también entra, y nos presenta los caminos de Dios en el gobierno. Es un ejercicio continuo mantener estos dos grandes principios de los caminos divinos en todo su peso y poder sin permitir que uno debilite al otro. Veremos que ambos se combinan para alcanzar el mismo fin. Porque los caminos gubernamentales de Dios resultan en que Su pueblo acepte el castigo de su iniquidad y confiese su infidelidad. Entonces Él recuerda Su pacto y Su tierra (versículos 40-45). Tanto Su gracia como Su gobierno darán como resultado que Su pueblo disfrute de todo lo que Su corazón se deleita en darles, y sea apto para disfrutarlo.

Es una gran cosa ser llevados conscientemente a Dios como se revela en gracia en Su amado Hijo. Dios comenzó con nosotros en gracia, y la gracia comenzada terminará en gloria. Pero Él quiere que seamos mantenidos en sobriedad y temor piadoso como sabiendo también que somos los sujetos de Su gobierno. Dios quiere

que este sea siempre un pensamiento feliz para nosotros, porque si guardamos Sus mandamientos Su gobierno asegura que seremos recompensados de la manera más completa. Véanse los versículos 3-13. Vale la pena, si se nos permite usar tal expresión, caminar en obediencia y fidelidad. Dios ha puesto "gloria y honra e incorruptibilidad" delante de nosotros en nuestro Señor Jesucristo, un Hombre viviente de entre los muertos; y si, "perseverando en hacer el bien", buscamos estas cosas, Él nos dará vida eterna. Hay "gloria, honra y paz a todo el que hace el bien" (Romanos 2:6-11). "Si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis" (Romanos 8:13). "Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará... el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna" (Gálatas 6:7-8). Estas son las buenas nuevas del gobierno de Dios. Tendemos a pensar que el gobierno de Dios siempre opera contra lo que está mal, y no pensamos lo suficiente en cómo opera para obtener ganancia espiritual cuando nos movemos conforme al Espíritu. Es nuestro privilegio alcanzar el fin de Dios con alegría y tener prosperidad continua porque nuestro curso es tal que el gobierno de Dios siempre nos favorece. Parte de la bienaventuranza a la que hemos llegado es "Dios, el juez de todos". Él toma en cuenta cada respuesta a Su amor, cada deseo de seguir a Cristo, cada propósito de andar en el Espíritu, cada manifestación de amor hacia su pueblo, cada deseo de contribuir a su edificación. En su gobierno, Él nos sellará el fruto de cada movimiento espiritual de este tipo.

A Dios le preocupa sobre todo el estado de nuestros corazones con respecto a Él. Hebreos 12 nos dice que Él es "el Padre de los espíritus"; se preocupa por nuestros espíritus. Lo que buscaba en Israel era que no tuvieran ídolos, que observaran sus sábados y reverenciaran su santuario (versículos 1-2). Estas cosas pusieron a prueba al pueblo en cuanto al lugar que Jehová tenía en sus corazones, y todavía nos ponen a prueba a nosotros individual y colectivamente. ¿Es Dios el objeto supremo para nosotros, como se revela en Cristo, o tenemos otros objetos que prácticamente nos controlan y lo desplazan? No quisiera empobrecer mi alma cayendo bajo el poder de un ídolo. ¿Acaso amamos responder a los pensamientos del corazón de Dios y valoramos la oportunidad de descansar con Él? ¿Y reverenciamos Su santuario? Dios quiere que todo el sistema divino, establecido en el tabernáculo, sea reverenciado en nuestros afectos. Si la gente entra en un edificio religioso, se quita el sombrero; reverencia la estructura material. Pero Dios quiere que reverenciemos Su santuario en un sentido espiritual. El santuario es todo el orden de las cosas que toma carácter del Lugar Santísimo y de Dios que mora allí; esta es «la morada de Su santidad».

Hay bendiciones infinitamente grandes que entran conforme a este capítulo, en la línea del gobierno de Dios: "Lluvia a su tiempo, y la tierra rendirá sus productos, y el árbol del campo dará su fruto, etc.". Hay paz, victoria, el rostro de Dios está vuelto hacia Su pueblo, Él establece Su morada en medio de ellos: "Andaré entre vosotros, y seré vuestro Dios, y vosotros me seréis por pueblo". Esta Escritura se cita en 2 Corintios 6:16 para exhortar a los corintios a salir y apartarse de los idólatras e incrédulos. Dios ama poner Su tabernáculo entre Su pueblo y morar allí en reposo, pero esto exige condiciones santas y espirituales.

Luego, "andaré entre vosotros" indica que los movimientos divinos se hallan entre el pueblo de Dios. La asamblea es "la asamblea del Dios viviente"; es el lugar donde se conocen Sus movimientos y actividades. Él gobierna y controla los asuntos de las naciones en el mundo, pero lo que vemos allí son los movimientos de los hombres. Es únicamente entre Su pueblo apartado y obediente donde se conocen los movimientos de Dios; es allí donde Él anda.

Pero si Su pueblo no le escucha ni cumple Sus mandamientos, Su gobierno se vuelve adverso para ellos. Véanse los versículos 14-39. Hay un solemne contraste entre los sietes sabáticos del capítulo 25 y el "siete veces" repetido cuatro veces en el capítulo 26. Sin embargo, incluso en esto vemos la paciencia y la persistencia de Dios. Él pasa deliberadamente de una etapa de disciplina correctiva a otra hasta que llega a Su fin. Hay cinco etapas distintas de corrección en estos versículos. Él tendrá la última palabra en Su gobierno, así como en Su gracia, y la negativa de Su pueblo a escuchar sólo prolonga e intensifica Su corrección. Todo lo que Él advirtió tan fielmente a Israel en este capítulo se ha cumplido. Han perecido entre las naciones, y la tierra de sus enemigos los ha devorado (versículo 38). Pero Él aún llegará al fin de Sus caminos en el gobierno con ellos. Aún confesarán su iniquidad, y su corazón incircunciso será humillado, y Jehová recordará Su pacto con Jacob (versículos 40-42). Jacob es puesto en primer lugar aquí porque en Jacob vemos los caminos disciplinarios de Dios y su resultado. El libro de Job es típico de cómo Dios alcanzará Su fin con Su pueblo Israel a través de una disciplina prolongada y dolorosa. Al final, serán llevados a aborrecerse a sí mismos y a gloriarse en el hecho de que conocen a Dios, y que Su pacto es la seguridad de toda bendición para ellos.

Si "andamos en contrario" a Dios, descubriremos que Su gobierno es contrario a nosotros, y cuanto más persistamos en la voluntad propia, más severa se volverá la operación de ese gobierno. Pero podemos estar seguros de que Dios vencerá en un conflicto entre nuestras voluntades y la Suya; Él alcanzará su fin, aunque sea a través de mucho sufrimiento para nosotros que podría haberse evitado. Cuanto antes nos sometamos y humillemos nuestros corazones incircuncisos, mejor será para nosotros. La confesión, la aceptación de los caminos de Dios en un gobierno justo y el volverse a Él, conducen a la recuperación. Dios recuerda el pacto y puede otorgar justamente a un pueblo arrepentido y humillado su riqueza de bendición.

El hambre espiritual en gran parte de la profesión cristiana hoy, la forma en que el mundo tiene dominio, la superstición y la infidelidad que amenazan con barrer los últimos vestigios de la fe, de modo que la cristiandad está casi lista para abrir sus puertas al poderoso engaño y a apostatar por completo, son evidencias solemnes de cómo los hombres han caminado en contra de Dios en la dispensación cristiana, así como Israel lo hizo en la suya, y de cómo sufren ahora bajo Su gobierno. Ese gobierno continúa, hasta el momento, en vista del arrepentimiento y la recuperación. Siempre y cuando un corazón incircunciso se humilla y se confiesa, no hay nada por parte de Dios que impida el regreso al

fundamento original de toda bendición. Cristo es el Pacto, y Él es el Título dado por Dios a la bendición. Dios nunca olvida a Cristo, y donde hay juicio propio y volverse a Él, se deleita en bendecir conforme a todo lo que Cristo es. Él está disponible para cada persona en la profesión cristiana hoy, así como lo estará para Israel en el día en que sean puestos bajo el gobierno de Dios, y por Su obra de gracia en ellos, para decir: "¡Bendito el que viene en el nombre de Jehová!"

CAPÍTULO 27

Este capítulo trata sobre lo que su pueblo dedica o santifica a Jehová. Se refiere al fruto espontáneo de la gracia divina, que madura en un pueblo de corazón dispuesto. Es un tema atractivo para quienes aman a Dios.

La oración de Ana (1ª Samuel 1:11) fue la oración de un corazón devoto. Tales oraciones siempre son respondidas. Ella oró por "un hijo varón", no para obtener lo que obtendría de él para sí misma, sino para "dedicárselo a Jehová todos los días de su vida". Lo consagró mediante un voto en una época en que el sacerdocio era débil e indiscreto en Elí, y corrupto en sus hijos, y el reino estaba a punto de ser instaurado. Creo que podemos decir que Jehová, e Israel también, comprendieron el valor de ese voto. La palabra profética llegó por medio de Samuel, y se preparó el camino para el establecimiento del reino. Hay mucho en común entre la época de Ana y la nuestra.

Se nos llama a entregarnos "a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros como instrumentos de justicia a Dios" (Romanos 6:13). Tenemos el privilegio de presentar nuestros "cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto inteligente" (Romanos 12:1). Si no nos hemos entregado a Dios, aún no tenemos una relación cristiana normal con Él. Pablo dice de las asambleas de Macedonia que "se dieron primeramente al Señor, y a nosotros por la voluntad de Dios" (2ª Corintios 8:5). Ese es el punto de partida de lo que es para Dios: una auto dedicación que tiene un valor espiritual definido.

Pero este capítulo nos enseña que hay una escala graduada de valor espiritual incluso en lo que se dedica. No toda la devoción es igual. Puede ser débil e inmaduro, como se ve "desde un mes hasta los cinco años"; puede estar creciendo con creciente fuerza, como se tipifica "desde los cinco años hasta los veinte"; puede estar en la madurez del crecimiento completo "desde los veinte años hasta los sesenta"; puede ser de carácter "masculino" o "femenino" (una mayor o menor medida de energía activa); o puede, ¡ay!, estar debilitándose o decrépito, como "desde los sesenta años en adelante".

Existe el crecimiento espiritual, y sin duda los tres grados de Juan: bebés, jóvenes y padres, corresponderían con las tres edades diferentes aquí, con su creciente "valoración". "Desde los sesenta años en adelante" es una triste imagen de decadencia. Es muy triste cuando el valor espiritual de un hombre disminuye, pero de ninguna manera es un caso infrecuente. ¡Miren a Éfeso! Quizás hubo allí

en algún momento el valor espiritual más alto posible, pero Apocalipsis 2 muestra cuán terriblemente decayó. Debería ser un ejercicio constante para nosotros estar en la línea del aumento en lugar de la disminución. No hay razón, desde el punto de vista divino, por la que debamos superar los "sesenta" en sentido espiritual. El declive no es inevitable. El ojo de Moisés no se atenuó, ni su fuerza natural disminuyó, a los ciento veinte (Deuteronomio 34:7); Caleb fue tan buen guerrero a los ochenta y cinco como a los cuarenta (Josué 14:7, 10). Pablo, Juan y Pedro nunca descendieron en la escala de valor espiritual; y algunos de nosotros hemos sabido lo que fue estar en contacto con hombres y mujeres cuyo valor espiritual no descendió hasta el final de su carrera. ¡Qué alentador es esto!

La valoración de Moisés tipificaría la estimación del Señor de nuestro verdadero valor espiritual: es decir, de lo que realmente somos por la gracia divina. A menudo hay una gran disparidad entre nuestra edad natural y nuestro crecimiento espiritual. No se sigue que por haber partido el pan durante cuarenta o cincuenta años sea adulto. ¡Puede que espiritualmente tenga menos de cinco años! Pero incluso en ese caso tengo un valor espiritual definido, y mi felicidad dependerá en gran medida de que responda a él con verdadera devoción. El Señor no nos valora por nuestras habilidades naturales, poderes mentales o conocimientos; nos valora según lo que somos por la gracia de Dios. Pablo pudo decir: «Por la gracia de Dios soy lo que soy» (1ª Corintios 15:10), y toda persona verdaderamente convertida puede decir lo mismo. Lo que somos por la gracia de Dios es la medida de nuestro valor espiritual, y el Señor lo tiene en cuenta; no se equivoca en su «valoración».

Muchas personas pueden sobrevalorarme, y algunas pueden subestimarme, pero mi consuelo es que el Señor no hace ninguna de las dos cosas. Él sabe exactamente mi verdadera edad espiritual y me valora en consecuencia. Ahora quiero responder a eso para que Dios pueda obtener de mí el valor completo. Si las personas me sobrevaloran, sólo me ponen en una posición falsa, ¡porque no puedo rendir cincuenta shekels si sólo valgo veinte! Si me subestiman, se privan de parte de la ganancia que podrían obtener de mí por gracia. Es más seguro para mí ser subestimado, pero si mis hermanos me subestimaran, lo cual no hacen, ¡serían los perdedores! ¡Cuánto fue subestimado el bendito Señor mismo! Pesaron para Él treinta piezas de plata, "un buen precio con que fui apreciado por ellos". Jehová dice: "Échalo al alfarero". Él repudia absolutamente su valoración. "Elegido de Dios y precioso", "un Nombre, el que es sobre todo nombre", "coronados de gloria y honra", y todo el cielo lleno de miríadas de adoradores, ¡Expresan la valoración que Dios hace de Cristo!

Cada uno de nosotros debe estar convencido de que Dios obtiene el valor completo de lo que somos por su gracia. Ninguno de nosotros necesita desear ser otra persona, pero debemos asegurarnos de estar a la altura de la gracia, la fe o el don que Dios nos ha otorgado. La pregunta es: ¿Somos devotos de Dios según la "valoración" que el Señor ha hecho de nosotros?

En cuanto al servicio, encontramos que el Señor da talentos "a cada uno según su capacidad" (Mateo 25:15). Él estimó el valor de cada uno para el servicio. Pero lo que tenemos ante nosotros en Levítico 27 subyace a eso; se trata de nuestro valor en la devoción de corazón. Si eso existe como base, Dios puede otorgar un don. Estoy seguro de que, si hubiera más devoción, habría más don; porque el don viene en respuesta al deseo (1ª Corintios 12:31; 1ª Corintios 14:1). También es probable que ya haya mucho don y capacidad dada por Dios entre los cristianos que no se pone en práctica porque la devoción no es lo suficientemente enérgica. Estoy convencido de que Dios quiere que nos ejercitemos más para crecer en la devoción, para que nuestra "valoración" espiritual pueda aumentar. Romanos 16 es una hermosa ilustración de la valoración espiritual. Pablo no agrupa a todos los mencionados; tiene algo diferente que decir de casi cada uno.

Levítico es un libro de gracia maravillosa, la gracia llega en lugares inesperados; y hay un hermoso toque de ella aquí, en relación con el hombre que es "más pobre que tu valuación" (versículo 8). Todo israelita debiese haber sido capaz de responder a la valoración de Moisés. Ser pobre en Israel indicaría cierto fracaso en el uso de la riqueza de la tierra. Pero, a pesar de esto, hay una consideración compasiva de los medios reales de quien es más pobre que la valoración. No se le priva de toda oportunidad de ser devoto. «Se presentará ante el sacerdote, y el sacerdote lo tasará: conforme a los medios que prometió el sacerdote lo tasará». El sacerdote valoraba a un hombre pobre, no según lo que debía pagar, sino según sus medios reales. Su devoción era aceptada, por la gracia sacerdotal, aunque su valor no fuera tan grande como podría o debería haber sido. No me cabe duda de que hay muchos que, por diferentes causas, son en realidad «más pobres» de lo que deberían ser. Pero si se reconoce esto, la gracia sacerdotal compasiva está disponible, y se puede aceptar una medida de devoción como lo que está dentro de los "medios" de la persona pobre. Estas cosas son muy conmovedoras; magnifican la gracia de nuestro Dios y nos permiten conocerlo mejor.

Si eres consciente de que eres más pobre que la "valoración", acude al Sacerdote. Encontrarás la gracia sacerdotal que estima la devoción de la que eres capaz, y se te permite ser tan devoto como espiritualmente te sea posible. Muchos creyentes jóvenes han orado fervientemente para poder entregarse completamente al Señor. Supongo que todos lo hemos hecho en algún momento u otro. Había devoción en eso; pero puede que no la hayamos seguido plenamente. Por falta de vigilancia y diligencia espiritual, podemos descubrir que en la práctica no tenemos "medios" para llevar a cabo lo que deseábamos y pretendíamos. Hemos decaído en la seriedad, y los recursos divinos han sido descuidados, o utilizados solo parcialmente. Acudamos al Sacerdote con verdadero ejercicio de corazón; Él nos valorará según nuestros medios reales en el momento, y habrá algo realmente para Dios, y aceptado por Él. Pero entonces, al honrar a Dios según nuestros medios, obtendremos una gran ganancia espiritual según Proverbios 3:9-10, y nuestros "medios" aumentarán rápidamente. De modo que aquel que realmente juzgó su pasada negligencia y

falta de propósito, y tuvo que tratar con Cristo al respecto, encontraría que sus "medios" aumentaban, y si se mantenía la diligencia espiritual, llegaría a su verdadera valoración espiritual. Es un consuelo saber que el Señor saca lo mejor de lo que hay. Vemos eso en las epístolas a las siete asambleas; Él pone todo el valor en lo que hay, aunque llama la atención sobre la deficiencia. Pero entonces, cuando hay un verdadero ejercicio, Él pone a disposición los recursos divinos en Sí mismo y en el Espíritu, y la deficiencia se compensa.

El Señor, como Hombre, aquí estaba completamente consagrado a Dios; los votos de Dios recaían sobre Él. Pero Él estaba absolutamente entregado a Dios por esos recursos de fuerza divina, sólo por los cuales la devoción podía preservarse y llevarse a cabo. Siempre puso a Jehová delante de Él, y nunca se desvió. Siempre estuvo en el espíritu de "Guárdame, oh, Dios, porque en Ti confío" (Salmo 16:1). Sólo podemos ser consagrados si lo seguimos en ese camino de dependencia en oración, divinamente fortalecidos y mantenidos. Hay maravillosos "medios" disponibles para nosotros: Cristo, el Espíritu y todos los recursos divinos. Puede que hayamos descuidado el recurrir a nuestros recursos, y por lo tanto, nuestros "medios" en un sentido práctico pueden verse reducidos, pero la deficiencia puede ser suplida. No olvidemos al Sacerdote en toda su compasión y consideración. A menudo me ha conmovido la gracia que Él me ha mostrado, cuando he tenido que reconocer que era más pobre que la "valoración". Y he visto Su gracia hacia otros que, en los últimos años de sus vidas, se han sentido avergonzados por no haber sido más devotos. El enemigo podría usar la conciencia de esto para derribarnos. Pero la gracia de Cristo es maravillosa, y donde hay un reconocimiento recto y una verdadera entrega a Él, Él puede asegurar al corazón lo que desea en cuanto a devoción.

"Y si es un animal de los cuales se presenta una ofrenda a Jehová, todo lo que den a Jehová será santo" (versículo 9). Creo que esto tipificaría la comprensión de Cristo que alberga el corazón del creyente en verdadera devoción a Dios. No hay "valoración" aquí, porque es la preciosidad de Cristo mismo lo que se expone en tal bestia. No debe ser alterada ni cambiada. El propósito del corazón que dedicó lo que aprehendió de Cristo al placer de Dios debe permanecer. Incluso otra, y quizás mejor, comprensión de Cristo no puede sustituirla, aunque puede añadirse a ella. Cada comprensión de Cristo que se dedica es "santa", y es tan placentera para Dios que no la renunciará. Esto muestra cómo Dios valora cada movimiento de devoción en los corazones de Su pueblo en relación con sus comprensiones de Cristo. Lo que se ha dedicado a Él no se puede retirar, pero esto se debe al placer que Dios tiene, Reteniéndolo para Sí mismo. Es realmente un hermoso toque de gracia. Dice, por así decirlo: «Puedes añadir un animal mejor si puedes, y si tu corazón te lo insta a hacerlo, pero valoro demasiado tu primer movimiento de devoción como para permitir que se sustituya por algo».

Un «animal inmundo, del cual no se trae ofrenda a Jehová» (versículo 11), creo que se aplicaría a cualquier cosa que no tuviera un carácter «santo» que pudiera entregarse en devoción a Dios. No algo pecaminoso, sino algo natural. El

sacerdote debe valorar esto porque expresa un movimiento del corazón que rinde algo definitivamente para Dios. Esa entrega puede ser mayor o menor; no todas las entregas tienen el mismo valor. El sacerdote sabe exactamente cómo valorar todas esas cosas devotas. Muchos han hecho entregas que todos podían ver: renunciar a perspectivas y ventajas terrenales, comodidades y lazos familiares, para servir al Señor. Otros han hecho entregas por amor al Señor, conocidas sólo por ellos mismos y por Él. Todas estas entregas son evaluadas por el Sacerdote. Puede haber habido motivos mixtos en algunos de ellos que han disminuido su valor, pero el Sacerdote tiene en cuenta su verdadero valor para con Dios. No hay errores en Su valoración. "Conforme a la valoración del sacerdote, así será".

En este caso se introduce la idea de redimir a la bestia consagrada. "Y si de alguna manera la redimen, añadirán una quinta parte a tu valuación" (versículo 13). Probablemente, la idea de la redención mira hacia el futuro. El espíritu de devoción en el día en que el Mesías es objeto de reproche y rechazo conduce a la rendición, como el Señor tan claramente insinuó en los Evangelios. Pero en un día venidero, Israel retomará en terreno redentor lo que el remanente fiel entregó en su devoción, y considerarán estas cosas de tal manera en relación con Jehová que Él recibirá su "quinto" adicional.

La santificación de una "casa" se referiría a la devoción que se manifiesta en relación con las condiciones en las que el pueblo de Dios mora unido. Hemos visto "una plaga leprosa en una casa" en el capítulo 14, pero aquí tenemos la idea de una casa santificada. Supongo que todo creyente tiene alguna idea de que existe un carácter de "casa" en las cosas; es decir, que los cristianos tienen el privilegio de estar juntos. En general, se reúnen de alguna manera, pero aquí se plantea la cuestión del valor de la "casa". Puede ser una casa "buena" o "mala", y su valor será correspondientemente alto o bajo como expresión de devoción. El Sacerdote no valora una casa no santificada. Puede haber asociaciones en las que no haya ningún elemento de devoción, de ser "santo para Jehová". Este pasaje bíblico no se refiere a tales asociaciones, y uno confiaría en que ningún santo verdadero desearía que las condiciones de su "casa" tuvieran ese carácter. Pero si hay un verdadero deseo de que la "casa" sea santificada, se convierte en un ejercicio serio saber qué valor le atribuye Cristo. ¿Cuánta devoción realmente expresa? ¿Cuánto valor espiritual hay en ella? El Sacerdote no se equivoca. No nos conformemos sin obtener Su valoración de nuestra "casa".

El que santificó la casa podría tenerla para sí pagando el precio de la redención. ¡Esto sugiere que morar en una "casa" santificada cuesta algo! Cuando el pueblo de Dios comprendió que una gran profesión corrupta unida al mundo no era una "casa" adecuada para ellos, y buscaron una "casa" que pudiera considerarse verdaderamente sagrada, tuvieron que pagar el precio. Toda "casa" sagrada cuesta algo para ser poseída de manera divina. Cuanto mayor sea el valor espiritual de la "casa" —cuanta más verdadera devoción exprese— más cuesta apropiársela.

Dios ha dado gran luz en estos últimos días en cuanto a las condiciones de la "casa" en la que Él quiere que habite su pueblo. Muchos han sido iluminados en cuanto a la verdad y los principios de la asamblea. No podemos alegar falta de luz como excusa para que la "casa" sea "mala", pues en la gracia del Señor y por el Espíritu Santo, las Escrituras han revelado con claridad las condiciones espirituales que la hacen "buena". Tenemos que asegurarnos de que esas condiciones se cumplan de manera práctica y se mantengan con un espíritu de verdadera devoción. Nuestra "casa" debe ser santificada, y debemos estar dispuestos a pagar el precio para que podamos considerarla nuestra. No me cabe duda de que a menudo ha habido gran devoción con poca luz; el Sacerdote sabe valorarla correctamente. Nos corresponde a nosotros asegurarnos de que con mucha luz no dejemos de ser devotos.

El "campo" santificado (versículos 16 - 21) se referiría, creo yo, a la porción de Israel en la tierra, la cual no logró "redimir" y sobre la cual ha perdido todo título de propiedad. Esta ha vuelto a Jehová y al Sacerdote. Israel ya no tiene ningún reclamo ni derecho sobre la tierra. La heredarán, pero será por medio del bendito Sacerdote a quien por tanto tiempo han despreciado y rechazado, y por medio de la misericordia soberana de Jehová bajo las condiciones del nuevo pacto. Será para ellos la tierra de Emanuel, y como un pueblo consagrado la tendrán por santificada, y todo lo que se debe a Jehová será rendido.

"El primogénito" (versículo 26) no puede ser santificado, porque "es de Jehová". "Y en cuanto a todo diezmo... es de Jehová" (versículo 30). Hay aquello que *(Página 304)* Dios reclama como Suyo por derecho, y que debe serle rendido. La devoción voluntaria que se presenta en un "voto" es muy agradable a Dios, pero Él nos recuerda en los versículos finales de este libro que tiene derechos definidos que no pueden ser ignorados justamente. Todos debemos sentir cuán deseable es que el espíritu de consagración aumente en nuestros corazones. Pero mientras pensamos en esto, no olvidemos que hay mucho que no se deja a la iniciativa de la devoción voluntaria, sino que es un asunto de simple obediencia y de rendir a Dios y a nuestro Señor Jesucristo lo que se les debe. Si no somos fieles en tales asuntos, ciertamente no podemos ocupar el terreno de ser consagrados

C.C.